BIBLIOTECA DE "EL PROGRESO NACIONAL."

RAMON A. SALAZAR

CONFLICTOS



GUATEMALA
IMPRESO EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL
1898

BIBLIOTECA DE "EL PROGRESO NACIONAL."

RAMON A. SALAZAR

CONFLICTOS



GUATEMALA
IMPRESO EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL
1898

María A. de Díaz S.

18 de Dicbre de 1,904

PRIMERA PARTE

EL IDILIO

I.

UNA SEÑORA DE ANTIGUA ALCURNIA.

Aún no hace muchos años vivía en esta capital la señora doña Manuela de Villacreces, marquesa de Casa Hermosa, descendiente de uno de los hidalgos que vinieron con Alvarado y emparentada con las principales familias del reino, durante la época colonial.

Era doña Manuela una especie de reliquia auténtica de aquella pasada época. Venerable por sus canas y por sus arrugas, lo era mucho más por las instituciones que representaba. Había nacido algunos años antes de la independencia, y fué casada con uno de los más altos empleados de esta corte. Al morir su esposo, le dejó, junto con una niña de corta edad, una gran fortuna, que consistía en buenos patacones y en onzas españolas de oro de excelente ley y peso, tales cuales no se ven en el día.

Fuera de esto, poseía doña Manuela, por herencia paterna, inmensas propiedades territoriales, incultas en su mayor parte, así como un antiguo ingenio de azúcar que, junto con los demás bienes de la casa, manejaba cristiana y astutamente don Ildefonso Sangrefía, á quien conoceremos muy pronto.

La marquesa era una señora aristocrática en toda la extensión de la palabra, calafateada con el espeso betún de las beatas. Era sincera en sus opiniones. Creía en Dios y en la nobleza de su casa. Se figuraba

que España era la primera nación del mundo y que Guatemala había sido para los suyos lugar de destierro y de dolor.

Por la mente de la apreciable señora no habían pasado los años ni hecho mella los acontecimientos de que fuera testigo.

La independencia, la república, la revolución, eran para ella cosas baladíes.

Morazán, Gálvez, Carrera, los constituyentes del año 24, los montañeses del 37, los jurisconsultos y los poetas de épocas posteriores fueron figuras que se esfumaron de su imaginación, apenas pasaron por el escenario político del país.

Para ella no había más que dos autoridades legales: S. M. don Fernando VII y S. I. el arzobispo don Ramón Casaus y Torres; á las demás gentes las consideraba como intrusas y usurpadoras.

La suerte no le había sido benigna. La hija única en quien cifrara su ventura, había muerto al dar á luz una preciosa niña, á quien se bautizó con el nombre de María Luisa, y la que quedó huérfana del todo, pues su padre cayó víctima del cólera en el año de 1857. Así es que la anciana concentró todos sus afectos en aquella criatura, que no gozó de las caricias maternas y que apenas tuvo tiempo para conocer al autor de sus días.

Quien las hubiese visto juntas, habría notado en aquel cuadro dos debilidades que se apoyaban mutuamente. Por un lado, una sexagenaria llena de preocupaciones y con el alma repleta de falsas

y trasnochadas doctrinas. Por el otro, una joven cándida é inocente, subyugada por la anciana, ignorante de las cosas del mundo, avecilla aprisionada entre rejas mohosas, anémica de sangre y de espíritu, falta de aire para el pulmón y de ideas para la mente, acariciada, mimada, pero al mismo tiempo asustada de todo lo que la rodeaba, que no respiraba sino un aire de antigüedad, impropio para una organización de quince años, en que la carne va despertando y las fibrillas nerviosas entran en sacros temblores al beso de la pubertad.

La marquesa y su nieta vivían en un aislamiento monjil, pues eran muy contadas las personas admitidas en su casa, siempre cerrada para los profanos y misteriosa como un castillo feudal.

II.

LA CASA SOLARIEGA.

La casa solariega en que vivían la abuela y la huérfana, ocupaba un cuarto de manzana, cayendo sus ventanas á dos calles distintas.

Era dicha casa baja, de construcción pesada, con muros espesos y rejas fuertes, con aleros, de tal modo sombría, que más que habitación de gente mundana parecía una cárcel ó una fortaleza. Se ingresaba á ella por una puerta chapeada con adornos macabros. El tocador figuraba un león melenudo, que cuando lo hacían funcionar caía pesadamente sobre un yunque sólido, produciendo sonidos roncos cuyas vibraciones causaban estremecimientos en los objetos circunvecinos.

Sobre el ancho portón se veía un escudo labrado en piedra, que representaba las armas de la noble familia de los Villacreces, y cuyos caracteres habría sido muy difícil descifrar al más entendido en la materia.

Entrábase á la casa por un zaguán ancho y empinado, con mosaicos de piedras y de huesos, y en el que se veía como curiosidad un forlón pesado, sucio por el polvo, lisiado de algunas de sus ruedas y no muy sano de muelles. Era un respetable armatoste que á vivir vida peinaría canas.

El patio, cuadrado, estaba lleno de arriates cuajados de flores y de cipreses funerarios, que hacían la corte á una fuente chata, en cuyo centro cuatro leones somnolientos, de losa amarilla, dejaban chorrear por las narices algunos hilos de agua gris.

Subiendo unas anchas gradas, por la derecha, se llegaba á un corredor tranquilo y sin adornos, en el que se encontraba la puerta del despacho del amo, cerrada para siempre desde la muerte de éste.

Siguiendo adelante, se hallaba la puerta de la sala de recepción, sobre cuyo dintel se veían varias cruces formadas con palmas de las que se venden por semana santa.

La sala era misteriosa y álgida. Al penetrar en ella no se sabía si se llegaba á un cementerio ó á un lugar en donde alguna vez retozara el placer.

Se sentía en su ambiente cierto soplo de muerte. Muerte de toda una civilización, representada por

los retratos que colgaban de los muros de aquel lugar misterioso.

Allí se veía la efigie de Villacreces el conquistador, que vino con Alvarado y figuró entre los fundadores de la capital de este reino.

Un artista desconocido pintó la figura del capitán: su rostro, en el que predominaban unos recios bigotes y ojos que miraban siniestramente, daba idea de que aquel hombre debió ser valiente y cruel. Llevaba coraza, morrión y espada toledana. Fué encomendero y exprimió del sudor de los indios la base de la fortuna de la familia.

Allí se veían obispos de facciones escuetas y pálidas, resaltadas por el color violeta de sus vestiduras; canónigos rechonchos, con leyendas interminables y ampulosas que daban á conocer la sabiduría y merecimientos de aquellos doctores beneméritos; allí, damas vestidas de gro negro, algunas con golillas, llevando largos pendientes de oro en las orejas, gruesas cadenas del mismo metal que, abrochadas desde el cuello, les caían como chorreras hasta las faldas. Las nobles señoras estaban todas sentadas y serias. Dijérase que eran unas santas, si no se descubriese al través del polvo de los siglos la coquetería del sexo, exhibida en sonrisas semiveladas, en bucles caídos al descuido sobre las frentes, en miradas un si es no es picarescas y, sobre todo, en las manos, cuyos dedos se mostraban cuajados de anillos con piedras grandes, como esmeraldas, diamantes mal tallados y *chalchigüites*, de los que tanto gustaba Hernán Cortés.

El mobiliario del salón era también antiguo y remedaba un museo de arte retrospectivo.

Del centro del techo de caoba fina, adornado con cuadros negros, pendía una araña de plata, la que, desprendiéndose en varias franjas anchas y afiligranadas, llegaba hasta un tazón inferior, en cuyo centro se encontraba una lámpara de aceite que se encendía en las grandes festividades.

En las partes que dejaban libres los retratos, había hasta cuatro lunas venecianas legítimas, con cantos biselados que tenían cada uno de ellos hermosas arandelas con bujías de cera virgen.

El mueble que más llamaba la atención en aquella estancia, era un aparador de formas macizas y pesadas, construído de ébano é incrustado de arabescos de nácar, marfil y bronce. Allí se guardaba la cristalería de Bohemia y muchos *bibelots* extraños de aquella época.

No había alfombras, pero sí petates finos tejidos artísticamente por los indios con palmas olorosas. Los divanes eran de ébano y cuero, adornados de filetes de hueso bien blancos y pulidos, lo mismo que los taburetes, butacas y pequeñas tarimas que se hallaban bien acondicionados por todo el salón.

Un artista habría comprendido á primera vista que en aquellos muros solitarios jamás habían resonado músicas alegres, sino sólo las quejumbrosas de los laúdes y salterios, que colgaban de las paredes como cuerpos sin vida, por no haberlos pulsado en varios años.

Tal era la sala de recepción, cerrada los más de los días del año, porque la marquesa recibía á sus íntimos en su misma alcoba.

III.

EL DORMITORIO.

Era éste un inmenso cuarto, venerable por la ancianidad que representaba.

Fuera de un lecho amplio, con barandillas, velado siempre por gruesos cortinajes, nadie habría podido descubrir que el interior de aquella especie de santuario había dado abrigo, un día, á una virgen.

A decir verdad, doña Manuela no tenía apariencia de haberlo sido nunca.

Desvanecido el fenómeno visual, de todos tan conocido, que se sufre cuando se pasa de un lugar bien iluminado á una estancia á media luz, y que el vulgo suele llamar *encandilamiento*, un observador que hubiese penetrado en el santuario en que dormía la marquesa, habría admirado, de seguro, la multitud de imágenes de que estaban cuajadas las paredes y demás ámbitos de aquel que propiamente pudiera llamarse oratorio.

Dos esculturas llamaban sobre todo la atención. Figuraba la una la escena cruenta del Calvario, destacándose en primer término la imagen de Jesús crucificado. Era esa la obra de un artista del país, de uno de esos obscuros maestros anónimos, que nos han dejado trabajos admirables por su realismo, y la infinidad de detalles á cual más interesantes.

Cristo no ha muerto: sufre una cruel y dolorosa agonía. Enclavado en la cruz, tiene el cuerpo bañado en sangre y lleno de equimosis. Las carnes, pálidas, están enjutas, y la piel fláxida deja adivinar

los músculos de un cuerpo que fué robusto, pero al que el martirio le ha arrebatado todas las energías.

Mas lo que hay que ver es el rostro del ajusticiado, las miradas sin luz, la boca por donde pasaron tantas y tan bellas palabras temblando de agonía, las sienes llenas de sangre coagulada, que aprisiona los bucles de aquellos cabellos castaños, que un día Magdalena perfumó con aceites de nardos y cardamomos.

Frente á esa imagen estaba la de la *Dolorosa*.

Si el sufrir del justo os conmueve, la filosofía, al menos, os hace comprender que en el tremendo drama del Calvario se encierra un poema de sacrificio y de amor.

Pero la madre angustiada, aunque sabía que aquella muerte había sido decretada de antemano en los cielos y que de ella se deduciría la redención de toda una raza, no reflexiona quizá, y gime, y su dolor es contagioso, porque el creyente gime con ella también.

El artista supo aprovechar un momento oportuno, y representó á una madre en toda la plenitud de su dolor al contemplar á su hijo ajusticiado.

Mas no eran esas las solas imágenes que allí había, pues parecía que la dueña de aquella estancia hubiera querido hacer una colección de pinturas y esculturas en las que pudiesen estudiarse todos los dolores, los del cuerpo y los del alma. Allí estaba Jerónimo, en la Tebaida, demacrado por el

ayuno y la maceración; allí la santa cabeza; Cristo atado á la columna; Cristo caído en el suelo; las ánimas en el purgatorio; San Lorenzo asándose en una parrilla; santos á quienes les han arrancado la lengua ó les han dado un hachazo en el cráneo; otro á quien se ha despellejado; los réprobos en el infierno; en fin, todo el martirologio descrito en los libros de la hagiografía cristiana.

¡Y decir que aquella estancia dió abrigo una noche á una virgen!

¡Y considerar que durante varios años fué aquel departamento una alcoba de novios, que allí lució la misteriosa luna de miel; que recogió los suspiros y los ecos de una pareja de seres honrados, es verdad, pero á quienes la naturaleza y las leyes permitían los transportes del amor!

Hay cosas que en verdad no se explican ó que por sí mismas explican mucho.

IV.

LA ALCOBA DE MARÍA LUISA.

Contigua á aquella cámara de horrores, y comunicada con ella, se hallaba la alcoba de la nieta de la marquesa.

A quien hubiese tenido poder moral para ello, le habría bastado traspasar los umbrales de la puerta de separación para sentir el mismo efecto que el Dante debió experimentar al salir del purgatorio y entrar en regiones celestes.

Era aquel cuartito un rincón de la casa, modesto y confortable.

En las noches, los ángeles debían hacer guardias á su alrededor.

Algún ser incorpóreo, alado y misterioso, debía estar encargado de aquella vivienda y de ahuyentar á toda esa legión de enemigos ocultos que nos asedian desde la infancia, de los cuales María Luisa se había visto libre hasta entonces.

Las malas tentaciones jamás lograron traspasar aquellos umbrales.

Daban luz á la estancia dos grandes ventanas con vidrios pintados de colores, que representaban algunas escenas de la vida de la Virgen, y que cada una era una obra maestra en su género. La luz palidecía al atravesarlas, perdiendo fuerza y calor.

Se encontraban las paredes tapizadas con lienzo de raso crema, deslustrado por el tiempo.

Un lecho de bronce ocupaba uno de los rincones; y el pabellón, que pendía desde lo alto, abrazaba con sus alas de linón blanco todo aquel mueble *mignón* y oloroso, no dejando ver las alburas de las sábanas y las almohadas, entre las cuales descansaba por las noches su inocente dueña.

Cerca de la cama había un reclinatorio, en donde Luisa oraba diariamente ante la imagen de María, representada por una bella pintura, en la que la Virgen, que debía ser madre de Dios, recibía, pasmada en su ventura, el anuncio de tal nueva hecho por el ángel Gabriel.

Podían verse en los muros de aquella habitación, embalsamada siempre con el perfume de los nardos, de las violetas ó los azahares, según la estación, las imágenes de los santos que en el cielo representan la belleza y la juventud.

Juntos, formando *pendant*, se veían á Estanislao de Kostka y á Luis de Gonzaga, puestos en moda entre las jóvenes por los jesuitas, á cuya orden pertenecieron aquellos efebos.

No eran obras debidas al pincel de algún autor conocido, sino unos de esos cromos bien acabados que constituyen la industria de ciertas casas alemanas que han inundado al mundo con sus productos.

Santa Catalina de Siena se hallaba al lado de Sor Juana Inés de la Cruz, aquel portento mexicano que ha llenado al mundo con la fama de su belleza y de su talento.

Las copias de los cuadros de Rafael alternaban con las de Murillo. Allí se veían la Madona de San Sixto y la Concepción, cuyos originales se encuentran en Dresde y en el Louvre, respectivamente. Los niños, los ángeles y querubines que en miriadas rodean á aquellos prodigios de arte del Renacimiento, ejercían sobre la huérfana una verdadera obsesión, y muchas veces sucedió que, en sus raptos místicos, aquella niña vió que las tales figuras tomaban forma corporal y que, desnudas y bellas como eran, revoloteaban alrededor de su cabeza produciéndole sueños y visiones de paraíso.

V.

LA INFANCIA DE MARÍA LUISA.

Siendo aún muy niña, se dispuso destinar á María á la vida del claustro, eligiéndose para el efecto el Convento de Santa Teresa, en donde había algunas monjas parientas de su familia.

En el convento, las madres fueron buenas para ella, creyendo ver en esa criatura un alma nacida para el cielo.

Pusieron desde luego en sus manos el libro de los *Ejercicios Espirituales*, de Ignacio de Loyola, que da reglas para llegar á la perfección por medio de la vida contemplativa, y cuyos preceptos tienen extraña analogía con los de los onfalofísicos y los ascetas de la India.

Y aquella niña anémica, degenerada en el organismo por la falta de cruce de su raza y por los frecuentes enlaces entre los individuos de su familia, demacrada por el continuo ayuno, se dió entera y con fervor místico á practicar los santos preceptos del terrible libro del fundador de la orden jesuítica.

Trató de privarse de toda claridad, cerrando las puertas y las ventanas de su celda.

Se abstuvo de reir y de pronunciar palabras que la pudieran inducir á ello.

No fijó más la mirada sobre persona alguna. Se abstuvo de pensar, de hablar. Halló placeres misteriosos en el hambre, en la sed, en la soledad.

Cuando oraba tenía los ojos cerrados ó los fijaba en un lugar cualquiera, sin volver la mirada á un

lado ó á otro; y entonces comenzaba á recitar la oración dominical. A la primera palabra de ella, *Padre*, se detenía á meditarla, buscando todos los distintos significados de que es susceptible.

Cuando llegaba á aquéllo de *estáis en los cielos*, se le llenaba el alma de júbilo y de esperanzas. Los cielos, para ella, estaban ahí no más, tras de la bóveda azul, casi al alcance de la mano. Se le figuraba que aquella mansión celeste estaba gobernada por un Dios que entraba en iras frecuentemente, pero que también tenía benevolencias con sus criaturas predilectas. Su mayor dicha habría sido figurar en la legión de los ángeles, de aquellos ángeles ideales que formaban coro alrededor de la Virgen. Muchas veces soñó en una suprema ventura: juguetear con sus iguales en los frondosos bosques que creía que existían en la región etérea, y después de entonar el canto de adoración al Altísimo, cuyos ecos vibraban en su alma, ir á la mesa eucarística para alimentarse con el pan fabricado con las harinas de los trigales cultivados por manos angélicas.

La niña vivía en pleno ensueño, y experimentaba en su organismo una felicidad dolorosa. Cuando lloraba sentía consuelo. Tenía vaga idea de sus padres, á quienes creía ver en sueños. Raras veces salía de su celda á mezclarse en los recreos de sus compañeras. Las risas fuertes le hacían mal. Una vez que se atrevió á columpiarse, cayó desvanecida en vahidos y sudores fríos. Cuando

al otro lado de los muros del convento oía sonidos mundanos, como los de las bandas marciales, los tambores y los pífanos guerreros, se figuraba que allí estaba la revolución demoniaca, mientras que en su retiro se encontraba la paz y el sosiego. Y ahí tenemos á una niña de pocos años, sin conocimiento del mundo ni de sus pasiones, buscando paz y tranquilidad tras de los muros de un claustro. Ella no había visto jamás una aurora ni una puesta del sol. Conocía de nombre los volcanes, pero jamás contempló sus majestuosas moles. Las paredes de su convento, le velaban las montañas que circundan á nuestra capital, y apenas tenía idea de haberlas visto una tarde, azuladas y temblorosas.

Del universo conocía dos cosas: la pequeña porción de tierra que constituía la huerta del convento, en donde alguna vez halló crisálidas y mariposas, y la bóveda estrellada que, en su movimiento, le mostraban noche á noche las constelaciones al pasar por el cenit de su observatorio improvisado.

Es cierto que le gustaban las alondras, cuyo canto oyó alguna vez por la mañana en uno de los árboles vecinos; pero lo que prefería á todo era el sonido apagado que la hermana organista hacía vibrar quedamente, repitiendo algunos trozos del *canto llano*, allá á la hora de los maitines y en las demás destinadas á la oración.

La juventud dió fuerzas á Luisa para soportar por algún tiempo aquella vida ascética y contemplativa; mas llegó un día en que el organismo no

pudo resistir la tensión nerviosa, y hubo necesidad de sacarla del convento, mientras pasaba la crisis que ponía en peligro tan preciosa existencia.

Necesitaron de la rara habilidad de la ciencia y de los cuidados especiales de la buena abuela para que la niña no muriese.

VI.

LA CONVALECENCIA.—NUEVA VIDA.

La convalecencia fué larga, pero al fin triunfó la juventud, ayudada por los reconstituyentes, y aun se aseguraba que, más que todo, por la intervención de sus santos patronos y algunas misas mandadas decir para el efecto.

Tratábase ya de la vuelta de Luisa al convento, cuando sucedió la ex-claustración de todas las religiosas, decretada en la República el año de 1872.

Entonces la casa se convirtió en un pequeño convento.

La madre Presentación y algunas otras hallaron refugio, de aquélla tempestad de su vida, cerca de Luisa.

Se improvisó en su recinto un oratorio, en donde un viejo sacerdote oficiaba todos los días y ofrecía el santo sacrificio. Los cuartos del ala izquierda de la casa se convirtieron en celdas, y esa mansión, lúgubre y desmantelada en otro tiempo, oyó las plegarias místicas y se llenó con los cánticos de las ancianas doncellas, á quiénes la revolución había perturbado en su asilo de paz, en el que

creyeron encontrar el refugio perpetuo de su vida y quizá el Paracleto para sus pasiones.

Luisa era la flor angélica que cultivaban aquéllas madres. Ellas, las cándidas vírgenes, salvarían á la niña de las tempestades del siglo.

Unas ancianas sin experiencia, se agruparon alrededor de la joven para formarle una especie de roca contra los embates de la revolución.

¿Cuáles eran sus armas?

La plegaria y las lágrimas. Estaban acorazadas con su confianza en Dios, que las defendería en su último asilo.

Cuando oían el estruendo de allá afuera, que producían los edificios ruinosos que echaba abajo el huracán revolucionario, ellas oraban pidiendo misericordia para los hombres y para las instituciones bajo cuyo amparo habían vivido.

De ese modo, y con tales maestras, se completó la educación de Luisa.

La impresión que tuvo del mundo no fué buena. Le tocó llegar á la vida real en una época de tempestad para los suyos. Cuando oyó hablar por primera vez de los hombres, fué para saber que se mantenían rebullendo en un mar de pasiones hirvientes; que la vida humana era una especie de corriente tumultuosa en cuyo curso se encuentran abismos en los que se desploman las generaciones, unas sobre otras.

A la gente de su raza le había tocado caer esa vez. Sus contrarios las empujaban, y ellas gemían al despedirse de la vida.

¿Qué les quedaba que hacer á Luisa y á los suyos?

Orar.

En los grandes acontecimientos sociales hay éstas dos cosas que el observador no debe perder de vista. Mientras los hombres derraman su sangre en los campos de batalla, las mujeres se deshacen en llanto en sus oratorios. Y, verdaderamente hay momentos en que uno no sabe qué preferir, si el líquido arterial, rojo como las ideas que predominan en el mundo y que representan las aspiraciones al porvenir, que hace héroes para la tierra, ó aquél otro que fluye de los ojos, cristalino y puro, cuyo acopio se llama lágrimas, que hace mártires para el cielo.

María Luisa oraba y lloraba, creyendo que los hombres eran malos, y pidiendo misericordia para todos.

VII.

LOS COMENSALES DE LA CASA.

Era tertulio de doña Manuela, don Abundio Noronha, Señor encopetado que en sus mocedades había estado en México, de cuya sociedad conservó siempre los más vivos y profundos recuerdos.

Allá conoció, decía, á los Alcaraces, á los Escandones y Fagoagas. Fué comensal de Estrada y de Labastida, y amigo de los conservadores de más nota, de aquéllos menguados que fueron á Europa á vender la República, y á poner el honor de América

á los pies de un Príncipe, cuya memoria ha sido redimida por sus infortunios y por su sangre derramada en el cadalso.

El pobre don Abundio estaba chiflado desde su viaje á México, pues, en su concepto, el aire, la tierra, el agua, las comidas y los vestidos, todo, en fin, era superior en la bendita tierra de la guerra civil.

Cuando los días domingos, doña Manuela á la hora del almuerzo, le ofrecía, además de una jícara de chocolate espumante y oloroso, un tamal negro con pasas, de esos de la pasta blanda y dulce que se deslizan por el gaznate como si fuesen de mantequilla,—Mire Usted, mire Usted, decía Noronha, en México se comen tamales no sólo los domingos, sino también los días de trabajo.

Recuerdo que estando una vez convidado en casa de los Alcaraces, por más señas que era jueves, sirvieron unos tamales.....; pero qué tamales, misé Manuela! qué tamales! con *guajolote!*

—¿Con *guajolote*, señor don Abundio!

—Sí, señora, con *guajolote*. Y luego nos obsequiaron con un vaso de pulque aromático, dulce, algo así como la ambrosía de los mexicanos. ¡Si cuando yo digo que sólo en México hay pulque, y que no hay sino aquéllos valientes, para gozar de las delicias de aquel licor de los dioses!...

¿Y dónde me deja usted los *léperos*, los sombrerones, y los generales que tienen siempre un plan entre pecho y espalda?

¿En dónde han sido más valientes y astutos los plagiarios? ¿Qué otro país ha tenido más Presiden-

tes y más guerras civiles? Allí ha habido dos Emperadores y una Alteza Serenísima. Aquella tierra, marquesa, es tierra privilegiada; y si no, ¿en qué otra parte se ha aparecido Nuestra Señora de Guadalupe?

—Y usía, señor don Abundio, visitó el Santuario?

—Cómo si lo visité? Una y mil veces. Allí sólo hay Juan Diegos.

¡Y vaya usted á la Viga!

—¿Qué es éso de la Viga?....

—Qué, ¿no sabe usted lo que es la Viga? Pues si eso se sabe en todo el mundo, desde Pekín hasta Viena.

—Ya, ya caigo. Viga es un madero largo y estrecho, según nuestra Santa Madre, digo, según la Real y Pontificia Academia de la Lengua.

—Quiá, señora; la Viga es un paseo de México, y usted no me puede negar que sea un nombre bastante poético.

En esto estaban, cuando llegó don Ildefonso Sangrefría, escribano público, prefecto de congregación, miembro de la Archicofradía del Santísimo, conciliario de la Universidad de San Carlos y encargado del manejo de los bienes de la casa de Villacreces.

Era, aquél, un hombre chiquitín, y flaco hasta parecer apergaminado. Rayaría en los cuarenta años. Tenía la cabeza calva y usaba un birrete de pana negra, para ocultar su defecto. Se hallaba soltero, asegurando que sus inclinaciones lo llama-

ban al celibato, cuando no al claustro. Llevaba siempre anteojos azules, y los vestidos raídos.

Avaro y madrugador, era tan capaz de despertar al gallo del alba como de oirse cuatro misas en ayunas, siempre que tuviese la esperanza de sorberse otras tantas jícaras de chocolate con sus correspondientes bizcochuelos, en casa de la Señora Marquesa.

Tenía ó aparentaba tener la mayor admiración por don Abundio, cuyos relatos de viajes escuchaba diariamente, hacía años, con la mayor calma y resignación.

Llevaba sus atenciones con doña Manuela hasta caer en el servilismo. Vivía pendiente de los labios de su cliente, tomando sus palabras por órdenes, sin perjuicio de hacer su santa voluntad en los negocios que de la casa le estaban encomendados. Jamás se alteraba ni discutía. Era, en apariencia, un hombre pacífico y de buena pasta. Cuando le cargaban los relatos de don Abundio, se frotaba las huesudas manos con fingida fruición y lo adulaba á más no poder.

Ocupaba el más pequeño sitio posible, y cuando era necesario, y se encontraba á tiempo, iniciaba las oraciones de la tarde.

Esas personas, algunos clérigos mundanos, unas cuantas setentonas y varios parientes de la casa, concurrían por las noches á la tertulia de la Marquesa á murmurar, á rezar el rosario y á tomar chocolate, terminando la velada hasta la hora del

silencio, con algunas pláticas y denuestos contra la situación de la época.

En otros tiempos, aquella tertulia había sido de las más temidas y, por lo tanto, de las más buscadas en la capital. De allí salieron muchos Obispos, Diputados, Académicos y Prestes de Conventos. Allí se repartían las mejores prebendas, pues la alcoba de la Marquesa era una cosa así como la antesala de un arzobispado ó de los Ministerios.

Luisa oía que se hablaba de política, pero no entendía una sola palabra.

De lo que sí estaba convencida era de que el antiguo régimen, del que tanto oía hablar á los suyos, era lo único bueno que en el mundo había existido; y muchas veces suspiró por los tiempos de los Virreyes y Capitanes Generales, por los abuelos que usaban pelucones empolvados y trajes brillantes llenos de chorreras y entorchados, cuya época era tan distinta de la actual, democrática y vulgar.

Entonces comprendía la razón que su abuela había tenido para quererla dedicar al claustro.

Lo que conocía del mundo le repugnaba en extremo.

Sus viejas parientas y los tertulios de su casa le hacían el efecto de extrañas apariciones de otros tiempos.

Don Abundio la tenía fatigada con su continua cantaleta de las cosas mexicanas.

Pero el que le causaba más espanto era don Ildefonso, con sus muecas y suspiros de viejo sátiro,

cuyo significado no alcanzaba, pero que su inocencia le hacía comprender que eran malos.

Y así y todo, se veía forzada á concurrir todas las noches á la alcoba de su abuela, porque ésta la obligaba á éllo, dándole por razón que era necesario conocer la sociedad y acostumbrarse al trato de los hombres.

VIII.

MARÍA LUISA Á LOS QUINCE AÑOS.

Ella era buena, si es que la bondad consiste en no hacer mal, no matar un insecto que os incomode, dejar balancearse á la flor en su tallo y respirar el aire reparador á la hoja moribunda.

Era piadosa, porque al contemplar trás de sus celosías á la viuda harapienta que llevaba en brazos una criatura escuálida que chupaba la sangre, no la leche de aquéllos pechos vacíos, se compadecía de esas dos miserias.

Poseía lo que pudiéramos llamar virtud negativa.

No robaba, era rica. No murmuraba, porque en el mundo no conocía á nadie que lo mereciera; no mentía, era libre para hacer lo que le diese la gana; no blasfemaba; jamás se la había enseñado otra doctrina que la del catolicismo, y ni tenía libros ni espíritu bastante que le ayudasen á levantarse hasta la región de la duda y del análisis.

Comulgaba frecuentemente, y era que al acercarse al ara y recibir el pan eucarístico, le causaba inefable placer, que le daba alas beatíficas, sin que sintiese en el pecho el torcedor de los arrepentimientos.

No odiaba, nadie le había hecho mal en la vida.

Se la veía por largas horas en el reclinatorio, con su angelical cabeza entre las manos, dirigiendo sus plegarias y oraciones á la Virgen.

Otras, sentada en un sillón, caía en largas meditaciones mezcladas de sueños y fantasías, ante la bella imagen de Luis de Gonzaga, su Santo preferido.

Lloraba sin motivo, y derrepente estallaba en risas sin objeto y pláticas locuaces con las antiguas sirvientes de la casa, que la habían visto nacer y crecer.

Salía poco á la calle, á no ser para ir á misa, pues en el convento se le había enseñado el amor á la soledad. Gustaba del cultivo de las flores, de las rosas, de las mosquetas y margaritas, por el sólo placer de ofrendar diariamente un ramillete oloroso á su Buena y Santa Madre la Virgen.

La lectura la mareaba, mas no dejaba de leer todos los días la vida del Santo de la fecha y una que otra obrita aconsejada por don Abundio y revisada por su Confesor.

Sus pláticas eran cándidas é ingenuas. Conservaba el olor del Convento y poseía todas las alburas de la inocencia.

Un libro que su director había puesto en sus manos, la llenaba de terrores. Era el del padre Jaén, sobre la confesión, y que para ella estaba escrito, como si fuera en griego.

Su alma era tan pura como su cuerpo. No maliciaba los pecados de la carne, ni jamás se había

ruborizado su frente por un mal pensamiento: así es que ciertas preguntas que se le hacían en el confesionario la dejaban atónita y avergonzada por su ignorancia.

Había tenido la fortuna de que, hasta entonces, no se le acercase tentador alguno. Cuando estuvo en el Convento, hacía para ella las veces de amiga la reverenda madre Presentación, una cándida vieja que no recordaba haber visto otro hombre en su vida, más que al capellán, y eso con su traje talar, por lo que ignoró mucho tiempo que los del sexo usasen calzones, hasta que la desengañó otra de las beatas, mostrándole un pantalón, lo que hizo reir mucho á la buena señora, imaginándose la figura ridícula que haríamos los varones llevando vestido tan incómodo.

La madre Presentación vivía en olor de santidad. Cuando Luisa salió del Convento contra su voluntad, se refugió en su alcoba, que ya hemos descrito, y aunque es verdad que se ensanchó el círculo en que podía moverse, no cambió su método de vida.

Las viejas sirvientes veían á su señorita con respeto. Era para ellas aquél ser alado, algo así incorpóreo, como un ángel que hubiese caído del cielo y que hubiese entrado al mundo pasando por la puerta del Convento.

Naturaleza todavía no había ceñido en su frente la corona de la nubilidad.

El contacto moral con los tertulios de la casa le hacía mal. Los viejos momias le desagradaban por todo: por sus caras arrugadas, por sus pláticas, por sus risas que dejaban descubrir sus mandíbulas desdentadas.

IX.

LO QUE SABÍA Y LO QUE IGNORABA.

Había llegado Luisa á una época crítica y peligrosa, dado su temperamento y educación: esa época que en las mujeres del trópico tiene lugar, por lo común, á los quince años; en que de un día á otro, como por encanto, la niña se convierte en mujer; en que como la ninfa, al cambiarse en mariposa, deja sus antiguas formas, y de gusano inmóvil, sin aire ni movimiento, se convierte en un sér alado y vistoso, espejo fiel del amor, y que va de flor en flor chupando el líquido de los nectarios.

María Luisa estaba nerviosa, asustada, casi se sentía pecadora.

Tenía el pudor de los secretos: á nadie se atrevía á consultar su estado; y así pasaron cinco días, que fueron para ella mortales, de quebrantos, palideces y displicencias.

La abuela, con ser abuela, no había tenido la previsión de tal acontecimiento, ni las monjas del Convento tampoco le habían hablado de ello.

Hay horas supremas en que la niña necesita más que nunca de la madre. Las hijas solas son como las lianas del bosque, que no viven, ó se desarrollan mal, si no encuentran un tronco robusto que las dé apoyo y alientos para subir á las alturas, que es su aspiración de todos los momentos.

Después de haberlas dado vida y alimentádolas con sus pechos, siguen las niñas viviendo del espíritu de la madre; y yo no sé qué valga más, si el

ser material que les dan á costa de su sangre y sus dolores, ó el moral que se descompone en buenos ejemplos, saludables consejos, indicaciones oportunas, besos, caricias y toda aquélla epopeya de quince años que se necesitan para convertir ese animalillo inculto y lleno de malas pasiones, en un sér puro, transparente y pristino que se llama virgen al siguiente día de su nubilidad.

Con razón se ha dicho que todas las madres de un Convento no valen lo que *una madre.* Luisa, ya lo hemos dicho, no conoció á la suya.

Poseía todas las ignorancias: la de la carne, la del espíritu y la del mundo.

Había aprendido á leer, es cierto, pero hasta entonces aquella facultad no la empleó sino para enterarse de la vida de los santos ó de las visiones de la Monja de Agreda, su libro favorito. Conocía bastante la gramática para no estropear la palabra escrita, pero no había hecho uso de la pluma sino cuando, siguiendo una costumbre piadosa, escribía cartas á los ángeles, que depositaba al pie de los altares, pidiéndoles se la llevasen pronto á los cielos. De latín sabía las *letanías*, aunque no las podía traducir. Tocaba en el monocordio piececillas tiernas y melancólicas; dibujaba ojos y narices con alguna perfección.

Tenía la mente llena de visiones novelescas; vivía en pleno país encantado del ensueño, y pudiera decirse que era la castellana de lo que los franceses llaman, *Châteaux en Espagne.*

Si una niña tiene la fortuna de morirse en esa hora suprema, hay de seguro alegrías en el cielo, y los ángeles visten sus trajes de gala para recibirla.

Dos cosas hay que despiertan la curiosidad de las gentes. Una boda y el entierro de una doncella. La corona de la desposada y el ataúd de armiño de la virgen, hacen abrir los ojos de la multitud ante el misterio.

En un festejo nupcial hay miradas envidiosas, sonrisas semi-veladas, algo de encono ante la felicidad.

En el entierro de una virgen hay lágrimas sinceras. Cuando muere uno de esos seres raros, la sociedad se conmueve y solloza. María Luisa tuvo la desgracia de traspasar esa edad feliz. Ella, que había nacido para ángel, sufrió el decreto del destino y se quedó mujer en la tierra.

Entonces bajaron á su mente las revelaciones de la vida. Se vió al espejo, y por primera vez notó que era bella. Sus mejillas pálidas se habían teñido de tintes sonrosados. Su pupila le dió miedo, pues le parecía que iba á atravesar el cristal de la luna veneciana en que se miraba.

Ensayó de nuevo el corsé y hubo de abandonar el que hasta entonces había usado, pues le venía estrecho y le causaba fatigas. Tuvo la coquetería de las flores, que le iban bien sobre sus cabellos castaños.

Las rosas se le marchitaban á las pocas horas sobre el pecho, y supo sustituirlas con cintas.

Ya no gustó de los vestidos de merino, y le fueron repugnando los colores blanco y café, reunidos, porque le recordaban su traje del Convento.

En cambio, se aficionó al cambray y á las muselinas, de las que se mandaba hacer vestidos de formas ligeras y vaporosas. Usó botitas pequeñuelas y tuvo pasión por los perfumes, cuyo olor la embriagaba. Encontró muy fuerte el del incienso, y muy de su gusto el aroma del heno de las praderas. Tuvo la curiosidad de los guardaoyas de su familia, y registrando las que un día usara su madre, las encontró fuera de moda, mandándose hacer joyeles para ella, al gusto del tiempo.

De cuando en cuando le venían ciertos escrúpulos, sintiendo que el mundo la arrastraba á lo que consideraba como su perdición.

Estaba triste además.

¿Para qué adornarse? ¿Para quién?

No por cierto para don Abundio, ni menos para don Ildefonso.

Lloraba y reía, librándose en ese momento supremo de su vida, la lucha entre la niñez que se iba y la pubertad que había llegado.

X.

LA HACIENDA DE LOS VILLACRECES.

Hemos dicho que la familia de los Villacreces poseía, entre otros bienes, una gran hacienda en la costa del Sur, donde se explotaban las ricas maderas de sus bosques, el jugo lechoso de la

planta que da el hule y que la industria convierte en caucho, la zarzaparrilla, y otros productos tropicales.

En el siglo último habían existido allí obrajes para fabricar añil, mas hubo que destruirlos por orden del rey, lo mismo que las plantaciones del *jiquilite*, con motivo de las fiebres desarrolladas en toda la zona de la costa del Pacífico y que se atribuyeron á dicha fabricación.

Entonces se sustituyó aquel cultivo con los cacaotales, cuyo cultivo tanto empuje tomó por ese tiempo, siendo el producto de tan precioso grano la causa del incremento de la riqueza de los Villacreces.

Don Ildefonso era todo un buen administrador, é hizo prosperar el fundo, introduciendo en él el cultivo de la caña de Otahití y prometiéndose hacer con el tiempo, un magnífico ingenio en donde se produjese la mejor azúcar de Centro-América.

Se sentía joven, disponía de los cuantiosos bienes de la casa, dominaba en el alma de doña Manuela, que veía en él no sólo un hombre trabajador, sino un santo varón.

Luisa, se decía él mismo, que es el último vástago de esa noble casa, ha recibido una perfecta educación; es, al mismo tiempo que tímida como una paloma, delicada como una sensitiva, y no veo entre sus iguales, dedicados todos á chalanes ó á campistas, ignorantes y groseros, quién pueda aspirar á la mano de aquella doncella casta y pura.

Y entonces el hombre aquel, con el alma llena de ambición, se dió á trabajar en la hacienda como si ya le perteneciera, pues tenía el proyecto de adquirirla, al mismo tiempo que á su dueña, á quien se prometía hacer su esposa.

Obtuvo fácilmente de doña Manuela el consentimiento de echar abajo la antigua casa de habitación de los patrones. En poco tiempo, y merced á la habilidad y buen gusto de un joven ingeniero, se vió convertido aquello en un verdadero verjel. A las viviendas antiguas, chatas y pesadas, de gusto español, obscuras, húmedas y tétricas, sustituyó una villa gentil y airosa con todo el *confort* que pudiera desearse en aquel ardoroso clima, con baños de agua cristalina, escondidos entre grutas misteriosas, surtidores y glorietas.

Fué la primera vez que en Centro-América se unió el arte al buen gusto para aprovechar los recursos de la vegetación tropical, quitándole todo lo que le sobra de lujuriante y exagerado, cuando se le deja á merced de la naturaleza bravía, para convertirla en sierva del hombre á quien rinde culto con su tributo de aromas, esencias y flores, con la tibia sombra y el dulce ambiente de sus boscajes, á la hora de la fatiga, ó con la música que entona el aire al juguetear con las hojas por las tardes, ó la de los pajarillos que cantan su canción de himeneo desde los nidos que cuelgan de los ramajes.

El ingeniero supo aprovecharse de los inmensos recursos que la naturaleza le brindaba á manos llenas.

Construyó asilos de sombra, impenetrables, entretejidos por arbustos de cabellera verde y coronados de flores perfumadas.

Las variadas palmas de nuestra vegetación tropical formaban avenidas que se perdían á lo lejos en los verdes setos. Por una especie de conjuro surgieron en los jardines las gardenias, las tuberosas, las batatillas, los nardos, las violetas y las begonias, que así tenían para los pajarillos licores deliciosos en sus nectarios, como en sus alientos de perfume el remedio para los males de la tierra.

La vegetación estaba en delirio. Cual núbil joven que se deshace en deseos, y á quien el recato detiene en sus ansias, así estaba aquella virgen americana, cuando llegó á visitarla Luisa acompañada de su abuela y de algunas otras personas amigas de la casa.

Ella, que en las temporadas pasadas había sufrido todas las incomodidades y privaciones, tan comunes en esos viajes, encontró aquello transformado, y por primera vez no echó de menos á su cuartito de la capital, ni los cipreses y las flores raquíticas de su jardín, ni las pomas y priscos que se daban en su huerto.

Una mano, quizá amiga, había tenido la delicadeza de prepararle un nidito entre aquellos bosques, que ahora le parecían tan bellos.

Los adornos de su estancia consistían en escenas de la naturaleza: acuarelas representando collados terminados en el confin con bosques azules, asilos

de sombra y de dulces misterios; barcas fugitivas en que parejas felices bogaban en el río á la hora bendecida en que el sol se pone, que es hora de calma y de amor; cacerías efectuadas en bosques que no eran como los americanos, en que se veían las trahillas de perros bien aleccionados, ansiosos de lanzarse sobre sus presas, y que en deliciosa confusión cabalgaban señoritas y caballeros con trajes vistosos y en corceles bien apuestos.

Las flores que en la costa despiden aromas excitantes, le producían embriagueces y vértigos voluptuosos hasta entonces no sentidos.

Una sola cosa faltaba en el pequeño santuario, y era la efigie de algún santo que sirviese de amuleto y protector en la alcoba, que Luisa y los suyos encontraron un tanto profana.

Pero la devota niña salvó desde luego la dificultad, pues había traído consigo la imagen de Luis de Gonzaga, de la que no es aventurado suponer que estaba místicamente enamorada.

Don Ildefonso, al ver la sorpresa y la alegría inusitada de Luisa, estaba fuera de sí. Se atribuía el triunfo, y de cuando en cuando se acercaba á la señorita, asegurándole que todo aquello lo había dispuesto para ella, sólo para ella. Luisa lo miraba de soslayo y con repugnancia, produciéndole el efecto del dios Pan que se hubiese disfrazado de Tartufo.

Entonces fué cuando Luisa comprendió la vida. Hasta esa hora no había visto de ella sino el claustro

y su casa. En las huertas de sus jardines no había oído sino arrullos de tórtolas y quejidos lastimeros de avecillas abandonadas. Muchas veces, en las horas de la noche, había perturbado su sueño el canto de las lechuzas y de los buhos, de quienes las madres del convento decían que anunciaban la muerte. Sentía, por vez primera, lleno el pecho inocente de aire puro y vivificador. Aquella revelación de lo nuevo, aquellas paredes blancas, la ventilación de los corredores, las vistas lejanas del mar, la aurora y los crepúsculos, los cantos de la naturaleza en todo su esplendor, la agitación de los obreros, el color de las flores lozanas, tan distintas de aquellas desmedradas y anémicas que ella cultivaba en su jardín de la capital, los cantos de los labradores al guiar á sus ganados en los campos del trabajo, el argentino rumor de las cascadas, el piar de los polluelos. el humo que se desprendía de las cabañas lejanas y que semejaba misteriosos pebeteros incensariando á los cielos, todo, todo le parecía extraño, nuevo, encantador.

Fué aquello una verdadera revelación de la vida. Sus fibras sensitivas se ablandaron. Sintió ancho el pecho, y por primera vez la sangre, al teñir sus mejillas, no le hizo mal, sino que le causó ligero escozor de felicidad. Naturaleza la poseyó en medio de los deliquios en que la hizo caer el calor del trópico.

Sufrió los estremecimientos de la carne y las voluptuosidades de los sentidos adormecidos hasta entonces.

Sintiendo ardores inexplicables, pidió á las fuentes calma y alivio, y al salir de ellas, vió en sus cristales que su cuerpo era blanco y sus formas deliciosas. Entonces notó que su cabellera negra estaba mal cuidada y sus manecillas algo rugosas por los trabajos manuales á que en el convento se la había dedicado.

Hasta cometió una falta que nunca se perdonó después: no pensó en Dios, y buscó la explicación de lo que veía y sentía, aquí en la tierra.

Si hubiese sido docta en mitología, habría entrevisto en los altares del mundo al dios Pan, que proporciona las dichas inefables del campo.

¡Pobre y dulce joven! Aquel fué un instante supremo en su existencia, que quizá la perdió para siempre. Fué mujer, fué poetisa, y, permítasenos la palabra, bacante entregada al culto de la naturaleza.

XI.

EL INGENIERO.

Hernando Montemayor era un joven delgado, de talla mediana y cuya edad rayaría en los veinticuatro años. Sus ojos eran grandes y negros, rodeados de unas cejas arqueadas que casi se unían sobre el vértice de la nariz y que hacían resaltar, por su color, el pálido mate de su rostro.

Llevaba una cabellera de un negro de ébano, cuyos rizos, al caer sobre su frente, le imprimían no sé qué de espiritual y de romántico. Un bozo

delicado de adolescente sombreaba sus labios. Tenía en su expresión algo de severo y de triste.

Vestía con pulcritud y extremada limpieza sus trajes de franela, que un buen sastre de la capital había cortado, siguiendo el modelo de los que los viajeros nobles y altos empleados usan en la India inglesa.

Era benévolo con sus inferiores en el trato ordinario, mas rígido y exigente en el cumplimiento de sus deberes y el de los demás. Era respetado y amado de todos. Trabajador incansable, se levantaba con el alba, aprovechando las buenas horas de la mañana para la dirección de las obras que le estaban encomendadas, y empleando el resto del día en sus trabajos de oficina.

Se le tenía por buen ginete, y gustaba de las excursiones al bosque, en busca de cazas peligrosas, de leones y de jaguares.

El río María-linda, que pasaba por la finca y que ya comenzaba á ser navegable desde allí, lo veía muchas veces surcar sus aguas en ligero esquife, bajo su dirección fabricado, dejándose arrastrar, á la hora encantadora del crepúsculo, por aquellas corrientes, entre los manglares y demás árboles gigantes que componen la vegetación de la costa.

Hernando, hijo de un hombre acaudalado del país, que desde la catástrofe política del año de 37 vivía retirado en sus posesiones de campo, fué enviado á Suiza, siendo muy niño, á hacerse hombre útil, según deseos de su padre.

Quien sirve á su país, decía éste, sirve á un ingrato. Yo no quiero que mi hijo llegue á ser nunca diputado, ni ministro, ni general, porque conozco á cuanto está expuesta la conciencia y la honra de los que escalan aquellos puestos.

Llegar á vender el voto, ser un ladrón ó un faccioso, no es por cierto el porvenir que un padre honrado desee para su hijo. Por eso el de Hernando, con buen sentido, dispuso que el suyo, siendo aún muy niño, marchase al extranjero, á una tierra de hombres honrados y prácticos, á iniciarse en los secretos de la vida, bajo la dirección de maestros tan competentes y demócratas tan puros como lo son los hijos de la patria de Pestalozzi y Guillermo Tell.

La única recomendación que hizo fué que se le prohibiera la lectura de la historia de su país, porque quería que no abordase ese asunto sino hasta cuando fuese hombre maduro y conociese las glorias y vicisitudes de otros pueblos.

El quería que si su hijo entraba algún día á la política de su país y se afiliaba á algún partido, no lo hiciese por tradiciones de familia ni deseos de venganza: por eso no le habló nunca de ello, y trató de ocultarle los sufrimientos y las persecuciones de que había sido víctima.

El joven dió de sí más de lo que su mismo padre esperaba.

Después de haber dominado los tres idiomas que se hablan en los cantones suizos y de pasar por los

estudios preparatorios correspondientes, ingresó á uno de los gimnasios más afamados del país, en donde se inició en el estudio de los clásicos y llegó á adquirir un buen tinte literario. Pero sus inclinaciones lo llamaban más bien al estudio de las ciencias experimentales. La filosofía hegeliana, tan en moda en esa época, no lo contó entre sus más fervorosos discípulos, pues prefirió á Kant, que le sirvió de guía y maestro en el dominio de la razón.

Estudió en museos, en la patria de Rousseau, de Saussuret y de Francisco Huber, las ciencias naturales.

Vivió durante muchos meses en compañía de sus maestros, en el seno de la naturaleza, estudiando á ésta en las altas montañas y en los ventisqueros, ú observando las costumbres, en las cabañas, de aquellos hijos de los Alpes. Así fué, que al mismo tiempo que fortalecía su cuerpo con frecuentes excursiones, llenaba su cerebro de útiles enseñanzas sobre el cultivo de la tierra y la crianza de ganados, en que tanto sobresalen aquellos honrados y laboriosos montañeses.

Las virtudes republicanas y la tolerancia religiosa forman el ambiente de la simpática confederación, y nuestro compatriota, sin saberlo él mismo, fué demócrata sincero y practicó la noble virtud de respetar las creencias ajenas.

No se le educó exclusivamente en el culto de ninguna religión positiva. Fué cristiano porque sus padres lo eran y porque vivía en un país de la

misma civilización. Las disputas teológicas, que tan mala fama dieran un día á la Ginebra de Calvino, habían caído en descrédito, y sus maestro les enseñaron á huir de ellas como de asuntos estériles y peligrosos.

Cuando llegó la hora de adoptar una carrera profesional, se decidió por la de ingeniero, y sus esfuerzos se vieron coronados con el mayor éxito, pues obtuvo las mejores notas y pudo hacer exámenes brillantes que le valieron un honrroso título y varios diplomas de sociedades sabias, por sus trabajos de entomología y algunos de matemáticas.

El joven habría podido permanecer en Suiza como profesor de varios ramos cuyas cátedras se le ofrecían. Pudo, así mismo, haber ocupado la plaza de institutor en varias casas de la nobleza alemana, á quienes sus maestros lo habían recomendado, pero no quiso: á pesar de sus diez y ocho años de ausencia, lo atraía su rincón natal, y aunque su mente estuviera saturada con todas las ideas de la ciencia y la civilización germánicas, su corazón latía por América; pues si su patria intelectual era Europa, y suizos los amigos de la infancia y juventud, Guatemala era la patria de su sangre, y aquí vivían y debían morir sus padres.

Montemayor se despidió del país en que había vivido feliz durante su mejor edad. El no era un romántico, y conociendo bien el mundo, no lo consideraba bastante grande para que la distancia de unos cuantos millares de leguas pudiese apagar los afectos que allá dejaba y los que consigo traía.

Además, éstos no eran de la naturaleza de los que en la juventud causan hondas tristezas y lágrimas á la hora de las separaciones, pues se reducían á unas cuantas relaciones de amistad, más ó menos íntimas, con algunos compañeros de estudio quienes apesar de la juventud, estaban blindados con la coraza que da la sabiduría.

Hernando no había amado hasta entonces; tenía el corazon virgen, pues sus estudios no le habían dado tiempo para entrar en galanteos tan comunes como perjudiciales á su edad.

El poco conocimiento que tenía de la mujer, se reducía á algunos recuerdos de relaciones fugitivas con algunas muchachas de las montañas.

XII.

PRIMERAS RELACIONES.

Haría seis meses que Hernando, en cumplimiento de un contrato, se hallaba en el ingenio, cuando sucedió la invasión de aquella familia á quien no conocía más que de nombre.

Presentado á ella y á los amigos que la acompañaban, fué un comensal obligado á la mesa y á las tertulias de los temporadistas, cosa que le molestó de veras, porque lo desequilibró de su vida de trabajo, de soledad y de estudio que tanto cuadraban á su naturaleza.

Al conocer de cerca á aquellas gentes y estudiar su temperamento intelectual, él, tan aficionado á

las clasificaciones, creyó tener ante su vista una *familia* especial del género *hominis*, cuya existencia ni aun había maliciado.

Las pláticas, las preocupaciones, las presunciones, las ignorancias incomprensibles, las peregrinas doctrinas que brotaban de sus labios, el desprecio que expresaban por todo lo que él hasta entonces había considerado como grande en el terreno del pensamiento, el culto que rendían á lo que había aprendido á despreciar en las escuelas, todo, todo despertaba su curiosidad.

Mas era bastante filósofo para no indignarse al oir los dislates que se pronunciaban diariamente ante él, y bastante observador para estudiar á aquellos extraños *specimens* que le habían caído como del cielo.

Sobre todo, lo que más llamaba su atención era lo arcaico de sus frases y lo vulgar de sus ideas. A cada rato le martilleaban el oído con la repetición de palabras como estas: *conservador*, *conservar*, *conservación*.

Conservo mi hacienda y los recuerdos de mi familia, sus retratos, las gualdrapas de sus caballos, sus casacones y pelucas, sus bastones y zapatillas, decía doña Manuela.

Yo conservaré el más vivo recuerdo de México durante toda mi vida, y si es posible, en la otra, aseguraba don Abundio.

Me he conservado en el estado del celibato, siguiendo los preceptos de San Pablo, murmuraba

don Ildefonso; mas luego agregaba como correctivo, estas palabras amenazantes para Luisa: salvo que Dios disponga otra cosa.

Mi hermano *había conservado* el caballo tordillo que montó en la última feria de agosto, afirmaba un monigote sietemesino, y aseguraba, además, que lo *habría* y *hubiese conservado* toda la vida, á no ser por que se murió el pobre animalito.

¡Conservemos! gritaban en coro. *¡Conservémonos!*

Y así se mantenían conjugando por activa y pasiva en todas las personas y tiempos á dicho verbo, tales *conservadores*.

Muy á menudo se hablaba allí del antiguo régimen, del trono y del altar. El *zonto* Bustamante pasaba entre ellos por semidiós, y á Gainza se le calificaba de cobarde y de traidor.

El marido de la señora marquesa había sido *caco* (1) en sus mocedades, lo que causó susto y pena á nuestro joven; pues ó era muy ignorante en nuestra lengua, ó el significado de esa palabra y su aplicación al jefe de la familia, más constituía un bochorno que no una gloria para aquel personaje.

Oía hablar con desprecio de los *fiebres* y de los jacobinos; murmurar de los filósofos ó de los ateos, como allí se les llamaba indistintamente; y en fin, que el joven se encontró sin quererlo, en una batahola; pues don Abundio, con México; don Ildefonso,

---

(1) Sobriquete que se dió en ésta á los conservadores de Guatemala á principios de la República.

con la confesión, los frailes y su abstinencia (la de él, no la de los frailes); la dueña de la casa, con sus antiguos recuerdos; algunos mozalbetes, con las corridas de toros, sus perros y sus caballos; las viejas criadas, con sus mojigaterías, le hacían la vida verdaderamente insoportable.

¡Cuán distinta había sido ésta en los seis meses anteriores, pasados en el seno de aquella naturaleza, á la que tanto amaba.

Callaba, entretanto, y hasta llegó á pasar por un tonto entre aquellos amables idiotas.

Luisa se hallaba recogida en sí misma. Algo nuevo pasaba en el fondo de su corazón.

Los primeros días fueron difíciles para ambos. Casi no se conocían más que de vista, y muy poco por el sonido de sus voces.

Como sucede casi siempre, cuando se está á la edad á que ellos habían llegado, ella fué la atrevida, él, el timorato. Puesto que el ingeniero no se le acercaba, Luisa lo buscó.

Hay que confesar que Hernando, con todo y tener la cabeza llena de cifras y de planos, y de cultivar una intimidad espiritual con Eúclides, Leibnitz y Lagrange, era, en cosas de sociedad y sobre todo en materia de amor, un verdadero papanatas. Lo que menos queremos es idealizar á ninguna figura de nuestros cuadros, y por lo tanto damos á cada uno la calificación que se merece.

Diremos, de una vez por todas, que el gran defecto que el joven poseía era la irresolución en asuntos de la vida íntima.

Habría sido capaz de asaltar una trinchera y, en un momento dado, convertirse en héroe, y al mismo tiempo en su casa tenía tales docilidades, que un niño lo habría podido conducir con un hilo de seda. La extremada consagración á los libros suele producir esas degeneraciones de la voluntad.

Continuemos.

Casi llegaron á ser amigos en poco tiempo.

Poseían de común sus almas puras; sólo que la de ella estaba forrada con el hábito de una novicia, y la de él, con la hopalanda del estudiante.

Se habían atraído con la invencible fuerza de dos almas radiantes, que muchas veces equivale á la que tienen los astros al saludarse en el espacio y mandarse sus besos de luz y de amor.

XIII.

COMPARACIONES.

No hay que extrañar lo que últimamente se ha dicho de Hernando.

La naturaleza no siempre marcha unísona en el desenvolvimiento de nuestras facultades. Cuando el desarrollo de la inteligencia es muy precoz y no lo corrige una buena y sabia educación, generalmente aquél se verifica á costa del desgaste del cuerpo, que llega hasta el raquitismo: testigos, Pascal, Kant y otros que pudieran citarse.

Y lo que sucede con el cuerpo sucede también con la voluntad: testigo, Lafontaine, el más espiritual, pero también el más tímido y descuidado de los hombres.

Hernando no era un genio, ni presumía serlo, pero tampoco se podría tomar como un seminarista semejante al de la *Dolores*, de Feliú y Codina.

No había tenido tiempo bastante para pensar en amores serios: eso era todo. Y luego, aunque nacido en el país, no estaba acostumbrado al trato de las mujeres del trópico, generalmente tan precoces.

¡Qué distintas le parecían estas niñas nacidas bajo el sol bochornoso de nuestra zona, que á los trece años llevan ya ojos rasgados que despiden llamas, de aquellas que él había conocido en Suiza y Alemania, que aun á los diez y seis van á la escuela con las faldas cortas; seres indecisos de formas todavía no contorneadas, de mirar sereno y dulce y de semblantes tranquilos y sin relámpagos.

Cuando en los primeros días sorprendió á María Luisa examinándolo, creyó ver en aquellos ojos los de un felino, ó que estaba enferma, quizá amenazada de locura.

Y aquel joven, célebre ya en la comarca por haberse enfrentado varias veces con los jaguares de la montaña, tembló.... y aun tuvo miedo de tener miedo de aquella niña.

Quizá la naturaleza quiso darle una lección, de que no supo sacar provecho.

Al contrario, creyó salir de su error al tratarla en una intimidad respetuosa, quedando convencido que se las había con un ser en cuya alma nada había escrito, *sicut tábula rasa.*

En cuanto á lo de la mirada, estaba él bastante ofuscado para que pudiese ver claro en el asunto.

Y aquel filósofo imberbe quiso estudiar el caso, que le pareció anómalo y extraño.

Las niñas germánicas á que nos hemos referido, á la edad que por entonces contaba María Luisa, serán todo lo inocentonas que se quiera en cosas del corazón, pero en materia de conocimientos darían puntos á muchos de nuestros incipientes literatos—se decía.

A esa edad ya se saben de memoria los mejores trozos de sus cantos épicos, casi todos los sonetos de sus escritores patriotas y las baladas de sus líricos. Conocen á fondo la geografía y tienen el orgullo de la historia heroica de su país. Escriben su bella letra gótica á la perfección; y si no ignoran los principales rudimentos de su lengua ni los de otras extranjeras, ni las biografías de sus hombres célebres, tampoco le son desconocidas la moral ni los trabajos manuales, á que se da preferente atención.

Por manera que en esas chicuelas, santas para la vista de todo corazón honrado, protegidas por la naturaleza y por la ley, hay tela para formar buenas madres de familia y corazones que latan de patriotismo por la honra y la gloria de su país.

La vida de Hernando sufrió desde entonces algunas variantes, que hasta le hicieron pensar en retirarse del ingenio por algunos meses, lo cual habría hecho á no ser sus compromisos y lo urgente y perentorio de los trabajos que tenía emprendidos.

Por las tardes se recogía á sus apartamentos ó á un cenador, en donde se ocupaba en sus trabajos de naturalista y de pintor.

María Luisa, con su madre y algunos otros de los convidados, se habían atrevido á atravesar aquellas puertas, atraídos por la curiosidad. Allí se hallaban reunidas muy buenas colecciones de la rica flora de los contornos, así como otras riquísimas de los más variados insectos, que en el alma de la joven despertaban una curiosidad casi infantil, pues jamás se había imaginado que existiese en la tierra un mundo de animales tan extraños.

Los coleópteros, sobre todo, llamaban la atención de la joven, á causa de la variedad de los colores y del brillo y solidez de sus élitros, de las armas con que la Naturaleza los ha provisto y que infunden pavor al que por primera vez los contempla y no conoce sus costumbres, pues aquellos animales parecen monstruos, aun más temibles que el hombre mismo; que es cuanto hay que decir.

Efectivamente, las corazas que cubren sus cuerpos, las patas fuertes y robustas llenas de grifos y dentaduras, los picos, las sierras y las tenazas que le salen de la cabeza les dan el aspecto de guerreros horrorosamente armados, que deben constituirlos en el terror del bosque entre los seres indefensos de su especie.

Ella le hacía preguntas cándidas é ingenuas que el joven naturalista se complacía en contestar, dándole explicaciones sobre la vida de los insectos, el

gran papel que desempeñan en la creación, la necesidad de su existencia para la vida universal, sus costumbres, de las que tanto pudieran aprender los hombres, y pudiéramos decir sus vicios y virtudes.

Y ya en esa vía, le hablaba un día de la historia de las hormigas, de su laboriosa existencia, de sus construcciones subterráneas, ciclópeas, superiores, relativamente, á cuanto de más grande han construído los hombres, de sus rebaños de pulgones que cazan en los rosales, y á los que les extraen leche en sus hormigueros, de los almacenes de provisiones que acumulan para la estación invernal, de la organización de sus ejércitos, sus guerras y sus ataques á los hormigueros rivales, de donde el ejército victorioso extrae inmensos botines.

De aquellos animalillos curiosos pasaba á las abejas, revelándole el secreto de las colmenas y el cómo tales insectos cantados por Virgilio y Anacreonte saben extraer de las plantas estas dos cosas: la cera, que el culto cristiano aprovecha para quemarla ante los altares, y la miel, néctar de los niños y de los poetas, y que los paganos también usaban para ofrendarla á sus dioses.

Dejando á un lado el mundo de las mariposas, flores con alas, y el de las luciérnagas, que despiden llamas á la hora de sus amores, las que sirven en los campos como farolillos para iluminar los senderos por donde se dirige el mancebo á la mansión de su amada, nuestro joven con fraternal cariño le comunicaba la compasión por todo lo que siente y

vive en la Naturaleza, llevando esto hasta el grado de hacerle menos temibles y odiosas las arañas, inofensivas la mayor parte de ellas, para los hombres, hijas de Dios como todos los seres de la Creación, útiles en su escala, teniendo también sus horas de amor en las cuales los naturalistas las han sorprendido y de las que la Ciencia nos da tan interesante descripción.

Pero no era solamente la naturaleza muerta ni los animales de especie inferior los que despertaban la curiosidad de Luisa.

Le atraía la vida, el movimiento, el canto y los colores irisados de las aves.

En los insectos veía seres que en su imaginación tomaban las formas de quimeras. Muchos le causaban miedo, otros repugnancia. Sabía que entre ellos existen muchos que llevan ponzoñas mortales, que otros viven de los cuerpos en descomposición, y que hay algunas especies que constituyen el terror de los agricultores por sus apetitos voraces, y cuyas invasiones causan la ruina de comarcas enteras.

En su repentino amor á la naturaleza hermanaba las plumas con los pétalos, y repartía su cariño entre los gorriones, las palomas y las oropéndolas y las rosas, los lirios y los jazmines.

En ese momento feliz de su vida en que su alma tendía al amor, sentía el fraternal afecto por el pájaro que en su vuelo tiende al infinito.

Hernando no la desilusionaba; por el contrario, ó le leía las páginas de Coste y Michelet ó se la lleva-

ba al bosque para espiar á las avecillas en la hora de sus amores.

Como era la época en que esos animalitos se juntan en parejas para un sacrificio supremo, el joven hacía ver á Luisa los movimientos, las alegrías, las expansiones de aquellos pequeños seres enloquecidos por el amor. Desde cierto momento la hembra, que por lo general se distingue por sus colores más brillantes y por sus perfiles más finos y delicados, aunque más débil de músculos que su compañero, se convierte en dueña y señora: Si vuelan, trinando en el espacio, ella abre la marcha con notas de reclamos amorosos; él la sigue gimiendo é implorándole; tan pronto se lanzan como saetas hacia lo alto como se desploman para hundirse en la tierra ó perderse entre los misterios del bosque, riéndose la picaruela de los afanes de su amartelado á quien trae loco de amor.

El gran misterio se ha cumplido y la hora de la puesta se acerca. Hay que preparar el nido, la cuna—¿quién la fabricará? ¿en dónde hallar el arquitecto y los instrumentos para aquel altar?

Pajarillo, tú, mi amado, puesto que tienes alas que son más fuertes y tu pecho es más robusto: anda y busca: *Bebé* viene, y hay que tenerle un lecho que yo deseo sea de armiños.

Pero ¡ay! que Bulbul embebido en sus recuerdos y hechizado por sus dichas no tiene fuerzas, y ¡oh dulce pasión! aquel trovador de la rama se pone á entonar dulces endechas, mientras que la hembrecita más práctica se pone á buscar el sitio á propósito para el tálamo.

De cuando en cuando dirige ésta dulces reconvenciones al cantor, y avergonzado éste lanza el vuelo en busca de musgos, líquenes y helechos que sirvan de cimientos al encantado palacio que se proponen fabricar. Pero aquellos seres delicados caen en la cuenta de que los materiales esos son tan rústicos como burdos y ordinarios. La hembra que tiene todos los presentimientos de la maternidad, sabe que los huevecillos de donde saldrán los polluelos están resguardados por una cubierta calcárea, tierna y blanda que podría romperse con la presión maternal que su cuerpo ejercerá sobre ellos para comunicarles vida y calor, si no encuentran un lecho blando y sedoso. Entonces vuelan cada uno por su lado en busca de materiales más finos. El, aporta ufano plumones de los corrales, crines, filamentos de cáñamo ó vellones que el atrevido ha arrancado al paso de las espaldas de las ovejas. Ella hace su provisión en los capullos sedosos que encuentra en las moreras ó tantos otros que sirven de vivienda á las crisálidas; y entonces comienza verdaderamente lo que pudiéramos llamar el amueblado del dormitorio.

Con sus patitas que en esa hora—y sólo en ella—las convierten en manos, apisonan el edificio para hacerlo sólido. Parece que en esa época se aumenta en ellos la secreción salivar de cuyo líquido viscoso se valen para entretejer las materias primas de que ya se ha hablado.

Mas es el caso que todo aquello no es más que una materia informe. La madre necesita una espe-

cie de molde de su pecho y de su vientre. Ella carece de útiles para la gestación y para eso tiene que fabricar uno tan delicado como aquel para incubar á sus polluelos, obra que la Naturaleza le ha encomendado excluyendo al esposo.

Entonces se le vé ocuparse en un largo y fatigoso trabajo. Se echa sobre el nido, se esponja, se acurruca y casi se sumerge en él; da fuerzas á las fibras de su pecho, ensancha su propio corazón, y así, con amor, prepara el nido en donde al siguiente día pondrá sus huevecillos que en fecha mayor ó menor se convertirán en polluelos que están destinados por los decretos de la Naturaleza á continuar la especie á través de los tiempos.

Así se engolfaban ambos en el secreto inmenso de la Naturaleza.

Entrada la noche la dedicaban á sanas lecturas y no faltaban algunas en que él ó élla pulsasen el harmonium que había en la casa, con la diferencia que de allí de donde la niña hacía brotar notas melancólicas, llorosas y hasta apasionadas, ecos de la música de su corazón, él las hacía surgir armónicas, ruidosas, complaciéndose sobre todo en repetir aquel coro sinfónico de Eurijante: "Los cazadores perdidos en el bosque," muy en moda por entonces por los elogios que había arrancado á un gran poeta y sobre todo, porque efectivamente es uno de los trozos de música más bellos que se hayan escrito.

Pero lo que más les agradaba, en las noches serenas de luna, cuando el bosque ha entrado en

calma y se han apagado las melodías del mundo alado, era salir á la terraza en donde ella en una mecedora, él en la hamaca se ponían á escuchar el murmullo infinito, que salía de las miriadas de insectos en su hora de trabajo ó de amor.

De cuando en cuando el bramido de un jaguar acallaba aquella música extraña; mas al rato volvía á oírse la inmensa sinfonía entonada por los seres de las tinieblas.

Otras veces escuchaban aullidos lejanos, llantos, risas locas, ruídos de espumas, suspiros como si las dríadas, napéas y náyades quisiesen festejar ó burlarse de las almas de aquellos jóvenes engolfados en esa hora de deleite en las regiones de la quimera y del ensueño.

XIV.

¡AY MADRE MÍA, MADRE MÍA!

La temporada se prolongó aquel año más que en los anteriores.

María Luisa, de quien dependía el regreso, no daba muestras de pensar en él. Estaba indecisa y como aprisionada en aquel lugar en donde le parecía que había echado raíces su alma. Lo que en otro tiempo le había causado molestias ahora la fascinaba y atraía, así es que era la primera en organizar las cabalgatas hacia el mar, las excursiones á las fincas cercanas y los viajes en botes por el río, sombreado en toda su extensión por las

ramas de los árboles de ambas riberas, de donde pendían canastillas de flores perfumadas y nidos de pájaros melodiosos.

Hay que advertir una cosa: al tomar Luisa posesión de sí misma y hacerse mujer pasó otro fenómeno extraño de todos desapercibido, pero no por eso menos real y efectivo. Una mañana de tantas amaneció dueña de la casa por su propia voluntad y desde entonces la abuela ocupó el segundo término, quedándole únicamente el papel de los refunfuños y regaños que raras veces eran oídos. Pareciera que un nuevo aliento de vida hubiese electrizado los cuerpos de aquellos viejos nuestros conocidos; y efectivamente era que los vientos de la juventud y del amor se habían desencadenado, como los de Eolo, del corazón de la antigua novicia.

Mas también tenía sus ratos de melancolía. Pensaba con no sé qué especie de tristeza en aquel su cuartito de la capital que hasta entonces le había sido tan querido y tenía presentimientos de que así como en otro tiempo sus paredes habían sido testigos de sus ensueños infantiles, lo serían en adelante de sus lágrimas amargas: y eso le causaba terror, lo mismo que el encontrarse otra vez en la capital tan sola, sin pájaros, sin arroyos murmuradores, sin espacio bastante para perseguir á las mariposas y colibríes.

Entonces le salía del fondo del alma esta plegaria: ¡Ay madre mía, madre mía!

Y poniéndose á reflexionar en su pasado pensaba naturalmente en la que le había dado el sér y cuya presencia anhelaba en esa hora tan necesaria.

Un día de tantos, precisamente en el que más alegre se le había visto, dió la orden de partida para el siguiente, imperiosa é imprescindible. En esa su determinación repentina habría querido que la marcha se verificase en el acto. Estaba pálida en ese momento, nerviosa, alocada y hasta impertinente.

En realidad, á la mañana siguiente, apenas aparecían en el horizonte los primeros reflejos de la aurora, una cabalgata alegre formaba cortejo, camino de la capital, á aquella que por su belleza y sus quince años era y merecía serlo la reina de la comarca.

Hernando quedó citado para la capital, aunque los adioses últimos fueron fríos, cosa que reanimó un tanto á Don Ildefonso, que no veía con buenos ojos la intimidad de los jóvenes.

Y habiendo llegado á este punto de nuestra narración, es el caso que nos preguntemos seriamente, ¿qué había pasado á María Luisa?

La respuesta ya se la habrá dado el lector.

Estaba apasionada.

Con una pasión fulminante, implacable, que le devoraba el alma. Pasión inocente, es cierto, pero no por eso menos voraz.

¿Acaso el paciente, porque ignore el mal que le va destruyendo, está menos enfermo y menos expuesto á la muerte?

Pues eso mismo sucedía á María Luisa.

Ella hasta entonces no había conocido más que el amor de Dios y de sus santos, y hemos visto hasta donde la condujo aquella mística pasión.

Ignoraba que existiese el amor de los hombres, y mucho más los deberes y obligaciones que éste impone. Mas la Naturaleza la había llevado á aquel momento peligroso de que habla un gran escritor, momento en que el corazón aislado de una mujer, se asemeja á un ramo de pámpanos de vid que se ensancha á lo que encuentra más cerca, pudiendo ser ó el capitel de una columna de mármol ó el poste de una taberna.

Hernando fué para ella esa columna ó ese poste, ya lo veremos, y á él se agarró María con el alma, fuertemente.

Quizá algunos positivistas de nuestra época tengan este episodio por romántico y lo califiquen de inverosímil.

Romántico puede que sí, y no porque sea rebuscado ni porque el autor de este Estudio se cuente entre los partidarios de aquella Escuela, que sabe que está enterrada y fuera de moda.

Pero adviértase que aquel incidente tenía lugar el año de 1873.

Recuérdese que en América, no sabemos si por desgracia ó por fortuna, subsiste aun viva la influencia de la novela sentimental sobre la juventud femenina. Téngase en cuenta que en nuestros hogares, por más libres é independientes que sean no se da entrada al romance francés, generalmente tan perjudicial para la juventud del sexo femenino; y más que todas estas observaciones que han sido objeto de un estudio especial del autor de estas

íneas, recuerde el lector que se trata de una niña que quizá habría sido muy otra con distinta educación, pero á la que el Convento primero, y sus imprudentes consejeros después, la habían llevado al borde de la perturbación física, moral é intelectual.

Hernando fué el primer hombre que conoció en la verdadera acepción de la palabra; sano de cuerpo, bello para su imaginación, que la engañaba hasta el punto de hallarle extraña semejanza de facciones con su santo favorito, con la mente llena de conocimientos cuya trascendencia ella no alcanzaba pero que se revelaban en sus pláticas y sus doctrinas, y con un corazón inclinado á amar lo que ella no amaba, á amar á la Naturaleza, á la que juntos habían rendido culto.

Estaba en la hora del olvido del pasado y del entusiasmo del porvenir. No calculaba que pudiera separarla distancia alguna del hombre á quien amaba, ni por su imaginación había pasado que pudiera dejar de ser correspondida, que su abuela y su familia se opusiesen á su dicha, y menos aún que tuviese algún enemigo oculto que trabajara desde las tinieblas para perderla.

XV.

QUI MATRIMONIO JUNGIT VIRGINEN BENE FACIT.

Seis meses habían pasado desde aquella temporada que hizo época en la vida de María Luisa, durante los cuales tuvieron lugar varios acontecimientos de la mayor importancia.

Al volver á la capital—y poseída de una especie de fiebre de juventud y de renovación—se dió á remover la casa de arriba abajo, como suele decirse. Hizo desde luego asearla y pintarla para cubrirle las arrugas y ocultar hasta donde se pudiese aquel aspecto viejo que tenía y que la abrumaba. Abrió de par en par las puertas de los balcones poniendo en las vidrieras visos de colores claros que dejasen entrar á la luz y al aire juguetones para que animasen aquellas habitaciones.

La abuela vió con dolor descolgar muchos de los cuadros de que la sala estaba atestada y aquellas venerables vejestorias pasaron á sufrir fríos y á soportar humedades en el cuarto destinado á guarda-ropas y á conservar otras reliquias de la familia, sufriendo el mismo destino muchos otros muebles de la sala que ya pedían reposo, pues contaban cerca de un siglo de vida.

La estera fué sustituída por una alfombra, los laudes y salterios por el piano y las tarimas, taburetes y demás trastos viejos por muebles estilo Luis XV, salidos de los talleres de Pinágel, padre.

Los cipreses y demás plantas que daban al jardín aspecto funerario, cayeron al suelo con lágrimas de la abuela y las ancianas sirvientes que los habían plantado y visto crecer, siendo reemplazados por algunos arbustos cuyo cultivo estaba de moda, pues hasta aun en eso ejerce su dominio aquella tirana. Por entonces había pasión, entre los amantes á la floricultura por las rosas, las hortensias,

las dalias y los tulipanes, no habiéndole llegado la hora á las gardenias y begonias que después fueron las preferidas ni menos á las crisantemas y demás japonerías que hoy son el adorno de los jardines.

Llenáronse las galerías con multitud de pájaros enjaulados que llenaban los ámbitos con sus trinos. Aquellos muros antes tan sombríos y silenciosos, vestidos hoy como de gala merced á la maga á que daban abrigo, ya no escucharon solamente los quejidos y las salmodias del órgano de la capilla sino las vibrantes notas del piano en el que Luisa se complacía en repetir á la hora del crepúsculo aquel coral del Euryante tan querido de Hernando de quien lo había aprendido.

Aun el comedor sufrió los efectos de aquella transformación. Hubo más luz en él y menos ayuno de la madre y de la hija, haciendo apariciones frecuentes las carnes y los vinos tintos que exigía la edad y desarrollo de Luisa en vez de las parvedades y vinos generosos que le sirvieran hasta entonces de alimento.

Don Abundio, á pesar de la monomanía que ya le conocemos, era persona de gusto y además de muy buenos dientes, tanto que eran famosas las comilonas que en su casa daba á las pocas amistades que tenía, por manera que fué un excelente consejero para la pequeña revolucionaria. No en balde había estado en México en donde si es verdad que no aprendió ni olvidó nada en materias políticas, sí logró aficionarse al confort de la vida y aun

aprendió á dedicarse á la lectura de las novelas sanas sobre todo de las inglesas cuyas traducciones proporcionaba á su amiguita.

Unicamente en el cuarto de doña Manuela no se hizo alteración alguna, pues ni ella lo habría permitido ni la nieta habría sido tan atrevida de proponérselo.

Con esa impertinencia que da la edad se quejaba de la demasiada luz, huésped importuno á la que hasta entonces se le habían cerrado las puertas de aquella casa, se quejaba del timbre del piano á cuyos ecos no estaban acostumbrados sus oídos. Censuraba por profanas y aun inconvenientes ciertas voces musicales que no le parecían bien como *obertura*, á la que ella llamaba abertura, *adagio*, *Viola e Basso*, *crescendo*, *agitato man non troppo* y otras voces tan comunes como inocentes en la música; pero la interesada con una que otra caricia respetuosa ya fuera de manos ó de palabras y algunas zalamerías sabía acallar los escrúpulos de la buena anciana.

¿Qué abuela resiste al beso de una nieta y más si es única, y se la ha criado y ha costado cuidados y desvelos, y se resumen en sí tres maternidades como pasaba en el caso de que se trata, en que la Marquesa, además de abuela había ejercido otra doble maternidad por la muerte prematura de los progenitores de su Luisita, como la llamaba frecuentemente con su voz cascada?

No hubo remedio, el progreso invadió aquel recinto á pesar de los refunfuños de doña Manuela y

de la abierta oposición de don Ildefonso que había adquirido una manifiesta preponderancia en el ánimo de la anciana, desde que ésta se convenció por sus mismos ojos de su habilidad en el manejo de los bienes que le había confiado.

A él atribuía la transformación del Ingenio, al que como ella afirmaba no había conocido en su último viaje á la costa pareciéndole un joven gallardo y lozano aquél que en otros años había visto viejo, estéril y moribundo.

A medida que aumentaban las locuras de María, que así calificaba las inocentes acciones de la niña, se refugiaba en don Ildefonso, quien muchas veces sostenía largas pláticas con ella que la dejaban pensativa y preocupada.

Luisa huía de él instintivamente buscando amparo en su alcoba y en la amistad de algunas jóvenes parientes que habían recibido una educación más mundana que ella y que no eran del agrado del Administrador y *factotum* de la casa.

Frecuentemente le hacía escenas que la joven sufrió con paciencia al principio, pero que al fin concluyeron por exaltarla y agriar su carácter.

La sermoneaba ya con aires de predicador ya con voces de un padre severo, censurándole el aire mundano que iba tomando, las amistades de que se rodeaba, el color de sus vestidos, el uso de las alhajas, el del carmín y coloretes de los que efectivamente no necesitaba, el de los perfumes que á él le parecían invenciones de alquimistas á quienes él

diablo se los arrebataba para ponerlas en manos de las jóvenes como incitantes mundanos, terminando su homilía entre arrumacos y sonrisas de sátiro por asegurar á Luisa, bajo su palabra, que las niñas no necesitan de otros olores que el muy grato que se desprende de sus cuerpos castos y virginales.

La lectura de los libros profanos le asustaban sobre todo y á haber ejercido la plena dictadura á que aspiraba y en cuyo camino iba, habría desterrado de aquella casa á la legión de los enemigos que en el mundo se llamaron Walter Scott, Bulwer, Mde. Genlis, Chateaubriand, Mde. Tracy, Catarino Bohl y algunos otros inocentes autores españoles que por consejo de don Abundio y autorización del confesor distraían los ocios de Luisa, aunque á decir verdad no sabía sacar gran provecho de ellos pues en su estado de candor e ignorancia primitivos no comprendía muchos pasajes ni la trascendencia social é histórica que tienen muchos de ellos, quedando únicamente en su imaginación ciertas figuras indecisas que venían á aumentar el caudal de sus ensueños.

Por fortuna Luisa tenía en *teperete* un buen aliado y muchas veces llegaron aquellos dos hombres á cruzarse de razones, lanzando don Abundio á su contrincante expresiones bien agrias. Si Ud. viviese en México, le decía á don Ildefonso, lo lapidarían los partidarios de la Reforma por ignorante y falso devoto. La Marquesa ponía paz entre ellos, pero es lo cierto que asustándole las ideas de don Abundio que encontraba un poco mundanas, daba razón interiormente á Sangrefría.

Don Ildefonso se aprovechó de esos incidentes que menudeaban con mucha frecuencia, para ir destilando en los oídos de la Marquesa algunas de las doctrinas que más convenían á sus fines.

Le hizo ver lo calamitoso de los tiempos porque atravesaban en la República las familias á que ella pertenecía, le pintó con vivos colores la impiedad que iba cundiendo á toda prisa, el desorden introducido en las instituciones y el espíritu de novedad que ejercía en ese instante una especie de obsesión sobre todas las personas y del cual la misma Luisa estaba atacada.

El insensato no se daba cuenta de que lo que hacía con una mano trataba de destruirlo con la otra, y que él, que había metido en gastos á la familia con las construcciones del Ingenio que no eran en absoluto perentorias era el mismo que se oponía á las inocentes modificaciones que la joven introdujera en su propia casa.

Y es que estaba asustado de su obra y que comprendiendo el paso falso que había dado trataba de apuntalar un edificio que podría desplomársele cuando apenas lo estaba sacando de cimientos.

Encerrándose en la sala con la anciana hablaba largo tiempo de María, de sus virtudes, del desarrollo precoz que aquel ojo de lince fué el primero en descubrir y del que no se había dado cuenta la Marquesa, de la familia cuyo último vástago era la joven y de la responsabilidad que la señora tenía ante Dios que le había confiado aquella criatura.

La Marquesa no tenía motivo hasta entonces de qué arrepentirse, sino por el contrario muchos y muy justos de satisfacción por la enseñanza que había dado á su nieta.

Pero ¿y después? ¿No era ella mortal?

¿Acaso Ud., le decía, no está expuesta como todas las criaturas á que Dios en sus altos designios la llame un día de tantos á su presencia á pedirle cuenta de sus acciones en la tierra....?

Considere Ud.; continuaba, su situación en el tremendo instante de encontrarse repentinamente en presencia de Aquél que es el alpha y el omega, el principio y el fin, que es, que era y que ha de venir.

¿Qué cuenta daría Ud. de este ángel que había dejado en la tierra, sola y abandonada, entre el vendabal de las pasiones?

Si aun existiesen los conventos, decía suspirando, santo y bueno.

Pero ¡ay! que la Revolución los ha suprimido arrojando á los cuatro vientos del mundo á las mansas palomas que de sus celdas habían hecho como nidos para guarecerse de las tempestados del alma y de la carne.

Y después de breve pausa continuaba: Luisa está para cumplir dieciséis años. Edad peligrosa, decía como hablando consigo mismo, muy peligrosa, peligrosísima.

Y la anciana suspiraba dando la razón con signos de cabeza bien marcados, quedándose ambos en

silencio, ella, probablemente invocando la luz del Cielo, él, mirándola de reojo y midiendo y pesando el efecto de sus palabras.

Una vez se atrevió á lanzar esta pregunta: ¿Y s Luisita se casara....?

La anciana que todo lo esperaba menos eso, sufrió con tal pregunta una conmoción eléctrica que la hizo lanzarse fuera de la silla y agarrándose á uno de los brazos de ésta con su mano huesuda que más bien parecía la garra de una ave de rapiña y con la otra sobre el corazón, balbuceó estas palabras:

¡Casarse María Luisa!

Mas viniéndole la reacción en seguida se desplomó sobre la silla, espantada, como si hubiese oído la trompeta del ángel terrible que la llamara á juicio y como si sintiese que el Universo en hora de convulsión suprema se le viniese encima. Y entonces la anciana con el rostro entre las manos lloró, sollozó, hipó, víctima de un ataque histérico bien pronunciado.

El hombre dejó pasar aquella tempestad que duraría un cuarto de hora. Cuando la buena mujer volvió en sí, don Ildefonso aproximó más su silla y con voz afectuosa y consoladora dijo á la anciana: Dios en sus altos decretos ha dispuesto colocarme á mí, su siervo, al lado suyo en este momento tan trascendental de su existencia.

Dejemos las lágrimas, señora doña Manuela, para otro día. Por ahora reflexionemos como dos buenos cristianos que somos.

¿Por qué no había de casarse Luisita? ¿No dice acaso el apóstol que "más vale casarse que abrazarse"? Y si la niña se abraza y tiene inclinación al matrimonio, como puede suceder ¿qué remedia?

San Pablo en su epístola á los Corinthios manda terminantemente: "cada uno en la vocación en que fué llamado, en ella permanezca. *Unus quisque in qua vocatoria est, in ea permaneant.*

Y en otro lugar de la misma epístola se leen estas textuales palabras: *Si nupserit virgo, non pecavit*, lo que en buen romance quiere decir: si la virgen se casare, no pecó. Y aun más adelante se encuentran estas dos sabias sentencias:

"Cada uno tenga su mujer, y cada una tenga su marido."

"El que se casa con virgen, hace bien."

¡Pues ya lo creo! *Qui matrimonio jungit virginen suan, bene facit.*

Y así, con latinazos y citas incompletas de la Biblia y de los Padres de la Iglesia logró aplacar el llanto de la anciana, y hacerla entrar en el camino que se proponía.

Pero entonces ¿con quién casarla? preguntó aquélla, desesperada.

A lo que Sangrefría contestó: En eso está el *busilis*, mi señora doña Manuela.

Y sea efecto de la casualidad ó de la Providencia que velaba por los destinos de Luisa, á tiempo que se encontraban los interlocutores en tan intrincada conversación, entró don Abundio, lo que causó tal desagrado á Sangrefría que un cólico que le vino en seguida por poco no le cuesta la vida.

XVI.

HERNANDO FILÓSOFO.

Hernando había quedado en una situación crítica de esas que sobrevienen á los hombres cuando pasan por los grandes acontecimientos de su vida.

Tenía ante sí un mundo nuevo cuyos confines no alcanzaba á divisar: parecíale que su vida de joven había terminado y que comenzaba para él una nueva etapa de la existencia, con flores en el sendero y visiones paradisiacas á su alrededor, pero que en la lontananza estaba incubando una nubecilla negra, présaga quizá de la tempestad.

¿Amaré por ventura? se preguntaba á sí mismo. Y después de algunos momentos de reconcentración su alma le contestaba desde allá adentro: si amas, haces mal.

¿Y por qué hago mal?

Porque media un abismo entre ella y tú. Sois los dos, polos contrarios en la existencia. Noble ella, tú burgués, según la ridícula clasificación adoptada en nuestra sociedad. Luisa piadosa y tú indiferente, incrédulo y quizá hostil á la religión de tus padres. Ella tiene todos los candores de la ignorancia y tú estás envuelto por las sombras de las dudas.

Y así la razón que en ocasiones es buena consejera, le hablaba desde allí en donde vive: el cerebro.

Pero el corazón, que es un muchacho loco cuando cuenta veinticinco años, se sublevaba contra los

saludables consejos de aquella buena señora á quien llamaba su madrasta, protestando por medio de ruidosas palpitaciones y con oleadas de sangre contra ella: poniendo vendas en el entendimiento de su dueño.

No son las batallas exteriores de la vida los peligros mayores que asedian á la juventud. Grande es el Universo, cuajado de mundos que una mano sabia y poderosa guía en sus órbitas sin permitirles que se desvíen de su camino; pero así y todo es más grande el mundo que el hombre lleva dentro de sí mismo.

Allí hay mareas, huracanes y tempestades; allí muchas veces el cerebro se entrechoca con el corazón: allí, la razón se vé casi siempre vencida por los vientos de las pasiones, haciendo á su dueño víctima de aquellas luchas que no tiene el poder de refrenar.

Y tan grande es el universo que el hombre lleva dentro de sí mismo, que él, que ha podido escalar los cielos, arrebatarles el rayo, descubrir los secretos de los astros, pesarlos, disecarlos, si se puede decir así, ya que sabe las materias de que están compuestos, seguirlos en su carrera, conocer sus afinidades y predecir el fin que les aguarda, apenas si ha podido dar los primeros pasos en el mundo de su conciencia.

Shakespeare ha sido el más profundo disector del espíritu humano y ha sabido pintarnos al vivo las pasiones que agitan el corazón de los mortales; pero lo ha hecho como un empírico, dándonos hechos y documentos, mas no la causa de ellos.

A Kant pudiera llamársele el fisiólogo de la razón, pues en esta materia en que los filósofos por lo general han disvariado tanto, es de los pocos que han tenido visiones de aurora en ese interesante estudio.

Pero hay que confesar que la ciencia de la razón pura está en su infancia y que si los hombres llegan alguna vez á aprenderla es cuando ya están viejos y que por consiguiente casi para nada les sirve.

Hernando era joven y ya lo hemos dicho, discípulo de la escuela del filósofo de Koenisberg; y como había recibido una educación metódica y creía poseer reglas para dominar su voluntad, engañándose á sí mismo, supuso encontrar remedio concentrando su imaginación, ya no en los libros sino en el grupo de la humanidad que le rodeaba, tanto más interesante para él cuanto que lo constituía una porción de sus propios conciudadanos.

Resultados de aquellos estudios fueron algunas notas que tuvimos ocasión de leer y que constituyen por decirlo así, la descripción del estado social del campesino en Guatemala. Hélas aquí, tal cual se nos vienen á la memoria después de haber pasado casi veinte años de haberlas leído en sus cuadernos:

"Es verdaderamente aflictiva la situación del campesino en Guatemala, y conviene darla á conocer aún á riesgo de pasar ante los políticos de la escuela pseudo-humanitaria por pesimistas y atrabiliarios; pero hay que descubrir el velo alguna vez

y yo lo hago sin temores ni zozobras de ninguna especie."

"Las gentes de nuestros campos son ignorantes y vegetan abandonados á la vida del estómago sin tener otros insentivos que el de las pasiones bajas y rastreras."

"Estudiando de cerca, se vé que en sus almas no tienen fuerza los resortes que dan energía á los pueblos viriles, pues apenas si tienen idea del santo amor á la patria, no malician que el amor á la mujer sea otra cosa que la pasión carnal, tienen confusas ideas en punto á moralidad y muy erróneas y supersticiosas en materia de religión."

"No practican ningún culto si no es el de Venus y el de Baco. El cura de almas que tan poca influencia ejerce en las ciudades la tiene menos en los campos, en donde no aparece casi nunca."

"La autoridad civil ha perdido también muchos de sus prestigios desde que no es suficientemente fuerte ni enérgica para castigar los fraudes y las estafas de los trabajadores que engañan y se burlan de los patrones defraudándolos y no cumpliendo con sus obligaciones."

"A los ojos de un campesino la capital es una cosa inabordable y á muchos les causa tedio y repugnancia. Conozco algunos que viviendo cerca no la conocen ni aun lo desean, pues para ellos la vida no se concibe sin el río y la montaña y el prado, cosas que echan de menos y les causan nostalgias entre las paredes de la gran población."

"El núcleo sólido y menos corrompido de los trabajadores, lo constituyen los indígenas, sobre los que ha pesado la espantosa carga de la esclavitud mal disfrazada con el nombre de *mandamientos* ú otros nombres hipócritas."

"Los ladinos son indios disfrazados con vestidos de lana ó de cotí, los que habiendo olvidado los hábitos de temperancia y de moralidad de sus padres, reniegan de ellos y hacen alarde de vicios repugnantes.

"Por lo regular el campesino es gente nómada, que hace y deshace su tienda con la mayor facilidad, sin que se le vea apego por nada ni por nadie. Constituyen como una ola humana que va de finca en finca ofreciendo su trabajo. Zánganos sin palabra ni fe, lo único que se advierte en ellos es un despego al patrón que algunas veces raya en odio."

"Se levantan tarde y antes que se ponga el Sol ya están cansados. Como se alimentan mal y se emborrachan con frecuencia, la mayoría de estos hombres es débil y perezosa. No conocen la virtud del ahorro ni sienten la ambición."

En eso en cuanto á sus defectos. Sus cualidades, si es que las tienen, son todas negativas.

"Verdad es que no son altivos y que aun es fácil su manejo, más esto que es recomendable para los rebaños de bestias, es un signo deplorable en las comunidades de los hombres. Sin embargo, hay veces que la animalidad se sobrepone en ellos, y entonces oponen una desesperante pasividad ó la

testarudez del asno, el cual, como es sabido, que cuando se encapricha no hay poder humano que pueda dominarlo."

Estas y otras reflexiones hacía el joven, el observador sobre el estado social de sus compatriotas los campesinos, lo que le causaba profunda pena pero tambien grandes ilusiones, pues tenía la esperanza de que llegase un día en que su voz fuese escuchada en las altas esferas y se pusiesen remedios heroicos para combatir aquel mal que en silencio iba devorando las entrañas más vivas de un país agrícola como el nuestro, compuesto por los campesinos.

Por lo demás, poco le importaba que se tomasen sus juicios por temerarios.

XVII.

LAS CAMPESINAS DE GUATEMALA.

Y si lo que había visto respecto del hombre le causaba mal, una impresión de tristeza y llanto le producía el estudio de la mujer.

"Ese sér débil nace sierva en el campo y destinada al trabajo rudo y á las fatigas diarias.

"Tiene la florescencia de los catorce años que se la marchitan en seguida. Precoz en el vicio, se entrega casi siempre por miedo, raras veces por amor.

"Y digo se entrega, usando lenguaje retórico, que la mayor parte de las veces, no se entrega sino que la entregan. La muchacha en llegando á la

pubertad es un objeto de comercio, como lo es una vaca ó una yegua. Los padres no se afligen por la familia por numerosa que sea, pues si tienen hijos, si son varones desde niños van al campo, ya de pastores de las boyadas ya de vigilantes ó de carreteritos, contribuyendo con su jornal al sustento de los suyos."

"Si entre la prole hay hembra, tampoco va mal la cosa, pues la niña cuida de los chicuelos, da de comer al marrano y á las aves del corral, muele el maiz y ejecuta otros oficios caseros de no menor importancia.

"Cuando se acercan á la pubertad, los padres comienzan á echar cálculos sobre ellas. El matrimonio católico casi no se practica en los campos. Allí se vive en mancebía con aprobación de las familias que llegan, principalmente entre los indios, á vender á sus hijas á precios más ó menos altos, según esté el artículo.

"Otras veces la cosa es menos dispendiosa. Cansada la muchacha de los malos tratamientos que sufre en la casa, se huye con el primer galán que encuentra y se lanza al mundo en busca de un hogar más tranquilo. Así se despueblan las aldeas y los caseríos. Otras veces el amartelado atalaya á la joven tras de un matorral ó el tronco de un árbol y al pasar aquella descuidada, se le abalanza y la arrastra adentro del monte, y allí ante el cielo azul y sobre la yerba reseca, en la hora del bochorno, se celebra la fiesta nupcial de aquellos com-

sinos. Generalmente se guardan mutua fidelidad y el adulterio es poco común entre ellos, ya que sino la ley al menos el machete vengador del marido, está siempre listo para castigar al infame ó vengarse en el cuerpo y con la sangre de aquel que le arrebata su honra.

"No tienen grandes sentimientos. Al estudiarlos de cerca cuesta trabajo traspasar la coraza de que están revestidos y aun uno llega á dudar si esas gentes sienten las pasiones.

"No son las mujeres del campo pudorosas ni pusilánimes, pero tampoco coquetas ni descaradas. Gustan de cintajos chillones y de delantales amarillos ó coloreados con que se adornan los domingos.

"Son trabajadoras, más quizá que los mismos hombres y ni hacen asco de los cacharros de su cocina ni de las podaderas y otros instrumentos con que se lanzan, en tiempos de cosechas ó de los cultivos, en busca de jornales.

"No beben licores fuertes y saben soportar los vicios de sus hombres, los palos y arrastradas que les propinan cuando están pasados de tragos, con verdadera resignación.

"Máquinas de trabajo y de procreación, sin grandes ambiciones y muy vulgares sentimientos, animales resignados á su suerte de eterna inferioridad: tal es la mujer de los campos.

"Y adviértase que no hablo del género de vida que llevan entre sí las familias numerosas hacinadas en sus ranchos compuestos de una sola pieza

en donde los hijos y los hermanos son testigos de escenas que no son para descritas, por más que el escritor pertenezca á la escuela naturalista, si es que sabe respetarse."

Los amigos á quienes Hernando enseñaba sus apuntes, le decían en coro que los ocultase y no cometiese jamás la imprudencia de darlos á la estampa.

Os calificarían, le decían, de poco patriota. Os tendrían por difamador de los vuestros. Tus escritos podrían verse en el extranjero y se formarían en él triste idea de Guatemala, á lo que él contestaba con impavidez:—que le importaban poco las censuras de los ignorantes y que por el contrario tenía la idea de que hacía una obra patriótica señalando esa llaga social.

Además, agregaba, esos vicios y esos defectos no son privativos de Guatemala ni de Centro-América, sino comunes á todo el Continente hispanoamericano. Sólo que los estadistas y los escritores han sido bastante hipócritas ó meticulosos para no descorrer el velo de esas ignominias que se ocultan en las aldeas y los bosques de lo que llamamos con tanta énfasis, la virgen América.

XVIII.

Trataba Hernando de fatigarse mental y físicamente para apartar de sí una idea que lo perseguía como una verdadera obsesión en sus vigilias como en sus sueños.

El tiempo en quien confiaba no lo había curado de su herida. Además, son tan dulces y deleitosas las penas que causan los primeros amores en las almas vírgenes, que el joven, si es verdad que dejaba que se fortificase su espíritu con los consejos de la razón, también, cosa extraña en él, abandonaba su corazón á dulces transportes, llegando hasta convertirse en un joven soñador, tipo del que hasta entonces había huido, por considerarlo ridículo é impropio de todo un Ingeniero.

Bastantes lecciones había oído en boca de sus macstros sobre el falso sentimentalismo; y en sus pláticas con gentes de experiencia y conocedoras del mundo, muchas veces había escuchado las acusaciones más amargas contra Goethe, quien al publicar "Los dolores del joven Werther" y ponerlo de moda, fué la causa de tantos suicidios y de tantas desesperaciones de aquella juventud del último tercio del próximo pasado siglo, y que nuestros abuelos y nuestros padres recibieron como herencia de dolor, de la cual nosotros mismo no nos hemos curado.

Los jóvenes no se escribían; ¿ni cómo hacerlo, si entre uno y otro no habían mediado confesiones de ningún género?

Eran cuando más dos buenos amigos, que ocultaban cada uno en el fondo de sus corazones un secreto que aun siendo común no habían atrevido á declarárselo.

Luisa, sin embargo, aprovechaba todas las ocasiones en que hallaba mensajeros de su confianza

para recordar al Ingeniero la promesa de su visita, que ella esperaba ansiosa, cosa tanto más fácil de lograrla cuanto que por entonces no había aún ferrocarril que uniera á la costa con la capital y frecuentemente venían á ésta arrendantes y trabajadores del Ingenio en busca de provisiones para los que en él estaban empleados.

Fué entonces cuando Hernando comenzó á pensar con algún detenimiento en la forma definitiva que debía dar á su vida después de los trabajos y luchas de la juventud.

Como hemos dicho, él no era un hombre de ardiente imaginación, por eso es que sus sueños apenas si llegaban á un hogar modesto y honrado en la capital y una casita llena de flores y de pájaros en los bosques.

Eso sí, lo que él deseaba era una mujer blonda, sin muchos nervios, creyente sin fanatismos é instruída sin afectaciones. La quería pobre además para que le fuera deudora de las comodidades que pensaba proporcionarle y de las riquezas que él sabría amasar ya que tenía la fortuna de poseer poderosos antebrazos para el trabajo material é ideas bastantes para los intelectuales. Además, sus padres eran ricos, y él el único heredero.

Iba más allá todavía; deseaba para compañera de su vida una mujer que amase la música, por que no podía borrarse de su memoria el recuerdo de una joven á quien en otro tiempo conociera, y que era sorda y tenía repulsión por la armonía, cosa que á él le pareció siempre una verdadera monstruosidad.

El deseaba que la que fuera su mujercita tuviese gorgeos en la garganta para dar dulzuras al hogar y adormecer á los chicuelos en la cuna. No le llevaban sus aspiraciones á las altas esferas sociales, ni jamás pasó por su imaginación unir su suerte á una muchacha melindrosa y sentimental. Pensando en las manos de la joven á quien daría la suya, tenía la idea de que las mejores son aquellas á las que les sienta tan bien un guante de dieciocho botones en las *soirées* como las que al mismo tiempo no desdeñan el uso de las agujas para hacer calceta al borde de la cuna del niño que duerme.

Lo que sí le espantaba era la idea de que le tocase en suerte una mujer testaruda. El la quería complaciente y sin altiveces; hasta llegaba á pensar que de cuando en cuando no sentarían mal en los ojos de la persona que amase algunas furtivas lágrimas para tener la dicha de secárselas á besos y caricias.

Metódico, como era en todo, antes que el placer en el que apenas pensaba, puesto que *eso*, lo mismo que la belleza, se encuentran en la calle á bajo precio, había estudiado esta gran virtud: *el deber;* y allá en una de las hojas de su cerebro lo tenía clasificado del modo siguiente: Deber de amar, de perdonar, de soportar, de olvidar.

Lo mismo había hecho con los goces, que como se comprende, no es lo mismo que los placeres. Sobre todos ellos ponía los goces de la familia, que en su concepto eran la suprema ventura de la vida,

y entre ellos, para endulzar más la existencia, los del corazón, la conciencia, el trabajo y la inteligencia.

Y aquel espíritu teórico y casi infantil se dió á estudiar á la mujer en los libros. Así es que agotó todo lo que sobre ella se ha escrito en todos los tiempos y civilizaciones. La conoció esclava en la India y aun en Roma, en que vivía bajo la patria potestad; disoluta en Grecia, en donde se rendía culto á la belleza corporal encarnada en Elena ó la de la inteligencia, cuya representante fué Aspasia, la hetaria, que mereció ser amada por Pericles.

El la vió en los bosques de la Germania y de la Galia como heroína y sacerdotiza.

En el Gólgota presenció su redención. En los bosques de Provenza la admiró como reina de las cortes de amor. En los conventos de la Edad Media la siguió á la celda y tuvo el secreto de sus maceraciones y de sus triunfos místico-literarios. Presenció su renacimiento en Italia, en que con Lucrecia Borgia, Parisina y Beatrice di Cenci y la Fornarina, fué amada, algunas veces disoluta é inspiradora de los grandes artistas del renacimiento de aquella gloriosa Epoca.

Acercándose más á nuestra época y después de haber estudiado el período escandaloso de las Dianas de Poitiers, la Vallière, la Montespen y Maintenon; estudió los salones cultos de Francia y las mujeres notables de aquella época, desde Mme. Sevigné hasta Mme. Tracy, y no contento con ello

se dió á leer todas las teorías, acusaciones y ditirambos de que ha sido objeto ese sér extraño é incomprensible que se llama la mujer.

Hugo, Michelet, Mautegazza y Severo Catalina, le encantaban por sus lirismos, respeto á la hembra, á quien en sus obras casi elevan á la categoría de ángel.

Pero llegó también la hora de las lecturas crudas en que, comenzando con Balzac y Flaubert hasta llegar á Tolstoy, tanto se ha vilipendiado al sexo débil, hasta hacerlo aparecer como una alimaña de quien los hombres debemos huir sino queremos caer en el abismo de nuestra propia perdición.

De ese modo llegó á convertirse por la reflexión en un ser andrógino y ecéptico á la perfectibilidad y belleza del *eterno femenino.*

Leyendo una vez á Alejandro Dumas hijo, encontró esta frase, que lo dejó por muchos días pensativo: "La mujer no es un valor igual, superior ni inferior al hombre; es un valor de otro genero, así como es un sér de otra forma y de otras funciones."

Ocho días estuvo reflexionando, callado y embebido, sobre esas frases crueles, hasta que una tarde á la hora del crepúsculo, encontrándose solo en su alcoba, se le oyó decir, como contestándose á sí mismo: sí, Dumas tiene razón, la mujer no es igual á nosotros. O es muy mala ó es muy buena. Hay que tratarla como á un ángel ó como á un demonio; erigirle altares ó hacerla víctima de nuestro desprecio.

Hernando tenía hasta entonces veintiséis años y no conocía á la descendiente de Eva y de Elena sino por sus lecturas.

Así es como muchas veces se engañan los hombres.

SEGUNDA PARTE

EL DRAMA



XIX.

DON ILDEFONSO EN APUROS.

El Escribano pasaba por una hora en su vida de las más delicadas que había conocido. Tenía tras de sí, dadas las circunstancias políticas por que atravesaba el país, una montaña que amenazaba desplomarse sobre él y aplastarlo. Para otro hombre de menos nervio que él, aquello hubiera sido irremediable.

Pero el santurrón era hombre de recursos y muy capaz de rehacer con su astucia lo que la fatalidad destruía con sus implacables decretos.

Conocía á la gente entre cuyo círculo se movía pero también estudiaba las corrientes del tiempo. Así es que se dió á representar un doble papel según que se encontrase en presencia de tirios ó troyanos. No dejó de frecuentar la iglesia pero también rendía acatamientos á los liberales de segundo orden que pudieran servirle de escabel para sus propósitos.

A las altas regiones no se atrevía á llegar. El General Barrios le infundía espanto y aquel Presidente que conocía á los hombres le frunció el ceño las dos ó tres veces que intentó acercársele.

Se le veía en la iglesia muy temprano asistiendo á misa y á otros ejercicios espirituales. Verdad es que por ese tiempo adoptó el sistema de un devoto vergonzante, pues en lugar de ocupar puesto principal y sentarse en los escaños de la nave de

enmedio, como en otros días, buscó un asilo solitario en uno de los rincones de las alas laterales del templo, desde donde contemplaba el santo sacrificio sin estar expuesto á la pública espectación.

Los monaguillos de la iglesia y otros rapaces que lo conocían bien se escondían tras las pilastras para espiar al devoto, pues nada les divertía más que verlo persignarse con tanto fervor y entusiasmo, haciendo dar saltos y cabriolas á la mano derecha cuando poniendo en forma de cruz al dedo pulgar con el índice, la hacía dar saltos funambulescos de la frente á la punta de la nariz, de la sien derecha á la izquierda, del labio superior al inferior, de una de las comisuras de la boca al largo espacio que separaba á ésta de la otra, de la alto del pecho hasta cerca del abdómen y de uno á otro lado de su caja torácica que por lo estrecha amenazaba tisis.

Los chicuelos hacían mal, lo confesamos, y muchas veces el vedel de la iglesia tuvo que ahuyentarlos de su observatorio.

Además ¿qué entendían ellos del simbolismo del *signunn crucis?*

¿Estaban ellos acaso al cabo de los pensamientos que bullían en la mente de don Ildefonso, de las palabras que su boca pronunciaba ó de las obras que su pecho había ejecutado? De alguna importancia y trascendencia debían ser ellas cuando el hombre se mostraba tan devoto y compungido. Nada hay más respetable que un pecador á la hora de la plegaria.

Por eso es que aquellos muchachos, no decimos reprimendas, azotes merecían.

Pero don Ildefonso no era hombre que se cuidara del mundo exterior cuando estaba embebido en sus plegarias. Oía la misa entera en dolorosa genuflexión, no apartando ni por un momento la vista ni por contingencia de su libro de oraciones. De cuando en cuando se le oía suspirar; en otras se golpeaba el pecho duramente, cosa que alguna vez le provocaba quintas de tos. A la hora en que el incienso se quema en las aras y su perfume sube á las alturas junto con los cánticos y plegarias de los fieles, él inclinaba el cuerpo hasta tocar con la frente las frías baldosas del templo y en esa posición permanecía sumergido en oración.

Pero el santo varón hacía más. No era únicamente un devoto contemplativo, sino que empleaba sus talentos en cosas de utilidad para la iglesia. En los días de Corpus y en los Viáticos que entonces salían á la calle con músicas y gran acompañamiento, era seguro verle llevando el guión de plata á cuyo oficio tenía derecho sin que otro alguno tuviese la avilantez de disputárselo. El Jueves Santo era el depositario de la llave del Sagrario que lucía en las procesiones y las visitas de monumentos, á los que nunca faltaba. Asistía á todos los entierros, y su fuerte era ser coleccionista de tarjetas necrológicas. Era erudito y especialista en ciertas materias, así es que sabía la fecha y la enfermedad de que habían muerto los individuos

principales de la República en los últimos veinte años, llegando su sabiduría hasta conocer la hora fija y los minutos en que había sucedido la catástrofe.

Era literato además y redactaba un periódico católico en cuyas columnas lucía sus inmensos conocimientos de las vidas agenas, de los santos que están en el Paraíso y de algunas otras personas cuyo destino seguro se ignora. Se sabía al dedillo cuándo eran días de témpora y cuándo de vigilia. Era astrónomo; así es que le estaba encomendada la redacción del almanaque de esta arquidiócesis.

En fin, que el hombre era un portento, candidato para ser declarado beato cuando menos por la Corte de Roma.

Pero ¡ay! que las almas aun las más santas suelen tener algunas veces sus preocupaciones terrenales.

Por aquel tiempo se verificaba en la República el movimiento de la Reforma. El General J. Rufino Barrios, que interinamente se había hecho cargo de la Presidencia, dictó entre otras medidas trascendentales la supresión de los conventos y la desamortización de los bienes llamados de manos muertas. Para ese efecto se creó el famoso tribunal llamado de "desamortización" á cuyo frente se puso á un famoso General, que en pocos días llegó á convertirse en el terror de las gentes que habían tenido que hacer con bienes de la iglesia.

Don Ildefonso, que había heredado de sus mayores ciertas capellanías y tenido la honra de haber

sido Prioste de algunos conventos, fué llamado á la barra, y hay que decirlo con tristeza, se le trató duramente. Aquel célebre General no se andaba en chiquitas con las personas que él consideraba como enemigas de la situación política de que formaba parte. Era incisivo, burlón, cruel en sus expresiones, conocedor á fondo de las chicanas de los rábulas, agrio de genio é inclinado á vejar á la gente.

Así es que como nuestro hombre se resistiese á rendir cuentas de los bienes que le estuvieran encomendados, el General hizo turumba de él hasta obligarlo á desembuchar y á aflojar la mosca; y de seguro habría ido á una prisión y sufrido no se sabe cuántas calamidades más á no ser la oportuna intervención de Hernando que por ese tiempo vivía en la capital y que ejercía alguna influencia en las altas regiones á la cual lo hacían acreedor sus propios méritos, su conducta correcta y más que todo las antiguas relaciones de su padre. De ese modo logró salvar el joven al Escribano del oprobio y la deshonra.

El pobre Sangrefría cayó en cama atacado de una enfermedad que los médicos diagnosticaron con el nombre de miedo cerval, complicada con síntomas característicos de tristeza del bien perdido. El hombre se veía perseguido de malas visiones, no comía, no dormía y habría sido segura su muerte á no ser los cuidados solícitos de una mocetona de Totonicapam, no mayor de treinta años, que vivía

en la casa como despensera y ama de llaves, pero la cual, ya por el tiempo ó por otras causas, se tomaba con don Ildefonso ciertas prerrogativas inconvenientes que hacían creer á los malévolos que aquella Maritornes prestaba otros servicios en la casa.

Aquel accidente de que pudo salvarse Sangrefría le dió una aureola así como de martirio, haciéndole crecer muchos codos de altura en el concepto de sus correligionarios.

Se había quedado pobre es verdad, pero con honra. Su crimen había consistido en ocultar los preciosos bienes que le habían sido encomendados, pues él se había hecho la reflexión que ya que se los iban á comer los moros era mejor que se lo comieran los cristianos. Y él era cristiano como ya lo hemos visto y un cristiano á quien no se le podía encajar el diente.

Pronto se vió recompensado de sus penas siendo depositario y administrador de muchos bienes de gentes ricas del país. Ya hemos visto de qué manera manejó los de la Marquesa, quien más que nunca tenía verdadera admiración por aquel hombre en quien comenzó á descubrir las cualidades más á propósito para hacerlo marido de su nieta.

XX.

SI LAS PRIMAS SUPIERAN.

Luisa había entrado en la edad en que se marca por entero el carácter de las jóvenes, en lo cual

son más precoces que los individuos del sexo masculino. Nadie habría podido imaginar que tras aquel cuerpecito endeble se ocultara una alma blindada por una especie de coraza de acero. No en valde corría por sus venas la sangre de los Villacreces.

Cuando se dió cuenta cabal de que su corazón palpitaba por el ingeniero, luchó tenazmente por desvanecer de su alma aquella impresión.

No sabía si en amar hacía bien ó mal, y aun se inclinaba á creer lo último con tanta mayor razón cuanto que esa idea le absorbía todo su pensamiento y por ella olvidaba sus deberes espirituales.

Entonces se entabló una lucha sorda entre su corazón y en su conciencia, sucediendo á la alegría loca de juventud que hemos presenciado, una concentración sombría y solitaria, no atreviéndose á hablar ni aun á su confesor y menos á su abuela del estado de su alma.

Hasta se sintió infeliz al no entrever cómo podría resolverse aquel problema.

Para distraerse y hacer ruido á su espíritu, intimó la amistad con algunas de sus jóvenes parientes, de las cuales algunas tenían novio. Ella las escuchaba cazando algunas palabras al vuelo y sorprendiendo ciertos secretos inocentes. Fué testigo de apretones de manos furtivos, de sonrisas y de miradas, y aun alcanzó á oír las palabras que al oído se cruzaban quedamente entre los enamorados; y entonces se despertó en ella el deseo de tener una alma confidente.

Sus primas la miraban con una especie de respeto místico. Para los varones de su círculo, aunque bondadosa en su trato, era inaccesible para la intimidad y las expansiones.

Y no que fuera una virgen devota de esas que por su misticismo se hacen intolerables aun para sus más allegados. Por el contrario, ella era buscada por todos, mimada, acariciada tal así como si fuese una de esas muñecas de pasta fina y delicada propias para quererlas como quieren todas las jóvenes á los catorce años á esos juguetes deliciosos á los cuales hay que resguardar tras de cristales para que no los manche el polvo y el aire no los perjudique y altere sus colores.

Luisa llegó hasta fastidiarse viéndose objeto de tan finas atenciones. Su alma se sublevó porque la considerasen como una niña.

¡Si ellas supieran!

Cuando la abuela abrió los ojos y cayó en la cuenta de lo que ya Sangrefría había adivinado y la interrogó sobre un asunto tan natural á su edad, ella tuvo que confesarlo todo, no sin que le dejase de causar rubores aquella confesión. A su madre se lo habría dicho todo y quizá hasta interrogádola para que le desvaneciese sus escrúpulos. Pero con su abuela no se atrevió á tanto, como creemos haberlo dicho ya. Y es que las viejas cuando han llegado á una edad avanzada, aunque sean abuelas adquieren por sus arrugas, por su voz gutural y temblona, por sus arranques de pasajeras impa-

ciencias, por los olvidos de las funciones de su sexo, cierto aspecto de seres neutros que imponen respeto á los nietos, sin perjuicio del entrañable cariño que atrae á unos hacia otros. La confesión que María se vió forzada á hacer á su querida viejecita, la calmó y la reconfortó; pero aquel secreto como es natural, quedó entre las dos y la antigua lavandera de la casa, liberta por la ley de 1824 de la esclavitud, á la cual habían estado sujetos sus padres en casa de los Villacreces.

María Luisa tenía además otro secreto que en su concepto le valía el haber traspasado moralmente los linderos de la niñez. Amaba, cosa que ignoraban todos. Amaba á un jovèn que le parecía de distinta raza de la de los suyos, inferior quizá por su nombre y por su familia á las pretensiones de su círculo, pero inmensamente superior por su desarrollo físico; por su belleza de criollo, en el que á primera vista se notaba la mezcla de la sangre española é indígena, y sobre todo, por la seducción de su voz y de sus modales que debía á su educación y á los variados conocimientos, de que sus parientes carecían.

Verdad es que él no hablaba de su familia de España, ni de corridas de toros; que nunca lo vió vestido ni de chalán ni de chulo; que no vivía en la ociosidad atenido á las riquezas de sus padres esperando para hacerle libre el que éstos muriesen y así gozar de su herencia. Verdad es también que tampoco lo veía tras de la tienda de un mostrador

vendiendo mantas, vinos ó madapolanes como á muchos de sus parientes venidos á menos; pero por lo mismo lo había distinguido y preferido entre todos los jóvenes que hasta entonces había tratado.

Ella amaba. En su lucha por no hacerlo resultó vencida, y desde entonces se decidió á cultivar ese sentimiento con todo su corazón, firme y resuelta á oponerse á todos los obstáculos y á vencer todas las dificultades que se le presentasen.

Había querido en su niñez ser la esposa de Dios, y los hombres se lo impidieron. Dos años pasó, como bogando en el vacío, sin encontrar un objeto á la vida. En aquel tiempo deseó morir, para reunirse con sus hermanos alados, y ni aun esto lo logró.

La casualidad puso en su camino al joven por quien estaba fascinada y se resolvió entonces á llamar esposo á Hernando.

No decimos *ser de Hernando* porque sus conocimientos en el matrimonio no llegaban á tanto.

El que hubiere podido levantar las gazas que envolvían sus castos pensamientos, habría descubierto que lo que ella entendía en materia de casamiento, era hallar un hombre más ó menos de su edad, de carácter dulce, buen compañero para rezar y juguetear, con quién ir á misa en las mañanas y del brazo en los domingos á los paseos; que supiese tocar al piano las mismas piezas que *su* Hernando y que á las primeras horas de la noche la acompa-

ñase á contemplar el cielo estrellado, á la luna pálida que manda desde lo alto besos de luz á los amantes, y en fin, que cuando estuviesen en el campo él y ella se agrupasen en dulce y silencioso abrazo á escuchar juntos los ecos de las montañas.

Y allí se detenían sus sueños, no creyendo que en esa materia cupiera aprender ó imaginar más.

XXI.

UN ACADÉMICO.

Mientras esas cosas sucedían en la casa y la pasión se desarrollaba en los pechos de aquellos jóvenes, en la República tenían lugar ciertos acontecimientos que influyeron decididamente en su porvenir y que por lo tanto no nos es posible callar.

La guerra civil estalló en los departamentos de Oriente y la República se vió amenazada con una invasión filibustera por las costas del Norte.

La capital era un volcán. Tronaban los clubs contra los reaccionarios y la prensa desenfrenada pedía sangre y exterminio para los enemigos de la revolución. El Arzobispo fué expulsado, sucediéndose en la Curia eclesiástica los Gobernadores de la Mitra, que apenas tomaban posesión de su cargo eran lanzados fuera del país por creérseles enemigos jurados del Gobierno.

La iglesia había acallado sus cantos de alegría, quedándole apenas tiempo para entonar salmodias y plegarias en aquellos sus momentos de aflicción.

Los caracteres débiles se desbandaban de las naves del templo, á donde en otro tiempo eran asiduos concurrentes, convirtiéndose de la noche á la mañana en espíritus indiferentes y aun hostiles á la religión, cosa que no hay que extrañar, pues nunca faltan en todos los países y en todas las revoluciones seres tan menguados que son capaces de renegar de sus creencias, de su pasado político y de sus amigos de la víspera, por miedo ó ambición.

Y en medio de aquella catástrofe para el partido conservador, hay que hacerle la justicia de que no faltaron entre sus miembros espíritus viriles que supieron enfrentar la situación, luchar y aun morir en defensa de sus ideales.

Los que no tuvieron valor para ir á la montaña, emigraron del país, quedándose muy pocos de ellos, que por su edad ó sus achaques no lo hicieron y entre los cuales hubo algunos que fueron víctimas de la ira revolucionaria.

Por regla general la mujer era enemiga de las ideas proclamadas en el manifiesto de Patzicía, y mucho más de las reformas trascendentales que Rufino Barrios implantó con su brazo de hierro. La expulsión de los jesuitas las tenía exasperadas. Entonces se vieron levantarse legiones de devotas que así gemían por las calles y hacían guardia en las puertas de los conventos, como habrían sido capaces de dejarse matar en defensa de su religión, cosa que no lograron, merced al tino de la autoridad, que si no contemporizó, al menos tuvo la prudencia

de emplear medios suaves y conciliadores para aplacar las iras de aquellas pobres gentes á quienes la prensa de la época calificaba de arpías.

La corriente revolucionaria barrió con ellas, obligándolas á retirarse á sus casas, en donde se formaron unas especies de parapetos para lanzar á mansalva sus saetas envenenadas contra las personas y las instituciones de la época.

Entonces presenció la capital ciertos vejámenes ejecutados en algunas de aquellas mujeres que más se distinguían por su audacia y sus inquinas; vejámenes de que se duele y se dolerá la historia.

El Gobierno que tenía en sus manos algunos de los hilos de la contra-revolución, creyó encontrar en algunas casas de gente rica los focos en donde se urdían las sediciones, que como las cabezas de la hidra, aparecían en distintos lugares del país, señalándose la de la Marquesa como una de ellas. Esta vez el Gobierno no tenía razón, puesto que aunque era verdad que en otro tiempo la buena señora había sido amiga de bureos de esa clase, y muy experta en manejar los hilos que ponían en movimiento á los títeres políticos de aquel entonces, en la época á que hemos llegado, ya estaba bastante vieja para lanzarse á esas aventuras que pudieran causarle desasosiegos y aun producir la ruina de los intereses de su nieta.

Luisa contemplaba aquella tempestad desde su casa buscando el apoyo de sus amigos, como la cervatilla á la hora de la tormenta se refugia temblorosa entre el soto apoyando su cuello de gacela sobre el lomo de su madre.

Una vez estuvo para morirse de miedo al ver invadida su casa por una turba de sayones que buscaban en ella algunas armas y municiones que la autoridad creía que allí se tenían escondidas. La impresión que le quedó de aquel suceso fué horrible y jamás pudo olvidarla.

La Marquesa estaba aterrada.

Sangrefría no se asomaba sino muy raras veces y cuando lo hacía era para sembrar el espanto entre aquellas pobres mujeres.

Luisa lloraba y oraba, no columbrando otra esperanza de salvación que en la sombra protectora de Hernando, quien exponiéndose á las suspicacias de los gobernantes, y aun llegando á hacerse sospechoso, no faltaba diariamente de la casa y aun logró algunas veces librar á la familia de vejámenes y desagrados comunes en aquella época, y hasta explicables en las grandes conmociones sociales.

El Ingeniero no era un hombre político, como ya lo hemos dicho, y aunque es verdad que comprendía la necesidad de la renovación del organismo de su país, le repugnaban los procedimientos brutales que algunas veces se empleaban, no encontrando nada qué contestar á la atribulada familia cuando la oía lamentarse de las calamidades que habían caído sobre los suyos.

Así son todas esas naturalezas sensibles; hombres más de pensamiento que de acción, buenos para el Gabinete en los días de calma é inútiles y aun peligrosos en los momentos de las supremas crisis.

El Escribano no se desprendía de él y lo seguía á todas partes como su sombra. Nuestra sociedad que ríe y aun en los momentos más dolorosos, se burlaba de don Ildefonso, lanzando ciertas puyas al joven por el adefesio que se le había pegado tan repentinamente.

Una persona chusca de la época bautizó al grupo con este apodo gráfico: "El pasado y el porvenir."

Entre las gentes que Hernando conoció por entonces en la tertulia de la Marquesa hubo un hombre que á primera vista le fué menos desagradable que los otros, nuestros antiguos conocidos.

Era este caballero una persona alta, pálida, pulida en el traje, aseada de cara y de manos y con una calva amplia y muy lustrosa.

Se llamaba don Troscíbulo y desde sus primeras palabras revelaba que era muy conocedor de las obras del siglo de oro de la literatura española. Hablaba pausadamente y con alguna corrección, teniendo el defecto de la ampulosidad en sus frases rebuscadas.

Era académico de la lengua y muy amigo en España, en donde había vivido algún tiempo, de Cheste, Pidal, Catalina y todo aquel montón de ripiosos, de los que con tanta gracia se ha burlado Valbuena y por quienes nuestro don Troscíbulo tenía una grande admiración.

Pertenecía á la escuela clásica. Cuando se hablaba de Hermosilla en su presencia, él se ponía en pie sin remedio. Trataba á Shakespeare de un

espíritu brutal, citando en su apoyo á Moratín. Creía en las tres unidades y era discípulo decidido de Quintiliano y de Boileau.

Su lectura favorita, en lo que hay que hacerle la justicia de reconocerle que revelaba buen gusto, era el Quijote. Recitaba trozos enteros de "El Buscón" de Quevedo y cuando estaba de buen humor hacía uso de las agudezas de este ingenio que había leído en la "Visita de los chistes" ó en "El sueño de las calaveras."

Era un hombre paciensudo, pues hacía dos años que venía leyendo y comentando á Lope de Vega, y esperaba en otros dos años más terminar una obra que le daría renombre elevando al "Monstruo de los Ingenios" un monumento con las notas y comentarios que le había sugerido á su cacumen la lectura del inmortal poeta.

De Calderón no gustaba, pues lo acusaba del pecado de haber sido romántico.

Opinaba que Lesage era un plagiario y nadie podía quitarle de la cabeza que el Gil Blas no fuese una obra de un ingenio español.

Era hombre de cánones para todo, y le gustaba en la escritura el estilo noble, teniendo verdadero horror á la palabra propia, cosa inexplicable cuando como hemos visto era admirador de Cervantes y de Quevedo que no se andaban en chiquitas en dar á las cosas el nombre que les convenía, por más vulgar que fuese y aun obsceno.

Como consideraba que Hernando tenía el gusto estragado por sus constantes lecturas de libros

extranjeros y ya le había tomado alguna ley, le daba lecciones de composición, recomendándole el uso de las figuras y de las flores retóricas, que en su concepto eran lo que constituían el talento de los grandes escritores.

Trate Ud. joven, de redondear la frase, le decía. Trabájela, púlala, límela y ahuéquela si es posible. Lea á Góngora.

Mucho cuidado con las concordancias y las cacofonías. Acuérdese que una coma de más ó de menos, echa á perder la reputación de un escritor.

No olvide que la divina lengua española es una lengua sonora. Quédense para los italianos la flauta y la mandolina, instrumentos de deleite que sirven para fascinar á las serpientes y á las meretrices.

El escritor de nuestra lengua que se respete y que quiera pasar á la posteridad, debe usar el trombón y el bombo y tener en su repertorio cataratas de símiles, anécdoques y apóstrofes.

A mí me gustan los literatos que se balancean y que retuercen las frases hasta hacerlas ininteligibles á no ser para los iniciados. Buenos fueron los tiempos de Cervantes y de Tirso, pero el del gangorismo fué mejor.

Si los modernistas le dicen que nuestros períodos son monótonos, no les crea.

Si le aseguran que en nuestras manos la lengua se agota y toma aspecto senil, ríase de ellos.

—Pero señor académico, le observaba el Ingeniero, yo sé que las lenguas son como organismos

vivientes que necesitan para estar lozanas, respirar el ambiente de su tiempo y aceptar entre ellas palabras nuevas que aumenten su caudal y les den formas y frases para expresar las ideas que trae consigo la civilización y los progresos del arte y de la ciencia.

—Teorías, necedades; contestaba desdeñosamente. Todo está dicho, nada se inventa. Y con mezcla de entusiasmo y de cólera, sobándose la calva, exclamaba: No importa que nos repitamos unos á otros, ni que seamos serviles imitadores de los antiguos: allí está el mérito. En materia de lenguaje más que en todo, importa ser conservador.

Y continuando en sus consejos: Huya Ud. del lenguaje cortado, amplíe la frase y haga jugar al verbo al escondite para deleite de los sabios y su propia reputación. Los períodos más largos y rotundos son los mejores. Vea Ud. á Cánovas de cuya prosa pocos gustan y que sin embargo goza la fama de ser un prodigio. Hable de todo aunque no entienda, que si le faltan ideas, para eso están las frases y las figuras. Aprenda de algunos de nuestros literatos que tienen el talento de escribir dos y tres páginas y no decir nada.

Es lo que nosotros llamamos *estilo homeopático*, que consiste nada menos que en diluir la centésima parte de una idea en un océano de palabras, talento que no todos poseen.

Trate de no improvisar jamás y no suelte la retórica, que es para el literato lo que el *vade mecum* para el médico.

Un procedimiento que para mí ha sido de mucha utilidad, y que le recomiendo especialmente, es el hacer largas listas de figuras de palabras y de dicción, que en mis escritos he sabido intercalar á tiempo sin necesidad de fatigarme la imaginación.

En cuanto al aspecto exterior sea Ud. grave. No se ría ni admire de nada. Trate á los jóvenes con benevolencia, pero haciéndoles guardar siempre el respeto que se debe á su categoría de académico, si es que alguna vez tiene el honor de llegar á serlo. Por regla general desconfíe Ud. de los muchachos, que son siempre amigos de novedades; váyales á la mano, súrrelos si es preciso. En las fábricas de Hermosilla se venden aún buenas palmetas, y un castigo dado á tiempo con este benéfico instrumento, es remedio casi infalible para moderar los ímpetus grafomaniacos.

—Señor, le preguntó una vez Hernando con una voz que no se sabía si era ingénua ó burlona: ¿Gusta Ud. de Víctor Hugo, de don Gaspar Núñez de Arce?

—Revolucionarios, dijo. Gaspar ha cantado á Martín Lutero, y el tal Hugo, además de ser un apóstata en política y en religión, tiene el crimen del Hernani y Los Miserables.

—Pero al menos Campoamor será de su gusto?

—Quiá: un pesimista.

—Y Becquer—Plagiario de Heine. Los únicos poetas que hay hoy en España que puedan leerse son Antonio Grilo y José Velarde. Lo demás morralla, morralla.

—¿Qué opinión tiene Ud. de Emilio Zola?

—Que es un cochino.

—¿Y de Flaubert, de Balzac, de Maupassant, de Paul Bourget?

—Jamás los he leído, ni lo intento; dijo con toda prosopopeya, estirándose el cuello de la camisa.

A la bonne heure, exclamó el Ingeniero, dejando con la palabra en la boca al académico, á quien le vino el deseo de agarrotarlo y deshacerlo á patadas.

De ese modo pudo deshacerse de aquel pedante que lo tenía asediado y quien durante varios días estuvo de hocicos, cosa que no le disgustó á Hernando, pues esto le daba tiempo para entrar en pláticas con Luisa, naturalmente más amenas y con quien se entretenía jugando cartas á la brisca ó á las orejas, diversiones de niñas que á él le parecían deliciosas. El que en el ajedrez se las había con García Granados y los mejores jugadores de la época no habría dado una de aquellas noches en que por lo regular se quedaba "orejón" por ganar diez partidas á los leones del billar en que también era fuerte ó á los campeones del famoso juego de Harun-el-Raschis.

De ese modo se adoraron un año. Así se confesaron uno y otro, no con la lengua sino con los ojos, su pasión. La primera vez que se tocaron las manos bajo la mesa, burlando la vigilancia de los viejos, á ella le causó la impresión casi un desmayo y cuando él estuvo fuera de la casa y solo en la

calle, pues eran las once de la noche, se puso á gritar y á saltar de gozo, sintiendo la dicha en el pecho, viendo al cielo más estrellado y creyendo en Dios.

Cuando llegó á la esquina se arrodilló y lloró de placer, exhalando del fondo de su alma, esta expresión: ¡Gracias, Señor!

XXII.

¡SOCORRO, HERNANDO, SOCORRO!

La salud de doña Manuela decaía manifiestamente.

Arrastraba los pies, tenía romo el oído y la palabra le era cada día más difícil.

Uno de sus orgullos hasta entonces había sido el no haber hecho uso nunca de los anteojos. Verdad es que pertenecía á la raza aquella de que nos habla Pepe Batres, que no empleaba aquellos instrumentos más que para leer y la Marquesa casi nunca leía.

Algunas veces la anciana necesitaba del brazo de su nieta para pasar de la alcoba al comedor, pues tropezaba frecuentemente cuando iba sola y aun alguna vez se cayó al suelo haciéndose mal en las rodillas.

María Luisa había redoblado sus cariños para la viejecilla, á pesar de tener por naturaleza un carácter indolente y al parecer desapegado; pero la anciana había sido tan buena con ella, que con todo y sus impertinencias, merecía eso y mucho más.

Cuando era víctima de algún percance, como un golpe de cabeza en la oscuridad ó la rotura de un trasto que se caía de sus manos, exclamaba furiosa: No es nada niña, no es nada.

Esos malvados *pirujos* son la causa de todo.

—¿Qué son *pirujos*, abuelita? preguntaba Luisa.

—¿Qué, no lo sabes? Pues es esa raza de víboras que amargó los últimos días de mi padre y que me está matando á mí; que se atrevió á desconocer la autoridad de nuestro *buen amado* el Señor Don Fernando VII; que en el año de 29 expulsó al Señor Casaus y á los benditos frailes, como lo han hecho hace poco con el Señor Piñol y los jesuitas, los pícaros que en la actualidad nos gobiernan.

Ellos me matarán, ellos me matarán á pesar de mis setenta y cinco años cumplidos.

Un día, que era el de la anunciación de la Virgen, en el que la anciana había comulgado, llamó á Luisa después del desayuno á su dormitorio, y entornando las puertas de aquella especie de santuario que nos es conocido, dijo á ésta con voz vibrante: Hoy hace precisamente veinte años, que á esta misma hora y en el mismo lugar y asiento que *vos* ocupás, pues todo aquí se ha conservado como en los tiempos de tu abuelo, nos hallábamos mi buena Marta y yo.

(De una vez por todas debemos advertir que la Marquesa, aunque no completamente ignorante de las costumbres de su tiempo, hablaba un español lleno de arcaísmos como el que se usó en la Corte en la época de Cervantes y de los Felipes y que en

el día suena tan mal en los oídos educados. Por más que su hija cuando vivía y la nieta en los últimos tiempos le corregían sus defectos de lenguaje, jamás logró enmendarse de sus vicios ortográficos: así es que siempre trató de vos á sus inferiores y siguió diciendo *vide*, *truje*, *ansina*, *naide*, *paine*, *andá*, *veniacá vos* y otras expresiones semejantes que aun en el día se oyen entre el vulgo y aun entre personas que se creen educadas. Nosotros corregiremos esas alocuciones, siempre que tengamos que hacer hablar á doña Manuela, para evitar al lector el disgusto de la palabra escrita ó hablada de tales anacronismos.)

La Marquesa, continuó de este modo: Aquellos tiempos no eran tan malos como los que corren. Yo, si no joven al menos estaba robusta y sana. Mi casa entonces era punto de reunión de lo más granado de la sociedad, y si es cierto que los salones de Lipa Montúfar tenían nombre, los míos eran superiores por la calidad de las personas que aquí se reunían.

Es verdad que á casa de las Montúfares iban el Canónigo Castilla, *Chopa*, *Chafandín*, *Camote*, Pepe Milla, que entonces andaba algo extraviado, Pepe Batres, los Vidaurres y Pepita García, quienes pasaban su tiempo en hacer chascarrillos, descifrar adivinanzas, murmurar del prógimo y poner apodos á las gentes de bien, aquí en cambio se reunían personas serias y de *tilín*.

Nosotros dejábamos las chanzas afuera de las puertas de la sala y nos encerrábamos en ella á

hacer política. Aquí se hizo serio Manuel Francisco y salió para el Ministerio. Aquí nombrábamos consejeros de Estado y los conónigos, y Trajanópolis nos debió la Mitra.

Si nos faltaba un Castilla, teníamos un Larrazábal, y en cuanto á poetas Coloma, que era de los nuestros, ya empezaba á despuntar....

María Luisa, más que nunca nerviosa en esos días y hasta un poco irascible, interrumpió á la anciana diciéndole: Bien, mamá-abuela, á dónde quiere Ud. llegar?

—Paciencia, tontuela y escúchame. Tu madre, que en paz descance, fué muy feliz en su matrimonio, merced al buen acierto que tuve en escogerle á su marido, que era un alma de Dios.

La niña, no pudiendo soportar más, le dijo á quema-ropa: No siga Ud., madre, que ya le entiendo. Y á propósito de ello, tengo que decirle, que me quiero casar.—La anciana abrió tamaños ojos y estuvo para desmayarse. ¡Cómo, exclamó, y ya habías pensado en ello....? ¡Sin mi consentimiento....! ¡Ah tiempos, ah pirujos!

Vaya con las muchachas del día. Apenas tienen veinte años y ya se atreven.... Marta no fué así ni yo tampoco, y ambas esperamos que nuestros padres escogiesen y nos señalasen las personas que nos convenían por esposos. Y ya se vé, como estamos en tiempo de libertad. ¡Oh tiempos, que ni aun en las casas como la nuestra pueden conservarse las costumbres de nuestros mayores!

Vamos á ver, continuó la anciana, que casi había perdido la razón y toda compostura. Vamos á ver quién es el galán afortunado. Supongo que no será Sixto ó Sexto Pérez? Será acaso Evaristo Casas?

Buenas la hicimos. Cría cuervos.... Y la anciana, presa de una agitación que asustó verdaderamente á la doncella, se puso á llorar amargamente y á gritar desde la puerta: Mariantoniáa....Jesuus ....ña Mariáá....

Las sirvientes al reclamo llegaron asustadas y la Marquesa balbuciando las palabras y sollozándolas, pálida, con los mechones de sus cabellos canosos sobre la frente, que en el acceso histérico había desgreñado, allí....allí tienen, hip, allí tienen hip, hip....una niña, una niña, la niña de ustedes hip, y la mía que quiere casarse. ¿Y con quien, Dios mío? Pues nada menos que con Séptimo Pérez.

Y no pudiendo más cayó en el sofá desvanecida.

Luisa estaba cadavérica, seria, con los labios contraídos.

Las viejas, que conocían á su señora y que estaban acostumbradas á semejantes escenas, no sabían qué hacerse y no creían una sola palabra de lo dicho. La anciana yacía en el sofá, sin sentido, quizá muerta; pero también la niña. Luisita estaba como anonadada y para desplomarse al suelo.

Al fin ésta volvió en sí y haciendo un gesto de mando á las sirvientes se acercaron á la doliente á quien le propinaron una infusión bien cargada de cogollos de naranjo, le arrimaron á la nariz ramas

de ruda y aun le tirtilaron las ventanas, lo que la hizo estornudar y le dieron fricciones de aceite alcanforado en las quijadas, que tenía duras como si estuviese atacada de tétano, y en el espinazo, huesudo, con lo cual lograron moderar aquella máquina desequilibrada.

Dos horas de un letargo lleno de sollozos lograron apenas para restablecer á la Marquesa.

Cuando ésta volvió en sí y se dió cuenta de lo que había pasado se dijo ¡Qué boba soy! Quizá la pobre muchacha piense también como yo en don Ildefonso.

Y como en ella todo era nervios y accesos repentinos, se levantó como un resorte, con agilidad superior á sus años y gritó de nuevo: Luisita, Luisita. Llegó ésta en seguida y se vió colmada de besos y de caricias por la anciana que le pedía perdón.

Haberlo dicho, hija mía, haberlo dicho.

—Pero ¿qué quiere Ud., señora, que yo dijese?

—Qué, no eres tú de mi misma opinión y no piensas que el mejor partido que te conviene es el de don Ildefonso?

Esta vez quien se desmayó fué María Luisa, articulando clara y distintamente estas frases: Socorro, Hernando, socorro!

XXIII.

EL PADRE DE HERNANDO ERA PIRUJO.

La Marquesa todo lo comprendió enseguida y vió deshacerse sus planes como humo.

La impresión que le causó la involuntaria confesión de su nieta no le fué del todo desagradable. Verdad es que no conocía á Hernando más que por los servicios que le debía, pero éste tenía en favor de sí el no serle antipático.

Lo que sí le disgustaba era que tuviese una profesión que ella conceptuaba como un oficio manual.

Un albañil, un herrero, ¡puf! Qué se diría en el mundo y qué cuenta le tomarían sus parientes viendo sacrificar al último vástago de la noble familia de los Villacreces en el lecho de un industrial?

Se decidió, sin embargo, á ser más prudente, evitando escenas como la pasada, que habían postrado en cama á su nieta, consultar el caso con sus amigos y platicar despacio con Luisa.

Hasta hubo un momento en que se sintió demócrata y no nada exigente, cosa de que se admiró ella misma.

Con tal de que sus padres fuesen ó hubiesen sido españoles, que se encontrasen limpios de sangre de judíos, hebraizantes y africanos, y que el Santo Oficio no hubiese tocado con ellos, eso le bastaba.

En cuanto á la hidalguía de Hernando, ella se hacía esta reflexión: No todos nacen marqueses en el mundo, ni fuera posible á la mayor parte de las gentes tener la honra de que sus abuelos hubiesen peleado en Italia, en Flandes ó en Granada, ni mucho menos que algunos de los suyos hubiesen achicharrado herejes en las cárceles de la Inquisición.

Además, como era amiga de los grandes nombres y el del joven no le sonaba del todo mal, se hacía la ilusión de que el primogénito que surgiese de aquel enlace podía llevar el siguiente, por ejemplo: Pedro *Antonio Abad de Montemayor*, *Villacreces*, *Alvarado*, *Cueva y Guzmán*, *Medinilla* y *Mayorga*, nombres de sus ilustres ascendientes. Y así, con el cigarro de tusa en la boca, que ella misma había torcido, se pasaba las horas en larga cavilación, tragándose la píldora.

Se hizo la cuenta de que al fin de todo Sangrefría y el joven, á quienes siempre veía tan unidos, se completaban uno y otro. El Escribano, pensaba, tiene la edad, la experiencia y el conocimiento de los negocios de la casa, y el Ingeniero, la belleza, la fuerza y la juventud.

¡Y yo que pensé que la cosa era con Pérez! ¡ave María purísima!, se decía, santiguándose la boca.

No obstante, decidió oír separadamente la opinión de sus amigos.

Don Abundio, que personalmente no tenía gran repugnancia por el joven, le hallaba el defecto de que el muchacho, por su profesión, pertenecía á la raza de los novadores, tan perjudiciales en estos países por sus proyectos irrealizables.

—Ya me habló una vez, informaba la Marquesa, de la necesidad de construir un ferrocarril entre el puerto de San José y el de Santo Tomás.

—¡Ilusos! Eso sería la pérdida del país y la ruina de muchas ciudades y aldeas, así como de un

tráfico que da alimento á las gentes de Mixco, del Guarda Viejo y de Gualán.

¿Qué sería entonces de las mulas? ¿Para qué servirían las recuas? ¿De qué vivirían los arrieros?

Escuintla, Amatitlán, Chiquimula, Zacapa, puntos de parada hoy de carreteros y arrieros, perderían su importancia.

En México he visto yo esas catástrofes que han sido causa de las revoluciones y del aumento de los plagiarios, cuyas filas se han engrosado con las gentes que no encontrando trabajo en su antigua profesión se han convertido en guerrilleros y salteadores.

Yo no digo, agregaba como correctivo, que en Guatemala no se construyan ferrocarriles, ni telégrafos, ni caminos; *pero aun no es tiempo*. La agricultura y la industria están muy poco desarrolladas y para lo que producimos nos bastan los bueyes y las mulas para conducir los frutos á nuestros puertos.

El siglo entrante, quizá....

A don Trascíbulo, que se cuidaba más de la limpieza de la lengua que de la sangre, le parecía que el joven no era bastante purista y bien hablado para aspirar á la mano de una Villacreces.

Además, le había tomado ojeriza por haberlo dejado el joven una y varias veces con la palabra en la boca, y jamás le perdonaba ciertos galicismos que cada vez que se los oía y ya no le corregía, le

causaban jaquecas de cuatro y cinco días con sus noches respectivas.

La Marquesa estaba indecisa y se decidió por último á consultar á Sangrefría, su paño de lágrimas y candidato *in pectoris* para el comprometido oficio de ser su yerno.

Apenas hubo escuchado éste la para él tan desagradable noticia en que veía comprometido todo su porvenir, exclamó:

—¡Válganme santa Cecilia y santa Rosa de Lima! Qué oigo! ¿Atreverse ese mozalvete á aspirar á la mano de Luisita.... Pues, qué, ¿no sabe Ud?.... ¡Si no lo creo!... Supongo que la señora Marquesa lo habrá echado á la calle con las cajas destempladas?

Estas reticencias y exclamaciones incomodaron á la anciana, que como se sabe tenía un genio sulfúrico, y no pudiendo contenerse le dijo:

—Santo varón, hable Ud., ó con mil demonios le arranco con estas manos (metiéndoselas por la cara) que se han de comer los gusanos, esa lenguaza de Barrabás. Vamos á ver ¿y qué? No es acaso Hernando un hermoso muchacho, á quien la locuela de mi nieta tiene el buen gusto de amar? Pues entonces, á qué vienen esas exclamaciones?

¿Que no es marqués?.... Buen caso hago yo de sus marqueses.... ¿Que es pobre? Pues para eso nosotras somos ricas.... ¿Que mis parientes y amigos se opondrán á la boda por no sé qué tonterías que no he llegado á entender? Y qué, ¿acaso

sus parientes son abuelos de mi nieta, ni para ser casado se necesita que un buen mozo hable ó entienda la gerigonza de don Trascíbulo? Si el muchacho conoce más otro idioma que el que berrea el académico, pues que la ame en él, ó en tudesco ó en chino, que talvez así será mejor.

Sangrefría, admirado de aquella transformación de la Marquesa, se vió perdido, pero acordándose de su nombre, sacó fuerzas de su propia derrota y dijo:

—Vamos con calma, señora, y no precipitemos ni exageremos los acontecimientos.

Hernando es joven efectivamente y no tiene mala figura. Tiene talento, además, y una buena educación. Convenido. Es rico y va en vías de serlo más. Sus padres se están mirando en él, como su único hijo y el día que quiera puede disponer de los bienes de su casa, que son cuantiosos; mas él tiene orgullo de labrarse su propia fortuna con su propia profesion, lo que creo que logrará.

En cuanto á su linaje, según estoy enterado, es de lo más claro, y pudiera decirse que él sí que es noble de *verdad*, aunque hace muy poco caso de sus parientes de la Península, con quienes ni se comunica, por que dice que no gusta de los saltimbanquis que viven en las cortes mendigando condecoraciones y pavoneándose vanidosamente con los méritos ciertos ó supuestos de sus antepasados; y el Escribano recalcó estas últimas frases para castigar á la Marquesa por sus duras expresiones.

Esta estaba como embelesada y pendiente de los labios de su consejero, haciéndosele agua la boca, como cuando comían á su presencia frutas agridulces y otras golosinas, á las que era tan afecta.

La interesante plática de Sangrefría la rejuveneció en un momento. Sus facciones se extendieron de alegría y estuvo para comerse á besos la respetable cabeza de su amigo, con birrete y todo.

Este observaba el efecto de sus palabras, y la detuvo á tiempo en que ella, entusiasmada, iba á llamar á su nieta para *concederle* la mano de su novio.

—Paciencia, señora, continuó el Escribano, agarrándola de una muñeca y obligándola á sentarse de nuevo.

La vieja tuvo crispaturas en los dedos que pusieron en peligro la integridad de las facciones de su interlocutor.

—¿Hay más todavía; hay algo de nuevo? preguntó furiosa. Habla, miserable!

El hombre se desentendió del piropo, y ablandando la voz continuó:

—Ya ve Ud., señora, hasta dónde llega mi imparcialidad, hija sin duda del afecto que profeso á ese joven; pero veo en el enlace proyectado, ciertos inconvenientes que Ud. resolverá en Dios y en conciencia y que, como buen amigo de la casa, estoy en la necesidad de referírselos.

—Hable Ud., por Dios, buen hombre y no me atormente más.

Sangrefría dijo á media voz:

—El padre de Hernando es pirujo, y fué amigo de Morazán.

La baba del escribano hizo en la Marquesa el efecto de la picadura de una tarántula; y ciega y realmente furiosa, lo agarró del pescuezo, considerándose ya con el derecho de tratarlo como á yerno, y le gritó:

—Repita Ud. eso; *repetilo*, reptil inmundo, ó te ahorco.

El hombre que apenas podía balbucear, dijo pausadamente y con grandes esfuerzos respiratorios:

—El padre.... de Hernando.... ocupó la plaza de Guatemala con Morazán... en el año de 1829... siendo su corneta de órdenes.... Estuvo en las batallas de Las Charcas....de Gualcho....y de La Trinidad... y fué uno de los inspiradores de las leyes de reforma del Gobierno del Dr. Gálvez.

Un pescozón, que le costó dos dientes, fué la respuesta de la Marquesa, quien lo sacó á empellones de la alcoba, cerrando enseguida las puertas, con las que le golpeó los talones, atrancándose y parapetándose contra todo el mundo.

Sangrefría, cuando le pasó el dolor y hubo escupido los raigones, se dijo sonriendo:

—La herencia de Villacreces vale, no digo un par sino las veinte muelas de mis quijadas si aun las tuviese completas, y limpiándose la sanguaza que le manaba de la boca, con su pañuelo á cuadros, se dirigió á la sala á presentar sus respetos á Lui-

sita, quien maliciosa de lo que pasaba, le dió á su vez con la puerta en el hocico.

El se deshizo en genuflexiones y pensó entre sí mismo:

—La anciana ya tiene una cólera maestra entre el cuerpo, para ocho días, y ya me llamará para pedirme perdones. Por ese lado, pues, todo va bien. Ahora hay que entenderse con la nietecita, que es polluela de carne blanda de desollar.... ¡Aun hay medios!

XXIV.

DON ILDEFONSO CARIACONTECIDO.

Los días que siguieron á las escenas descritas en las últimas páginas, fueron penosísimas para Luisa. La abuela estaba intratable, áspera, regañona, hostil. Se mantenía encerrada en su cuarto sin tragar bocado y envenenándose con el humo del tabaco de los cigarrillos que ella misma fabricaba y cuyas colas, esparcidas en el suelo, daban al aposento un olor apestoso. Se quejaba de que una bola le subía del estómago al *güergüero*, que le impedía respirar. Su corazón relinchaba más que palpitaba. Una terrible migrania le estaba royendo los sesos, el celebro, como ella decía.

La pobre Luisa, que forzosamente debía atravesar por la alcoba para llegar á su cuarto, sufría rechiflas y cuchufletas á cada rato.

—Adiós, señora ingeniera, le decía, marquesa de *ña coneja* y Montemayor, ex-novicia y pretendiente al noble oficio de come-curas. ¿Cómo va la excelentísima señora Herrero, Albañil y otras yerbas? ¿Supongo que mi amable nieta tendrá la bondad de convidarme á las muy distinguidas reuniones de su casa, en donde tendré el honor de tratar á los miembros de la "Junta patriótica," los Marco Aurelio Soto, los Rosa, los Micheo, los Lemus, el Maestro Aguilera, el Maestro Julián y todos los canallas, digo, todos los prohombres, todos los héroes de la situación?

La muchacha oía todo eso resignada y en silencio. Otra, quizá habría reído de aquellas impertinencias; pero como tenía un genio reconcentrado y hasta entonces no estaba acostumbrada á las luchas de la vida, todo aquello le hacía mal, prefiriendo pasar el día, ó en la cocina con las criadas, que la mimaban ó en el cuarto-celda con la madre Presentación, sus únicos refugios mundanos. Cuando por la noche entraba á su cuarto presa de una tensión nerviosa por haber reprimido tanto por el día sus pesares, entonces sí sollozaba, arrojándose al pie de sus santos patrones, rogándoles intercediesen por que aquella crisis de su madre no se prolongase tanto.

Don Ildefonso no se había aparecido más por la casa, pues sufría de una inflamación de la cara, resultado de las caricias de su buena amiga la Marquesa, quien diariamente mandaba una criada á informarse de su interesante salud, acompañándole

algunos regalitos mongiles, atoles de almendras y leche, biscochuelos y otras chucherías que el enfermo compartía con su ama de llaves.

El muy astuto *cultivaba* su dolencia, esperando que mientras más durase mayor sería la recompensa.

Al cabo de ocho á diez días, asomó por fin la nariz nuestro héroe; y decimos la nariz sin emplear falsa figura retórica, por que efectivamente, de la cara no se le veía más que ella, por tener el resto todo entrapajado y lleno de emplastos; lo que, como se supondrá, era una farsa, porque en realidad ya estaba enteramente curado.

Doña Manuela al verlo tan *cariacontecido*, no se dió sin embargo por entendida y se contentó con decirle:

—Echemos un velo al pasado, como diría Trascíbulo, y *sentate* en ese taburete.

El Escribano, llevándose una mano á la quijada, obedeció y dijo: Soy suyo, señora.

—Vamos á ver, continuó la Marquesa: ya sabes que te aprecio, y buenas pruebas tienes de ello, pues te he tratado como de la familia. Sé franco y no andes con requilorios conmigo. Tú amas á mi nieta....

—Señora, ¡amar yo á Luisita!

Yo, vil gusano, atreverme á tanto sin consentimiento de Ud?

—Pero, pedazo de atún, ¿quién te dice que es sin mi consentimiento? ¿ó quieres que te la lleve yo

misma á la casa y te ruegue que tengas la bondad de ser mi yerno?

—Ud. conoce mi cortedad y mis inclinaciones á la santa vida del celibato; aunque yo siempre he dicho que estaré á lo que Dios disponga. Comprendo, sin embargo venerable señora, que el amor á las cosas eternas no borra en los hombres el de las temporales, por más perfecto que uno sea, y yo me confieso un pecador. Señora de Villacreces, si este humilde siervo puede servir de algo, si mi insignificante persona puede contribuir á salvar á Luisa del abismo de perdición á donde camina, aquí me tiene. Por UU., no digo mis inclinaciones, la vida misma sacrificaría.

La anciana, medio mosqueada, observó:

—¡Conque me haces el favor de casarte con María Luisa! ¡Y te sacrificarías por ella y por mí!

Pedazo de animal, ¿no comprendes que mi nieta es *bocato di cardinali*, golosina de rechupete, cosa de hacerse agua la boca y relamerse los labios, duraznito prisco, caramelito con canela, que requiere buenas muelas....

—Señora, yo las tenía excelentes y enteras, pero....

—Bueno, bueno, no hablemos de eso. ¿Te casas ó no te casas?

—Si contase con su auxilio....

—Por de contado, hombre, por de contado.

Entonces el santurrón, que con tanta astucia había ganado esta campaña campal se deshizo en

labias y lágrimas y besó la mano de su protectora, á quien dió todos los epítetos: su señora, su amiga, su madre, en fin.

La vieja, al oír esto último, hizo una mueca con las alas de la nariz, que indicaba algo de desprecio y cólera y exclamó:

—Bien sabe Dios cuanto me cuesta este sacrificio. Él que juzga el fondo de mi corazón, sabe que mis intenciones son santas y puras. Yo no puedo casar á mi hija con el descendiente de uno de los enemigos de su raza, que sería como entregar á una inocente paloma en las garras de los gavilanes.

Ildefonso, haz feliz á María.

Por toda contestación, Sangrefría repitió con el apóstol: *Qui matrimonio virginem jungi, bene facit.*

De ese modo quedó concluído el pacto, desarrollando en seguida el Escribano el plan que le pareció más á propósito que pudiera presentar la joven y que, como ya se supondrá, siendo ideado por aquel mal hombre, no podía menos de ser maquiavélico.

XXV.

POBRE GUATEMALA! PAÍS TAN PEQUEÑO Y TAN LLENO DE PASIONES.

Las circunstancias eran por demás favorables á los intentos de los confederados.

Reinaba el terror en la República, repitiéndose las escenas de los años de 29, 37 y 40, de acciones y de reacciones, de venganzas y de represalias ejecu-

tadas por los vencedores del día contra los opresores de la víspera, círculo dantesco al rededor de cuyo centro han girado los hombres de la Revolución y que tanta sangre, tantas fuerzas perdidas y tantas lágrimas han costado al país.

Los tertulios de la Marquesa, agrupados en la hora del común peligro, se atrincheraron en la alcoba, aterrorizados por las sombras de los espiones, que por entonces abundaban y de quienes se creían perseguidos.

Seres de otra época, vivían del pasado y de sus recuerdos, emitiendo juicios los más extravagantes sobre las cosas que habían visto y los hombres que habían conocido. Ellos eran el verbo de su partido; representaban la protesta apasionada contra la Revolución, protesta iracunda, ciega é implacable. Morazán sobre todo, era la víctima á quien sacrificaban noche á noche en aquellas orgías de la lengua.

—Morazán, Morazán, decía don Abundio ¿quién era Morazán? Un escribientillo de Comayagua, ascendido de la noche á la mañana, á Consejero y General.

—Y deje Ud. de eso, observaba Sangrefría. El señor don Manuel Montúfar dice en sus Memorias de Jalapa que en casa de un mi estimable colega de Honduras, en donde ese perdido servía como amanuense, dió desde su juventud muestras muy felices, aunque poco honrosas, de su habilidad de falsificar letras y firmas.

—Buen escribiente quizá lo fuera, articulaba don Trascíbulo, pero lo que es escritor *nego majoren.* Yo he visto cartas de su puño y letra muy mal redactadas y con errores ortográficos que dan grima. En cuanto á lo de orador, baste decir que tenía voz de marica.

—Y ¿qué clase de general es ese, agregaba don Abundio para reforzar sus argumentos, que cuando el sitio de Guatemala en el año de 29, no hizo más que cometer errores reiterados, que tanto he oído censurar en México, diseminando sus fuerzas en Mixco, Pinula y Aceituno?

—¡Oh! suspiraba el Escribano, yo he oído decir, por gente que lo entiende, que, así como en Mixco habría sido fácil batir en detal, á aquellos bandidos si Aycinena y los jefes de esta plaza hubiesen obrado con más actividad.

—Lástima que no lo hicieran, sollozaba la Marquesa. Jamás olvidaré los horrores del sitio. Faltaba agua en las pilas, pues habían roto las presas de Mixco y de Pinula. Las bombas que arrojaban desde el Cerrito del Carmen, San Francisco y el Colegio Tridentino, de que se habían apoderado, caían en la ciudad causando ruinas y estragos. Yo ví estallar varias de ellas y volar por los aires los brazos y las piernas de algunos pobres soldados. Los nuestros se defendían en la Plaza de Armas y en la iglesia Catedral, en cuya fachada posterior aun pueden verse las señales de las balas disparadas por los invasores.

—Por eso hizo bien Sotero Carrera, cuando en el año de 40 fusiló más de cien salvadoreños, frente á esa misma fachada; acción que uno de mis amigos llamó "cosecha de pícaros."

La Marquesa continuaba en sus lamentos:

—Durante tres días no se oyeron más que toques de clarines y tambores, fuegos de mosquetes, cañonazos, gritos é insultos entre sitiadores y sitiados. Nosotras estábamos refugiadas en el Convento de La Concepción, llorando y rezando mientras nuestros parientes peleaban en las calles y guatemaltecos y salvadoreños se degollaban sin piedad. ¡Horror, horror! ¡Malhaya sean la guerra y los pirujos!

Luisa, al oír tantos horrores, sentía escalofríos en la espina dorsal.

Y luego, las barbaridades de la ocupación, decían todos á la vez; agregando como correctivo: por fortuna que bien nos las pagaron en el año de 63.

—A mi casa la asaltaron, gritaba doña Manuela, robándose el dinero y las alahajas que habíamos enterrado, y cuyo escondite descubrió un criado infiel que estaba en el secreto

—Guanacos brutos, bramaba don Trascíbulo. Era la primera vez que veían el oro y no conociendo su valor andaban por las calles cambiándolo por plata á la par. A varios de ellos oí, siendo yo niño, dirigirse á una mi tía, con aquellas sus voces melosas y chillonas, diciéndole: Chapincita....cambeyeme esta amarilla por una blanca. Mi tía Eufrasia no quiso

hacerlo, pero la Letona y los Castillos sí, rescatando con pesos de la federación los patacones que nuestros padres habían adquirido con tanto trabajo en servicio del Rey.

La casa de Beltranena fué saqueada del todo, decía uno de tantos. Lo mismo que la de Montúfar agregaba otro.

—¡Ay! decía la Marquesa, pero la ingratitud más grande que cometieron, fué el asesinato de don Manuel Letona, en casa de Nájera. El buen señor se había quedado solo mientras la familia huyó. Los bandidos asaltaron la casa y le exigieron las llaves del establo, de donde extrajeron los caballos, y las de los armarios que él no tenía. Desarrajaron éstos, robándose todo lo que hallaron, y cuando concluyeron su obra, lo mataron. Todavía me acuerdo de haber visto las manchas de sangre en el suelo y un ladrillo roto y sumido por el golpe de la cabeza de la víctima al caer desplomada sobre él. Eso pasó en el cuarto de la entrada, que se halla á mano izquierda y que hoy ocupa José Víctor Zavala, que se casó después con la Lola.

Alguno que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, se atrevió á decir:

—Pero dicen que Morazán castigó todos esos crímenes y que él no tuvo parte de lo ocurrido sino los jefes subalternos, Raúl quizá....?

—¿Qué me dice Ud? ¿Acaso no se robó el reloj de Palacio?

—¿Y qué podría valer ese?—preguntó el otro.

—Bueno, que no valiera nada, que fuera una matraca vieja, pero era una reliquia venerada del tiempo de nuestros abuelos y hay quien asegura que la fabricó el mismo padre Padilla.

—Y luego, no me vengan á decir que el tal Morazán valía ni un pepino, decía doña Manuela. Jamás quizo hacerse gente. El año de 38, mis parientes olvidando antiguos rencores, lo rodearon, lo festejaron, le pusieron arcos á su venida del Salvador y le fingieron admiración por sus *chiripas* de Perulapán y de La Trinidad, y por último, le ofrecieron la Dictadura.

Luisa, que hasta entonces no había hablado dijo candorosamente:

—Pero mamá, eso prueba que nuestros parientes tenían poca vergüenza.

—Cállate tú ¿qué entiendes de política? fué la contestación.

Doña Manuela continuó:

—Fué entonces cuando conocí de cerca á Morazán, en el baile que le dieron en casa de Pedro Nolasco Arriaga, en cuya fiesta se hallaba toda la nobleza del país. A mí me habían mandado mis parientes que tratase de atraérmelo y que hiciese el sacrificio de hacer algunas coqueterías con él.

Luisa preguntó lánguidamente:

—¿Y qué tal era Morazán? ¿Algún indio feo, probablemente?

—No, le contestó la abuela, de cara no era feo. Dicen que sus abuelos eran italianos; algunos tiro-

leses, de seguro. Sus maneras eran insinuantes, aunque un poco afectadas. Conmigo se quizo dar aires y se hizo el desentendido.... Bruto.... No supo lo que se perdió.

Toda la noche estuvo platicando con Manuel Francisco Pavón, Pepe Aycinena y algunos otros amigos. A nadie invitó á bailar. ¡Y vaya que el guanaco aquel estaba galán!

A la mañana siguiente, los muchachos estaban insoportables, desengañados, furiosos. Decían que ese hombre había perdido la ocasión de poder llegar á ser algo y que se había negado rotundamente á proclamarse Dictador.

Bellaco, si él hubiera querido, mis parientes lo habrían proclamado Monarca: Francisco I, por la gracia de Dios, Rey de Centro-América y Fundador de la noble estirpe de los Morazanes.

—Pues hay que confesar, dijo con sorna el desconocido, que el hombre aquel no se dejaba clavar el diente, lo que me confirma que no era tan tonto como lo creían; al contrario, debe haber sido un lobo viejo.

La Marquesa estaba electrizada y pareciera como que tuviese placer en enconar sus llagas recordando las desgracias de sus parientes, sus prisiones, su expatriación, la expulsión del Arzobispo y la de los frailes, sorprendidos á media noche y conducidos en ancas de los caballos de algunos dragones hasta el puerto de Omoa.

—Pero no paró en eso la cosa, apuntó el Escribano, queriendo dar otro giro á la conversación. Y

entonces habló del famoso tribunal presidido por don Cayetano de la Cerda, verdadero cuestor de aquella época é investido con amplios poderes tribunicios.

¡Cuánto hablaron de la Cerda todos ellos! A unos les había embargado sus bienes, á otros los había arruinado rematándoles casas y fincas por nada y nada, y no contento con eso los había insultado, por que el hombre tenía un carácter grosero, según dice M. Montúfar en sus "Memorias."

—Y ese tránsfuga, ese la Cerda era pariente de Hernando, gritó la Marquesa.

—¿De quien, de Montemayor?

—Del mismo, de aquel mequetrefe y saltimbanquis, de aquel cualquiera, de aquel *naide* que Sangrefría nos hizo el favor de introducir en nuestra casa.

Al oír tan groseros insultos María Luisa, sintió un golpe eléctrico que no pasó desapercibido al Escribano, quien dijo:

—Entendámonos, señora Marquesa, yo llevé á ese joven al ingenio; pero traerlo á esta su casa.... líbreme Dios. Luisita podría imformar.

Al oír esta interpelación, sublevose el alma de la joven y poniéndose encendida como una amapola, contestó:

—Pues bien, yo lo invité á que nos visitara; yo le rogué que frecuentase mi casa; yo he pasado muy agradables horas á su lado, porque él me ha abierto los ojos sobre cosas que yo no sabía, me ha ense-

ñado á amar la Naturaleza; jamás le oí murmurar ni maldecir, ni hablar mal de nadie; al contrario, siguiendo los principios cristianos, siempre oí palabras de compasión en sus labios para los que sufren y aún para los seres perversos, desde la araña hasta los calumniadores.

Aquí se ha dicho que aquel joven ha denunciado alguno de nuestros bienes á la Consolidación por hacernos mal, y mi conciencia me dice que esa es una calumnia, y ella misma me hace adivinar quién es el infame autor de esa deslealtad para familia.

El Escribano, al oír aquellas palabras y sentir la mirada de la joven que lo buscaba, se puso pálido y se mordió sus delgados labios.

—Y sobre todo, Ud. ¡Sangrefría, Ud. que se dice su amigo, que lo sigue á todas partes, que le debe el no estar á estas horas en una prisión, ¿por qué no lo defiende? ¿será talvez porque Ud. no es un hombre honrado?

Todos quedaron atónitos al oír aquella repentina salida de la joven. Nadie habría esperado ver á la ex-novicia en la palestra en pugna con sus parientes por un desconocido y casi extraño, como para ellos era el Ingeniero.

La Marquesa no pudo contenerse. Quizo lanzarse sobre su nieta para anonadarla. Por fortuna Sangrefría sirvió á la joven de parapeto y los demás sujetaron á su amiga y le fueron á la mano, aunque no lograron hacerla callar.

—Pues sabe tú, muñeca, gritaba la Villacreces, que el tal Hernando no vuelve á poner los pies en

esta casa, y que si lo intenta, le hecho los perros y lo mando sacar á chicotazos. ¡Buena pieza la que se nos había metido! ¿Y no saben UU?.... Pues el corderito aquel es un expurio, un jugador, un borracho.

Es un hijo de p...., y dijo la palabra.

Es un pirujo. Su padre está excomulgado por haber comprado bienes de la Iglesia.

Y no digo más por respeto á los presentes, agregó la furia, dejándose caer en uno de los sillones, víctima de unos ataques convulsivos que tan frecuentes venían siendo en los últimos tiempos.

Sangrefría dijo al oído de la doncella: Cuente conmigo, Luisita. Ya sabe que soy su siervo.

Esta lo miró con desprecio, diciendo: me basto á mí misma.

Don Abundio se lamentó de escena tan desagradable, que verdaderamente habría querido no presenciar.

Don Trascíbulo, siempre en calma, siguiendo el precepto de *nihil admirare*, se contentó con decir: se necesita que nuestra amiga esté verdaderamente enferma para que haya pronunciado palabras tan poco cultas, que no se usaban desde los tiempos de Cervantes, en que no existía la Academia.

El desconocido, dijo suspirando: ¡Pobre Guatemala! País tan pequeño y tan lleno de pasiones!

¡Oh maldecida revolución, que divides al hermano del hermano, á los hijos de los padres, á la abuela de la nieta!

Don Abundio, que alcanzó á oír estas palabras, afirmó, que lo mismo sucedía en México y en todas partes.

XXVII.

UNA DE DOS: Ó SANGREFRÍA, Ó TE DESHEREDO Y TE M....

El proyecto casi había fracasado por la precipitación de doña Manuela, lo que don Ildefonso le hizo comprender respetuosamente.

El se proponía ir destilando poco á poco en el oído de la joven el veneno que según sus cálculos la debía curar de su pasión por Hernando. Como se sabe, hay ciertos tóxicos que sirven en medicina de remedios, pero que hay que saber aplicar, so pena de producir el efecto contrario. El Escribano se creía también doctor en afecciones del alma y daba consejos de prudencia á su futura suegra, para el porvenir.

—Tienes razón, hombre; le contestaba ésta. Confieso que me excedí; pero ¿qué quieres? Yo soy fuego y luego. Lo que se ha de hacer tarde que se hage temprano. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy; me aconsejaba mi abuela: agregando quien madrugó, un talego se halló.

Además: siento que esa piruja de mi nieta me está matando (adviértase, que la palabra pirujo en boca de la Marquesa, era el mayor insulto de su repertorio).

Ya verás, ya verás, le decía. Hasta ahora, he empleado los medios suaves, pero es preciso recurrir á los extremos.

A lo que el Escribano contestaba:

—Ud. sabe bien lo que se hace, mi digna señora doña Manuela; pero yo en su caso, en lugar de escenas como la de anoche y de regaños y golpes, que mi corazón sensible no podría soportar dado el amor que profeso á Luisita, emplearía otros más suaves y no por eso de menos seguros resultados.

—¿Y cuáles serían esos, por ejemplo?

—Pues hablarle de intereses terrenales. Decirle que Ud. no podría consentir jamás en que su herencia pasase á manos de un hijo del enemigo de su familia y que, en caso de que ella insistiera en ese desgraciado amor, se vería en la dura necesidad de desheredarla y dejarla en la calle.

—Pero eso no se puede, hombre. ¿No ves que soy su abuela? ¿Y qué abuela podría, á no ser una fiera, hacer semejante cosa? Lo que yo quiero es el bien de esa muchacha, no su ruina. Eres un tonto, Ildefonso.

—Deseo que la señora Marquesa se empape bien en mi proyecto. En primer lugar, eso sería no más que una amenaza, nada más que una amenaza, á la cual creo que Luisita cedería, porque ¿quién no cede ante el dinero?

Mas demos por supuesto que ella resistiese por uno de esos caprichos tan naturales á su edad y del carácter de la niña, tan agriado en estos últimos tiempos; entonces sería fácil el hacer un documento en que se hiciese donación de esos bienes. Todo de pura fórmula, por supuesto. Yo me encargaría de ello, y sino, ahí está don Norberto, mi amigo, que es del oficio y entiende bien la materia.

La anciana, que en ese instante atravesaba por un estado semi-lúcido, observó: que aunque fuera de pura fórmula, sus parientes la acusarían de inhumana al preferir un extraño ó un pariente lejano á su propia nieta.

—Y tendrían razón, señora; pero Ud. sabe, que los que ejercemos honradamente nuestra profesión, tenemos salida para todo en provecho de los clientes que nos confían sus haberes.

En el caso presente, para salvar toda apariencia de pasión ó poco amor contra nuestra querida niña, podría hacerse la donación á una persona cristiana con el encargo de que cuando caigan los pirujos y se restablezcan las antiguas leyes, pasen esos bienes á la Iglesia si nuestra Luisita se aferrara en su locura. De manera que el tal individuo no fuese más que un simple depositario.

—Quizá tengas razón, muchacho, y ya veo que no eres tan animal como pareces.

El Escribano se sonrojó con aquellas galanterías, pues nunca había estado la Marquesa tan amable con él.

—En fin, consultaré, reflexionaré. Me quitas un gran peso del alma.

—Consultar con algún profano, quizá no convendría. Acuérdese Ud. de los tiempos que corremos. No hay que fiarse de nadie, de nadie. La prudencia aconseja no hablar y la suprema perfección consiste en desprenderse de todo, no amar á nadie y menos á los enemigos de nuestra causa ó que á ella se dirijan por las vías extraviadas del demonio.

La Marquesa se le quedó viendo y se dijo entre sí: ¡si será este bruto un filósofo!

Esa conversación calmó un poco á la anciana. Don Abundio, que efectivamente era un buen amigo de la casa, le hizo algunas reflexiones muy serias y juiciosas sobre la conducta que debía seguir con Luisa, delicada de salud pero imperiosa de carácter. El opinaba que la dulzura y las buenas maneras sentarían mejor que los rigores, pues temía que exagerando éstos, era fácil malear el espíritu de la joven.

Doña Manuela se encerraba en una reserva impenetrable, pero como tenía confianza con su pariente, á quien en sus ratos de buen humor le gustaba dar *timbola*, le dijo: ¿qué hicieras tú, estando en México y en mi lugar, amigo Abundio?

—No andemos con bromitas, Marquesa, respondió muy serio. En México, y con el apoyo de mis amigos, fusilaríamos al Escribano y desterraríamos á Montemayor.

Así como Platón opinaba que había que desterrar á los poetas de la república, yo creo que hay que hacer lo mismo con los ingenieros.

—Distingo, dijo el académico, que llegaba á ese tiempo, siempre tan grave: destierre Ud., enhorabuena, á los románticos, á los parnasianos y á los pesimistas, pero conserve en la república de las letras á los gramáticos y á los poetas clásicos. Acuérdese Ud., dijo tosiendo, que en la economía de la lengua estamos encargados del aseo y de

espantar los malos bichos que pudieran corroerla. Polillas de bibliotecas, nos llaman algunos, por envidia, annque eso no se nos da caso. Nuestra misión es muy augusta, señores; dijo, creyendo hablar en la Academia. Desempeñamos el noble ministerio de limpiar la lengua y darle esplendor.

Cuando yo estuve en España, uno de mis amigos, Cheste, si mal no recuerdo, propuso que usáramos como insignias, un plumero y un bruñidor. He dicho.

Y para no chocar enteramente con su correligionario, le concedió el expulsar á los ingenieros, aunque intercedió por nuestro joven, por creer que iba en vías de convertirlo á su escuela.

Pero la lucha suprema se acercaba. Había que resolver aquella cuestión que tan agitada traía á la abuela y tan desmejorada á la nieta, por más que ésta lo ocultase y no hubiese dicho en los últimos días una sola palabra ni dádose por entendida de lo pasado.

Una mañana en que María Luisa se encontraba en su cuartito, á donde rara vez solía entrar la abuela, sintió que ésta empujaba la mampara y la vió aparecer en el dintel.

Su primera impresión fué como si tuviese á su vista á Medea amenazante.

Pero luego volvió en sí, conoció á su madre, comprendió que algo grave le amenazaba y que quizá en aquel momento iba á resolverse el problema de su vida.

La Marquesa echó el pasador de la alcoba y fué á sentarse en una silla.

Luisa no tuvo miedo. Saludó naturalmente á su mama-abuela, puso colorete en sus mejillas para poder ocultar mejor su emoción, arregló sus cabellos, olió unos nardos como para perfumarse el alma y fué á dar en la mano de su madre el beso acostumbrado.

Vestía Luisa una matinée-crema de surá.

El cuarto olía al agua perfumada de tocador, con la que acababa de lavarse, y por el aire revoloteaban los invisibles átomos sólidos ó corpusculares de Ihlang-Ihlang y de los lirios. La joven estaba interesantísima con su rostro pálido y sus ojos lánguidos, de los que acababan de evaporarse furtivas lágrimas de ternura y de dolor.

—¿Qué milagro es ese que mi mama-abuela aparezca tan temprano por este rincón?

Ella le dijo:

—Ese olor de flores y esencias, me hace mal. Ya siento que me duele la cabeza. Ven á mi cuarto que quiero hablarte. Pero no, dijo en seguida, quedémonos aquí. Deseo estar sola contigo y hablarte de una cosa enteresante. Siéntate.

Luisa se sentó, dejando asomar la punta de unos chapines pequeñuelos color de café con leche y adornados de oro mate. Estaba tranquila, casi sonriente. La madre, por el contrario, se hallaba fatigada.

—Luisa, le dijo ésta al fin: sabes lo que te quiero y no ignoras las penas que me cuestas. No voy á

echarte en cara lo que por tí he hecho, ni mis desvelos en tu infancia, ni lo que en los últimos tiempos me he reprimido, viendo el mal camino que llevas.

—Mamá!....

—No me interrumpas. Yo me voy á morir ya. Si eres agradecida, me debes, por lo menos, el consuelo de no amargarme mis últimos días y la dicha de irme al otro mundo, dejándote ya establecida. Supongo que no pensarás más en ese joven. Tu casamiento con él es imposible.

—Madre mía, dijo Luisa firmemente: Ud. en la casa y las Madres en el convento, me enseñaron á no mentir. No sé cómo ha llegado á descubrir Ud. el amor que profeso á Hernando, aunque de mis labios no haya salido confesión alguna; y puesto que ha llegado este caso, que no esperaba, cumpliendo con mis deberes de cristiana, que me imponen decir la verdad, y respondiendo á los dictados de mi corazón, debo decirle: amo á Hernando.

—Lo amabas, dirás, porque después de lo que has oído, de conocer quiénes son sus padres y sus parientes, quién es él, se me figura que habrás cambiado de opinión, y á no ser tu corazón muy perverso, te habrás avergonzado también de haberte fijado en un hombre que tan poco te merece.

—Nunca estuve más firme que hoy. En cuanto á lo que he oído sobre los excesos de los amigos del padre de Hernando, soy bastante joven, y Ud. una vez me dijo que no entiendo de política: por lo tanto suspendo mi juicio. Además, mi religión me enseña

á perdonar las ofensas de mis enemigos, y no sé por qué los hijos debamos heredar los odios de nuestros padres.

Respecto á la denuncia de nuestros bienes hecha por Hernando, es una mentira. El se encuentra ausente de la capital hace varios meses y es bastante noble para cometer una acción semejante. Que sea vicioso, hipócrita, inmoral: vanas calumnias. Sangrefría es el autor de tantas infamias; el corazón me lo dice. Y luego, madre, aunque Montemayor fuera todo eso, es joven, me ama, yo lo amo, de suerte que sería para él no sólo la esposa sino su libertadora del mal. San Luis me lo ha dicho en sueños. Debo casarme con Hernando.

—Hija, en sueños no hay que creer; ya has oído lo que dice Abundio sobre el particular.

Y por último, soy tu madre, tengo el derecho sobre tí, que me dan Dios y la ley, en cuyos santos nombres te mando que olvides á ese joven y te cases con Ildefonso Sangrefría.

—Pues yo, dijo la joven poniéndose en pie, nunca más suplicante, pero tampoco más resuelta: en nombre de la Naturaleza, en nombre de mi madre que nos oye desde el Cielo, en nombre de lo más santo que haya, le ruego que no insista en una cosa en que me es imposible obedecerla.

Ese hombre me causa horror. Yo que nunca había tenido malos sueños, me he visto perseguida, hace algún tiempo, por una figura extraña que no me deja dormir.

Hasta hace poco no me había podido explicar quién fuese aquel ser horrendo, causa de mis desvelos, hasta la otra noche en que fuí al teatro con mis primas á oír la ópera de Fausto. Ya le habrán contado que grité y estuve para salir huyendo al ver al acompañante de aquél. Era el mismo Sangrefría, tal cual me asedia y me persigue. Anita mi prima, me dijo que no fuera inocente, que aquel era un Mefistófeles de mentira.

Pero no, madre mía, era don Ildefonso, era Sangrefría en cuerpo y alma.

A la Marquesa le picaba el cuerpo y sentía desvanecimientos por las esencias que respiraba. Una cólera sorda le mordía las entrañas. Hay que hacerle la justicia de que nunca estuvo más heroica que entonces, pues apenas se inmutó y con relativa calma, dijo á su nieta:

—Basta de niñadas y tonterías, que ya estás grande para jugar á los muñecos. Bastante gusto te he dado en tu niñez accediendo á todos los caprichos. La que pasa es que te ha entrado el insensato deseo de jugar con un muñeco de carne, vestido á la inglesa, de ojos negros y barbi-poniente y que ofuscada por el nuevo capricho, desprecias mi elección. Una de dos: ó Sangrefría, ó te desheredo y te m....

—¡Madre mía! gritó la joven amedrentada, lanzándose sobre la anciana y tapándole la boca para que no acabase de pronunciar la horrenda palabra ....¡Piedad!

—Pues bien, retiro la palabra, pero confirmo lo de la herencia. Y sacando un rollo de entre del talle, lo blandió en el aire, diciendo: aquí está mi última disposición en que con instrucciones particulares, hago legatario á Sangrefría de todos mis caudales, si tú insistes en la locura de no aceptar al marido que te propongo.

Piénsalo bien, le dijo, dejando sumida á Luisa en lágrimas y en el dolor.

XXVIII

LA MUERTE DE LA MARQUESA

Aquella larga y penosa entrevista hizo mal á la anciana, no acostumbrada á reprimir sus impresiones. Era uno de esos seres que en el fondo no son malos, sino exagerados. Tenía la costumbre de gritar sus cóleras, de esfogarse y desahogarse en lágrimas, en estirones de patas ó de gritos. Si á esa hora hallaba cerca de sí una persona á quien arañar, mejor; al siguiente día le pedía mil perdones siendo capaz entonces de hacer cualquier sacrificio por su víctima.

Pero aquella vez, la única en su vida, se salió de sus costumbres, lo que le costó bien caro. A la pobre señora Chepita, á quien encontró á la mano, le dió dos buenas bofetadas porque no le había servido la leche que á esa hora acostumbraba tomar.

—Pero si su *mercé* ya la bebió, dijo la criada sollozando.

—Pues denme agua de tila ú otra cosa que me saque el viento. Mi cabeza suena como un reloj. Algo se me ha reventado en el estómago. Amárrenme la cabeza y denme unas friegas de agua florida en los sentidos.

Luisa, al oir los gritos y exclamaciones, salió de su cuarto y estaba verdaderamente asustada, por más que conociera tanto á su abuela.

Buuuk, buuuk, hacía, arrojando viento por la boca. Esa agüita de anís que me dieron me ha aliviado.

Pero no es bastante, quisiera una cosa más sólida y fundamental. Me duele el vientre. Demen agua de *pericón*.... ¡ajá! eso está mejor.... oigan cómo me hacen las tripas.

—Pues señora, hágalo sin miedo, que talvez eso le proporcione alivio.

Luisa, que vió que la cosa estaba seria, se salió del cuarto para que llamasen al médico.

Las monjas se hallaban en un rincón de la alcoba, asustadas y tronándose las manos; mas al oír los efectos de la bebida, dijo la madre Presentación: gracias á Dios que al fin *estornuda* Mariamanuela! Así llamaba ella á aquellos ruidos.

La anciana seguía quejándose de la cabeza, de la luz que la ofendía y del estómago que le llamaba á bascas. Tenía los ojos saltones y fija la mirada.

Fué aquel un estado verdaderamente angustioso.

Por fortuna, al cabo de media hora acudió el doctor, antiguo médico de la casa, quien conocía los flatos de doña Manuela por lo que entró gritando y regañando á su desagradable cliente. Era su modo de curar de espanto á las histéricas.

Pero era aquel un excelente clínico y comprendió que esta vez la cosa sí era séria, pues la anciana estaba atacada de una fiebre cerebral.

Recetó y tuvo cuidado de reservarse le pronóstico, aunque dijo que siempre era prudente que la señora arreglase sus asuntos materiales y espirituales, por lo que pudiera suceder.

Luisa estaba muy angustiada, echándose en silencio la culpa de las escenas que presenciaba. Hasta tuvo intenciones de arrojarse á los piés de su madre, pedirle perdón y manifestarle que estaba dispuesta al sacrificio. Mas se lo impidieron los parientes que ya rodeaban aquella cabecera mortuoria, pues viendo á la joven casi loca se la llevaron para evitar á élla y á la moribunda una emoción que podría serles fatal.

Dª Manuela fué gravándose más y más. Alguien le habló de hacer testamento, mas ella dijo que Sangrefría estaba enterado de todo. Llamó á su nieta y le encargó terminantemente que mandase á decir cinco mil misas en el altar de las Animas, por el descanso de su alma. A media noche le entró el delirio que duró seis días, durante los cuales no conoció á nadie, y al fin entregó su alma á Dios, aquel ser, en medio de sus parientes, amigos y criados que la lloraron sinceramente.

Una mano piadosa le cerró los párpados para que pudiera abrirlos en el otro mundo y tener la visión repentina de sus esplendores. Se le vistió de monja carmelita y se le tendió en el suelo en signo de humildad, y cuando se hubieron encendido los cirios fúnebres y el sacerdote estuvo listo para lanzarle los hisopazos de ordenanza todos cayeron de rodillas al rededor del cadáver y entonaron con el alma esta plegaria: "Dios la haya perdonado."

Así murió doña Manuela de Villacreces extinguiéndose con ella en Guatemala la noble familia que había sido durante la colonia uno de los ornamentos de nuestra sociedad.

Luisa estaba inconsolable y descoyuntada pues mientras duró la enfermedad de su madre no se separó ni un momento de su lado.

Ahora sí que era huérfana del todo. Quedaba en manos de un tutor á quien odiaba, y rodeada de seres decrépitos que no podían consolarla.

¡Cuanta falta le hizo Hernando en aquellos días!

Le escríbió dándole parte de lo ocurrido; es decir, de la enfermedad y de la muerte de su abuela, ocultándole todo lo que respecto á él había pasado en los días que precedieron á la catástrofe. El joven se apresuró á llegar á la capital y se dirigió en seguida á casa de Luisa en donde fué recibido en presencia de los parientes.

La primera entrevista fué sombría y silenciosa.

¡Cuán desmejorada halló á la pobre niña, él, que hacía apenas tres meses la había dejado llena de

vida, esperanzas y colores. Así son esas naturalezas nerviosas: el más ligero soplo las marchita!

A su vestido de riguroso luto había agregado la joven unas tocas blancas que hacían resaltar el color de cera de sus mejillas y los carbunclos de sus ojos cuajados de lágrimas: la primera impresión que tuvo el joven fué la de tener á la misma Santa Teresa de Jesús al despertar de uno de esos éstasis.

En los primeros días casi no se hablaron. Ella estaba como reconcentrada en un pensamiento que se conocía que le causaba daño. Cayó de nuevo en sus exageraciones de mistisismo, ayunó con más frecuencia y ¡quién sabe si maceró sus delicadas carnes!

El novio la atraía y al mismo tiempo le causaba cierta especie de horror.

¿Será cierto,? se preguntaba, mirándole largo rato pensativa.

El era cada día más natural, más sencillo y más amable, dejando á descubierto su alma transparente. De la muerta hablaban poco, por que la señora no había sido agradable á Hernando en vida, y aun maliciaba que le fué hóstil.

Sufría sinembargo, resignado los interminables elogios que de ella hacían las monjas y las sirvientes, testigos obligados de sus visitas.

La madre Presentación, que era una viejecita que parecía haber vuelto á la primera edad se había hecho su amiga y lo divertía con sus candideces, sobre todo cuando en sus ratos de erudición se

se ponía á hablarle en el latín macarrónico que aprendiera en el convento; pero la cosa no pasaba siempre tan sencillamente.

Una vez le hizo esta pregunta: niño Hernando ¿en qué se distingue el toro de la tora?

Por fortuna don Abundio que estaba presente sacó al joven del apuro, pues dijo seriamente: madre, en que Ud. es una pastora.

XXIX

¡AY DE TÍ, MONTEMAYOR!

Un año pasó de aquella manera. Hernando fué oficialmente reconocido sin encontrar séria oposición por parte de los parientes como novio de Luisa.

En sus conciliábulos, aquellos se decían: no podemos afirmar que nuestra parienta haga un mal casamiento. Hernando es joven, no es feo, sabe, es rico, parece honrado, no se le encuentra en hoteles, cantinas ni restaurantes, nunca se le ha visto ébrio, no juega, es trabajador, dicen algunos que pertenece á famila distinguida.

—¡Lástima que sea pirujo!

—¡E Ingeniero!

—Y qué estropée el idioma!

—Y que no me haya podido contestar mi preguntita.

Los amores de los jóvenes, no perturbados por esos ligeros antagonismos, eran de esos que se

llaman solitarios, y cultivados á media luz y sin armonías, pues las ventanas de la sala no habían vuelto á abrirse hacía un año y el piano estaba mudo desde entonces. Ellos no se habían visto juntos nunca en una fiesta mundana; así es que hasta entonces no habían bailado uno con otro, y Hernando, que en el fondo era un artista, tenía la curiosidad de ver, cuál sería el efecto que producirían las luces de las bugías sobre la frente de aquella virgen á quien tanto amaba. Además, tenía el ardiente deseo de enlazarle el talle con su brazo respetuoso, acercar el pecho de la adorada niña al de él, para confundir sus palpitaciones, y en la embriaguez del vals, aspirar su aliento de lirios para sentir el supremo deliquio de un amor virginal.

Hernando ya conocía la casa, es decir, la sala, el comedor, los jardines, la huerta, el oratorio. Además de la madre Presentación tenía otro amigo en ella, y era el gato de una de las monjas que de los brazos de su dueña saltaba á los muslos de Hernando, esponjando la cola, arqueando el espinazo y restregando su piel sedosa bajo la mano de su amigo desconocido. Las sirvientas lo observaban.

Una cosa había, que al joven le pasaba apenas, y que era para él un verdadero enigma. La niña entusiasta y parlanchina que había sido Luisa en el bosque, volvió á tomar su aspecto de novicia. Era fría en su trato, y él se confesaba que no le habrían caído mal, más entusiasmo y mayor fuego en sus expresiones. La disculpaba sinembargo,

por la presencia obligada de aquellos testigos, que ya la iban cargando.

Lo que sí le daba tristeza era la aridez de las cartas que en algunas ausencias obligadas recibía de ella. Las encabezaba siempre la joven con el nombre de "Hernando" sin adjetivo de ninguna especie, de los que tanto gustan los enamorados y en los cuales son tan duchas y graciosas las muchachas que quieren bien. Lo mismo sucedía con los finales. Una vez que vió escrito en una de ellas: "Tuya—Luisa," besó una y mil veces la carta.

Y nada se diga del contenido, escrito en estilo seco, pero eso sí, con buena letra y sin grandes faltas ortográficas. Se conocía que la joven se cuidaba más de la gramática que de la expresión. Y él, que en el fondo era tan cariñoso y que poseía un estilo sencillo pero apasionado y que estaba ansioso de sentirse amado, recibía aquellas misivas como puñados de granizos que se le arrojasen á su corazón ardiente.

Amaba aquellas cartas y las conservaba en un joyel, porque eran de ella; pero no le satisfacían ni encontraba placer en releerlas. Tenían aquellos pliegos la fragancia de la mano de la dueña que sobre ellos se había posado, pero las frases eran inodoras é insípidas. Muchas veces pensó que el espíritu de la abuela había pasado por ellas arrebatándoles sus perfumes, y que por eso le llegaban ya marchitas.

Y como quisiera explicarse aquello, no atribuyéndolo á su verdadera causa, decía que era efecto de la falta de costumbre de escribir de Luisa. ¡Cómo si las jóvenes que aman, no naciesen verdaderamente maestras en el arte delicado de las esquelas amatorias!

Un confidente íntimo que tenía Hernando, á quien un día enseñó una de ellas, no pudo menos de decirle: ¡Pero si eso es hielo á 20° bajo cero! Esa joven, ó no ama, ó tiene miedo ó vergüenza de escribirte.

Le enseñó en seguida algunas de su novia, ¡cuán distintas!, llenas de fuego y de frases cariñosas. Había en ellas, es cierto, ménos corrección gramatical y aún algunos garrapatones ortográficos, pero con todo eso, revelaban un amor tierno y confiado. Al Ingeniero le hicieron gracia ciertos diminutivos y apelativos que á los viejos biliosos y desengañados, á los académicos y á la gente séria, podrán parecerles vulgares y aún ridículos, pero que los enamorados léen con más gusto que la misma Ilíada ó los sonetos de Petrarca, en viniendo de manos de su amada.

¡Fué la única vez que Hernando tuvo envidia en su vida! y estuvo á punto de romper con su novia de quien se creyó no comprendido.

El Escribano que no se daba por derrotado conti nuaba representando su doble papel con ingeniosa sutileza.

A su *amigo* lo felicitaba muy cordialmente por su elección. Es un botoncito de rosa, decía, un alfeñiquito que está diciendo: cómeme; un angelito bajado del cielo y que por ahora ha plegado sus alas y cambiado sus vestidos de armiño por un manto de luto; en fin, una verdadera ganga.

—Sólo que, decía el hombre, suspirando, hay cosas que Ud. no sabe y que la amistad que le profeso me pone en el caso de revelárselas. La madre de Luisa murió al nacer la niña, no por efecto del alumbramiento sinó por una tisis galopante que se le desarrolló durante la gestación, y que fué la causa verdadera de la muerte de la angélica Marta. Ud. no ignora, mi querido Hernando, que esa enfermedad es hereditaria.

El padre que parecía y pasaba por un bendito era todo un calaverón, cosa que me consta, pues muchas veces me obligó á que fuésemos á echar juntos una *cana al aire*, costeando yo el gasto, por supuesto. El pobre Pepe fué una víctima del mal genio de la marquesa, quien lo tuvo siempre sujeto bajo la chancleta, aún después de la muerte de su esposa. Como era un babieca y pobre de solemnidad' hacía el papel de pupilo acerca de la suegra, que lo sometió en vida al régimen de *pan y agua*. En una de tantas correrías adquirió no sé qué clase de enfermedad que lo dejó gangoso para toda la vida, pues le costó la campanilla.

Ya sabe Ud., mi joven amigo, que esa terrible dolencia también se hereda.

Excusado es decir que, todo esto de la enfermedad, era una infame calumnia de Sangrefría.

—Verdad es, continuó el hombre odioso, que Alvarado (era el apellido del padre de Luisa) no murió de aquel mal, pero también es falso que haya muerto del cólera mórbus. Lo que lo mató fué una cólera que le dió doña Manuela. Dé, pues, gracias á Dios de verse Ud. libre de semejante suerte. Aquella señora lo odiaba á Ud. mi amigo, lo despreciaba, lo acusaba de ser pirujo, decía que su padre era un bandido y su madre una mala mujer.

—¡Oh! calle Ud. por Dios, mal hombre, ó no respondo de mi! exclamó Hernando iracundo.

—Pues es preciso que me escuche, porque, para verdades, los amigos. No contenta la marquesa con todo aquello, hizo llevar en los últimos días á la pobre muchacha una vida de todos los demonios. Le pegó, la estrujó, la maldijo....., todo por haberlo defendido á Ud.

—¿Pero ella no creía, no es verdad, esas infamias?

—¡Qué iba á creerlas, hombre si allí estaba yo para desengañarla!

Pero no es eso todo; ¿sabe Ud. qué hizo por último aquella señora? Pues desheredó á Luisa, la dejó en la calle y le prohibió que hiciera uso de su nombre.

Entonces en el alma de Hernando se despertó un sentimiento en que había mezcla de todo: de gratitud, de admiración, de ternura, de profundo afecto por aquella mujer adorable.

Se había quedado en la calle por él, lo había defendido, había sufrido cruelmente insultos, golpes y amenazas por su causa, y no le había dicho una sola palabra.

¡ Y él que creía que ella no lo amaba ya!

—Pues bien, dijo al Escribano, lo que Ud. me ha dicho en vez de enfriar aviva mi pasión. Yo seré el esclavo de esa niña, iré á arrojarme á sus plantas, á besarle las manos, á pagarle con lágrimas sus sacrificios, á adorarla, á poner mis riquezas á su disposición, á ofrecerle un hogar lleno de felicidades y una vida á ella sola consagrada que la compense y la haga olvidar lo que por mí ha sufrido.

Venga Sangrefría, acompáñeme. Ud. es tutor de Luisa; pues bien, le pido formalmente su mano. Ud. será nuestro padre y consejero. Le debo á Ud. mi felicidad.

Yo me llevaré á Europa á mi pobre ser adorado. Buscaré los mejores médicos para consultarles sobre esas terribles cosas de que Ud. me ha hablado. Si es preciso hacerle la trasfusión de nueva sangre, aquí está la mía llena de hierro y de oxígeno. De la mezcla de esos dos líquidos surgirá la salud de Luisa. Le infundiré con mis besos el aliento de mi alma y en el calor de mi pecho hallará el fuego que le falta. Gracias Sangrefría, gracias.

—¡Pues me he lucido! dijo éste hablando consigo mismo. Y dirigiéndose á Hernando: nada de aspavientos ni exageraciones, por Dios, amigo mío.

Ud. conoce la salud delicada de esa niña y una impresión de tal clase le haría mal.

En el presente caso, callar es amar.

¿Quiere Ud. la mano de Luisa? Pues concedida. ¿Necesita de mi apoyo y mis consejos? Soy todo suyo. Conque, arreglados; pero paciencia, calma, cabeza de chorlito, le dijo á su amigo, dándole golpecillos en el hombro. Y alargando la mano huesuda en despedida: adiós, amigo; adiós, mi querido Hernando: y se marchó furioso, diciendo:

¡Maldito! Ya me las pagarás.

De todos modos, la herencia es mía.

Pero ¡ay de tí! que no sólo ésta te faltará, sinó también la dicha. ¡Bueno soy yo para que me birlen á la niña impunemente! Y haciendo un signo de amenaza con la mano, entre la sombra, bramó: nos veremos Montemayor, nos veremos, y bien pronto, en tu mismo lecho de boda.

XXX

PREPARATIVOS DE BODA

La de Hernando Montemayor con Luisa de Alvarado y Villacreces hizo época en los anales de la sociedad de Guatemala, en donde el joven había adquirido envidiable notoriedad por sus relevantes prendas. La novia atraía la atención por su belleza, sus virtudes y aún á causa misma de los sufrimientos de que había sido víctima, y que no se sabe cómo se habían traslucido al público.

Los más exigentes entre las personas sensatas nada tenían que tachar á aquellos dos jóvenes venturosos. Reunían ambos, juventud, belleza, bienes de fortuna. El era un hombre de talento; ella un modelo de virtud: el porvenir les sonreía.

Luisa deseó que la boda se celebrase en la antigua casa de sns padres, aunque Hernando había preparado su nido aparte, con el gusto en que era maestro.

Predominaba en aquel tiempo la moda de las japonerías á cuyos bibelots se había aficionado nuestro joven, en el Museo etnológico de Berlín, que posée especímens admirables de aquel arte oriental. Era así mismo goloso, si así se puede decir, por los objetos de porcelana de la gran fábrica de Dresde, que tiene el secreto de las filigranas del kaolin y de los esmaltes más delicados.

En aquella hora de su amor habría querido tapizar sus salones con gobelinos y adornar las *etageres* con las joyas que produce Sevres, más no llegaban á tanto sus fuerzas. Estando una vez en París compró en la maisson Ducret los jarrones que el Embajador de España regaló á la gran Sarah, cuando sus amores fugitivos. Después los revendió haciéndose con su producto de una gran biblioteca en las lenguas sabias de Europa, compuesta de obras de su profesión y de muchas y muy escogidas de bella literatura.

Con gusto exquisito desterró de los salones los dorados cuadros y los tremoles. Hizo uso de los

colores pálidos sincrónicos para los tapices, cortinajes y alfombras. Impregnó los muebles de olores exóticos como los del sándalo y el hadchis, y en fin, amuebló sus habitaciones con gusto refinado, desterrando de ellas la cursilería y los colores chillones que tanto le ofendían la vista.

Al comedor le dió un aspecto severo, pues le decoró con muebles de la edad media alemana, y grandes sillones con asientos y respaldos de cuero de cordoban no dejando de llenar los aparadores con ricas cristalerías de bohemia y de Venecia.

La novia quiso que se conservasen algunos de los antiguos muebles de su casa, en lo que Hernando le dió la razón porque en realidad había entre ellos varios de mucho mérito; así es que separó hasta una docena de butacas á la capuchina, varias mesitas para juego, dos grandes aparadores y otras tantas *chaises longes;* sólo que, siguiendo la natural decadencia de los cosas viejas, de muebles de lujo que hasta entonces habían sido, orgullosos de representar primer papel en la sala de los marqueses, descendieron al *fumoir* en donde tendrían el bochorno de verse profanados por el humo de los pitillos de los amigos de Montemayor.

Uno de ellos, dotado de un espíritu risueño y que ayudaba á Hernando en el arreglo de la casa, al ver aquellos trastos en manos de los carpinteros que los curaban de sus fracturas los apostrofó de este modo:

¡Venerables armatostes! tapad con algodones vuestros oídos ó preparaos á perdonar las impertinencias de los amigos de don Hernando, cuando se permitan hablar de las cosas de vuestros tiempos y de la familia cuyo mejor ornamento fuisteis!

¡Y vosotros, canapées desvencijados, taburetes claudicantes, ablandad los mohosos muelles, democratizaos, esponjad vuestros cojines, suavizad los espaldares ya que los burgueses que en lo de adelante se sentarán sobre vosotros, no por ser tales dejan de tener las carnes tan blandas ni están menos necesitados de vuestras caricias que aquellos nobles señores Capitanes Generales é ilustres Oidores de quienes en un tiempo constituísteis su delicias.

El apóstrofe como se vé, no estaba malo, y es posible que de haberlo oído don Trascíbulo lo aprobase, al menos por la forma. A Hernando, á quien todo lo que pertenecía á su novia le parecía sagrado, no le hacían gracia aquéllos rasgos humorísticos de su amigo.

Don Ildefonso que parecía tomar la cosa á pecho y que estaba en todo, dispuso con su espíritu prosaico, que los retratos de los Villacreses y los demás objetos del guardaropía se vendiesen á un comerciante de vejestorias que tomó el block por una bicoca.

La tumba se había tragado á la Marquesa. La tienda de cachivaches hizo lo mismo con los recuerdos de la familia.

Sic transit gloria mundi.

Pero nó, si los recuerdos materiales de los Villacreces los había esparcido el viento de los tiempos, como el huracán barre las hojas del bosque, el espíritu sutil de ellos les sobrevivía atávicamente en el alma de Luisa: ya lo veremos.

A una cosa no nos atrevemos: y es á describir la alcoba de los novios, el baño y el tocador de María Luisa.

Figuraos, sinembargo, algo de etéreo y del más refinado gusto. Un amplio lecho de ébano con incrustaciones de nácar en cuyas cabeceras figuraban varios amorcillos ofrendando coronas de lirios ó regando violetas y nardos. Un pabellón blanco y magestuoso sobre fondo rosa y con güipures de Chantilly; una lámpara misteriosa cuya bola de nieve estaba esmaltada con figurillas de oro. Telas del mayor coste tapizando las paredes con decoraciones fantásticas en seda; lunas venecianas con grecas compuestas de flores al natural; vidrieras pintadas en que figuraban paisajes tomados de los más célebres idilios gérmánicos; mesas de jaspe oriental y de lapiz-lázuli; cofrecillos y guarda-joyas de plata ú oro repujados, una mullida alfombra color granate; sillerías con tapices de la Persia; tibores de la China llenos de camelias y cardenias; deliciosos grupos en mármol ó alabastro, de Dafné y Cloe, de Psiquis y Venus, de Hebé, escanciando la ambrosía; en fin, algo de misterioso y de pagano que hacía recordar las estancias de Haydea y de Adriana de Cardoville.

Hernando guardaba con religioso respeto la llave de aquel santuario que no hemos hecho sinó entrever en dos relámpagos de una curiosidad apenas satisfecha.

El gran día se aproximaba. Luisa estaba sonriente y comunicativa, pero su naturaleza la hacía caer algunas veces en sueños melancólicos. Entonces se ponía á platicar con la esfinge, demandándole los secretos de ese desconocido que se acercaba, ó cayendo de hinojos ante la imagen de su santo patrón, le pedía perdones por su infedelidad, figurándose que San Luis la miraba con ojos de compasión.

Don Ildefonso husmeaba al rededor de Luisa.

A las siete de la noche del día en que iba á verificarse el matrimonio llamó á solas á sú pupila, preguntándole con la mayor naturalidad, si su futuro se había confesado, y si comulgaría al siguiente día.

Luisa nada sabía.

—Probablemente nó, dijo el hombre, pues me figuro que sus hermanos se lo habrán prohibido. Los masones no se confiesan.

Una palidez mortal se apoderó de la joven; quiso llorar, gritar, salir huyendo é irse á arrojar en un pozo. Le pareció que Dios le haría un servicio si en ese momento la deshacía en cenizas ó evaporaba su cuerpo para desligar su alma de aquella prisión que la estaba martirizando. Todo eso pasó en su alma como un relámpago.

Mas por fortuna le vino en el acto la reflexión y sacando fuerzas de su desmayo mandó al perverso que se retirase de su presencia ordenándole que evitara el dirigirle la palabra.

Este obedeció salmodiando la frase que se le había pegado al corazón: ¡Ay de tí, Montemayor!

Luisa se retiró á su cuarto en donde se echó en la cama á llorar. Lloró amargamente recordando los acontecimientos de los últimos meses, la escena con su abuela en la misma alcoba, la maldición que estuvo á punto de pronunciar, las acusaciones contra la familia de Hernando, los horrores de la guerra del 29, cuyo relato tanto espanto le habían causado, y para coronamiento de todo aquello, lo más horroroso que pudiera imaginarse: ¡Hernando masón!

¡Y el matrimonio iba á verificarse dentro de pocas horas! ¡Allí estaba ya extendido el velo nupcial, preparada la corona de azahares, y los cirios encendidos! El murmullo de los convidados iba en aumento, confundiéndose el ruído de los trenes que se detenían á la puerta de la casa ya iluminada, con el de los instrumentos que los músicos acordaban.

Pasó por su imaginación la idea de romperlo todo, de acusarse á sí misma de inconstante y voltaria, pero tuvo lástima de Hernando y predominó en ella la prudencia.

Lo hizo llamar á su alcoba, tardando este algunos minutos en llegar, los que fueron para ella una eternidad; mas al fin llegó jubiloso y sonriente. Era la vez primera que atravesaba los umbrales de

aquella alcoba. Alguna grata sorpresa me prepara mi querida Luisa, pensó. Y penetró lleno de ilusión y curiosidad en aquel cuartito, como si entrase en un templo. Tuvo, en efecto, una sorpresa; pero ¡cuán distinta de la que se imaginaba!: halló á Luisa pálida, con los ojos llorosos y la cabellera en desorden.

Agarrándolo de una mano lo arrastró hasta la imagen de la Virgen, y allí con voz firme le preguntó: Hernando, ¿es verdad que eres masón?

El joven se sorprendió ante aquella pregunta, pero le sobrecogió más la actitud de su novia que parecía en ese instante transformada. No se había imaginado que fuese tan enérgica.

—Responde en el acto, dijo Luisa, responde ante esa Virgen.

—Pero, ¿quién habla de eso á estas horas? Los convidados nos aguardan.

Y ella, casi colérica, le tiró del brazo y le mandó: ¡júralo!

Hernando suspiró y con tranquila y amorosa calma hizo la siguiente reflexión á su amada:

—Si lo fuese ¿no te lo hubiese dicho, tiempo hace? ¿Acaso no conoces todos mis secretos?

Las facciones de la joven se ablandaron; pero no quería creer todavía. Había estado muy cerca del abismo para convencerse de que fuese posible tanta dicha. Y llorando entonces de júbilo, dijo en tono suplicante: Júralo Hernando, mi Hernando, ¿no es verdad que no lo eres? júralo.

—Nunca juré, suspiró el joven, mas me es igual. Créeme, Luisa, te lo digo por mi honor.

Y besándola castamente en la mejilla, le dijo no sé qué ternezas al oído que la pusieron encendida.

—¿Me crees ahora, Luisa mía?

—Sí, contestó la joven apoderándose de su mano tiernamente con la que enjugó sus lágrimas.

—Pues bien, la hora ha sonado y el sacerdote nos aguarda en el altar; seca esas lágrimas, vístete, ponte la corona y apresúrate, que la dicha toca á nuestras puertas; y la besó de nuevo.

Al retirarse al salón tuvo un suspiro hondo que le causó tristeza por aquella nube fugaz que vió aparecer en el cielo de su felicidad en aquella hora suprema. ¡Quién le dijera que aquel ligero *cirrus* se convertiría en deshecha tempestad!

XXXI

LA BODA

A la mañana siguiente se verificó la ceremonia de la velación en la capilla del Socorro de la Catedral.

La afluencia de curiosos era numerosa y no menor la de los convidados.

Por ese tiempo no se había desarrollado en Guatemala el gusto por los lujosos trenes, magníficos y costosos troncos; mas no por eso faltaron hasta cien carruajes que formaron en doble hilera al frente del templo. Un ojo observador habría adivinado por

la clase de vehículos que formaban el cortejo, la de las personas á quienes conducían. En efecto, allí figuraban forlones pesados arrastrados por mulas, en que iban los señores de la alta nobleza; berlinas á medio uso, pertenecientes á antiguos consejeros de Estado, municipales y miembros del Consulado de Comercio; coches flamantes, de personajes de la banca y del alto comercio, todos con sus estimables esposas; quitrines algo liciados, calesas y volantes para poetas, escritores y bohemios, y por último, landós y victorias nuevecitas acabadas de salir de los talleres de Vaseaux, para la flor y nata de la juventud de ambos sexos.

La ceremonia fué suntuosa y correspondiente al rango y riquezas de la dichosa pareja.

Debemos confesar que Hernando no estuvo del todo correcto en la Capilla, cosa que al caer en ello le causó verdadera pena.

Poco acostumbrado á las ceremonias del culto externo y á lo que pudiéramos llamar pequeños detalles de devoción, en vez de persignarse como lo hace todo fiel cristiano, se pasó la mano sobre el rostro tan arrevesadamente que parecía más bien que quisiera trazar sobre él una rúbrica de escribano.

Don Ildefonso estaba escandalizado.

El sacerdote era de esos de quienes las devotas dicen que se duermen sobre el Evangelio y que tienen una misa eterna, y el Ingeniero tuvo que ponerse en pié, pues á pesar de los almohadones, le dolían las rodillas y la espina dorsal.

Nuevo escándalo para el Escribano y para las beatas.

No comulgó.

Luisa estuvo á punto de llorar, pues le pasó por la mente la siniestra figura del Escribano á tiempo en que ella tomaba el pan eucarístico.

Cuando se hubo terminado la misa, el sacerdote, que era algo pariente de la novia, les dirigió una arenga de su invención, concluyendo por leerles la famosa epístola de San Pablo.

Hernando que comprendía el latín como su propia lengua, al oir aquellas inconveniencias estaba ruborizado y molesto, y aún tuvo deseos de arrebatar el libro de manos del sacerdote imprudente.

Cómo, ¡él, que en sus castos amores habría tenido celos de un airecillo sueve que se atreviese á juguetear con las faldas de Luisa, oir en presencia de tantas personas aquellos consejos impertinentes, aquellas concesiones necias, aquellas prohibiciones que son la misma inmoralidad, y no poder hacer callar al levita!

Todo aquello no les pasó inadvertido á los curiosos y aún á la misma Luisa, que no sabemos si por desgracia ó por fortuna, no se daba cuenta de lo que decía el sacerdote.

Al fin tuvo término la fatigosa ceremonia retirándose la concurrencia del templo enmedio de las armonías triunfales del órgano pulsado por mano maestra que remedaba con sus notas, clamores prolongados, ayes de dolor, gritos de júbilo,

suspiros vagos, reclamos de pasión, lágrimas, sonrisas, desesperaciones que asustaban á las almas y hacían extremecerse los corazones, ecos en música de lo que en realidad es la vida del matrimonio.

La señora de Montemayor, ya del brazo de su esposo, iba pálida y trémula, pero nunca más altiva que entonces. Un romántico que se encontraba entre los curiosos, le encontró extraña semejanza con la novia de Lamermoor, y entre un grupo de colegialas que presenciaban el desfile, corrió la voz de que Montemayor iba tan bello y tan feliz como Hernani antes de que sonase el fatal cornetín.

Las fiestas de bodas en Guatemala celebradas á antigua usanza tienen mucho de peculiar y característico. Hernando habría querido marcharse á uno de los deliciosos retiros que abundan en la República, pero no pudo sustraerse á la costumbre del país y tuvo que someterse á ella.

Don Abundio, que desde la muerte de su amiga venía desempeñando un papel tan secundario en la casa, tuvo ocasión, con motivo de la fiesta, de lucir sus habilidades, pues se encargó del menú del almuerzo y de que preparasen en las cocinas, bajo su dirección, tamales con güajolotes, que en realidad resultaron riquísimos, moles, chilaquilas, y otros platos de la sabrosa y picante cocina mexicana. Para coronamiento del banquete quiso nuestro hombre que sus paisanos saboreasen el

delicioso pulque; pero no les gustó, lo que en concepto de Noronha probaba lo poco civilizados que estaban los guatemaltecos por aquel tiempo. En cambio, fué muy del agrado de todos el sabrosísimo chocolate que se sirvió en jícaras artísticamente talladas y sostenidas sobre trípodes de plata, cuyo perfume de canela y de vainilla junto con el del theobroma llenó de delicia á los señores Canónigos que presidían la festividad, quienes según informes auténticos, eran de *buen diente*, por más que los malévolos asegurasen que los llevaban postizos y hechos nada menos que por el dentista Mancilla.

Y tan contentos y satisfechos estaban sus Señorías que felicitaron muy de corazón al noble cocinero, asegurándole que había errado su vocación, pues debió dedicarse á repostero de un convento ó á escanciador del perfumado líquido en los banquetes canonicales.

A las doce del día la casa presentaba un aspecto encantador y verdaderamente feérico. Formaban á la novia una especie de Corte de amor todas sus amigas y parientas vestidas á la última moda y con delicioso buen gusto.

Un cronista de aquella suntuosa fiesta, entusiasmado con tanta belleza, las llegó á comparar con las ondinas, "por el color rubio de sus cabellos, su delgado y flexible talle, el tinte pálido de azucena de sus mejillas, cuyos ojos azules oscuros como las ondas dormidas, tanto hacían soñar al

escritor. Vió allí mismo morenas sonrosadas de abundosa y negra cabellera, atrayentes ojos, voluptuosas formas y con un andar que al cronista le hacía tilín y que según aseguraba era, lo mismo que cierta dejadez en sus maneras, propio de las mujeres nacidas en países intertropicales."

Agréguese á todo esto aquellos ojos con miradas de relámpagos, los cuchicheos que tenían entre ellas, remedando arrullos de tórtolas, y las risas argentinas como si fuesen de un puñado de ángeles congregados para celebrar con las músicas delicadas de sus gargantas la felicidad de su amiga.

A la una se sirvió el lunch á cargo de las monjitas que esta vez se sobrepasaron en su reputación de excelentes confituristas y fabricantes de deliciosos bombones y juguetes hechos con dulces, cartones, sedas y papeles de distintos colores. Para dar una idea de lo que son esas mesas en Guatemala no basta la fantasía del escritor. Se necesita verlas y estudiar una por una aquellas preciosidades, hechas como por manos de hadas.

La primera vista es deliciosa y encantadora pues entre los prismas y cambiantes de los cristales, juguetean como en una llanura encantada multitud de objetos de los más diversos colores y las más variadas formas. Tiene aquello algo del paisaje japonés por las flores fabulosas que representan las canastillas, los cisnes, las garzas y los ibis de largo cuello, hechos de azu-

car batida con leche, lo que les da una blancura de nieve; las jaulas pequeñas conteniendo pajarillos liliputienses; las vegetaciones fantásticas hechas de cremas, gelatinas, jaleas, mazapanes, ojaldras, turrones y una infinidad de dulcitos cuyo secreto es propio de la repostería guatemalteca, en la que fueron maestras las monjas de los conventos de la capital y lo son las que aún existen.

Allí se tomaron sorbetes, vinos generosos de Málaga, de Chipre y de Lesbos, haciendo el honor á los merengues y á los suspiros, los delicados dientes de las jóvenes electrizadas con la luz hermosa de nuestro cielo, las miradas y las ternezas de los novios, algunas burbujas de champagne y de jerez que les jugueteaban en la cabeza, la música de las flautas, arpas y laúdes, y las risas de aquella multitud que en ese momento de dicha semejaba grupos de semi-dioses.

Pero el gran acontecimiento de la fiesta fué el banquete que tuvo lugar á las siete de la noche. Momentos antes, los salones, que parecían un ascua, estaban llenos de lo más granado de nuestra sociedad. Los jóvenes se divertían, platicaban, bailaban, fumaban, *flirteaban* por las galerías y demás puntos accesibles de la casa. En la sala principal se habían quedado las señoras de media edad, las tías solteras y ya sazonas, las mamás que aspiraban al título de suegras, á quienes hacían la corte los académicos, los consejeros, algunos antiguos diputados de la Cámara de Repre-

sentantes y otros tipos indecisos que no podríamos clasificar.

Era de verlos pavonearse por la sala: de frac, luciendo bandas y estrellas de la Orden Guadalupana, de la de San Gregorio Magno, de Santa Rosa de Honduras y de Isabel la Católica, todos enguantados, obesos la mayor parte, satisfechos y tontos.

En las sillas y sillones se veían tipos de señoras vestidas del más diverso modo y con trajes tanto más antiguos cuanto mayores eran sus pretensiones.

Una de ellas, la consejera N. llevaba un vestido con guardainfantes, adornado de falblás y buches; la mariscala Z., vestía de tafetán verde, de talle escotado y un turbante de plumas; la señora ex-corregidora, usaba crinolina y sobre ella un soberbio traje moaré guarnecido de pasamanería y ramos de flores; la señorita H., de cuarenta y cinco años de edad, notable por su extremada delgadez y su seriedad habitual, estaba metida en uno de seda verde bastante estrecho, lo que hacía que se marcasen sus formas, que en realidad nada tenían de provocadoras. Algunas de las señoras usaban polleras con volantes de gró negro que al rechinar causaban escalofríos; la heredera de la casa X, que todavía aspiraba, á pesar de sus cincuenta años, su nariz afilada y descomunal, y la anemia que la había vuelto transparente, lucía un escote á la Mde. Récamier y los cabellos á lo Tito.

Aquel día se dieron gusto tan distinguidos personajes, recordándose, entre risas estridentes y que hacía mal oírlas, sus buenos tiempos pasados. Como se reunían raras veces, aprovecharon la ocasión para dispararse sus antiguos títulos que ya estaban moribundos en nuestra sociedad; y así, entre sorbos de vino que paladeaban, suspiros que parecían sonidos de carracas, genuflexiones y otras zalamerías, gozaban de su ventura y de las *turcas* modestas que se habían atrevido á subírseles á sus cabezas calvas ó grises.

En eso se hallaban cuando los lacayos anunciaron que estaba servida la sopa, produciéndose la natural confusión en tales casos para dirigirse á la mesa y tomar sus asientos.

Nada diremos del servicio, que fué espléndido y abundantísimo hasta el grado de que muchos señores obesos tuvieron que desabotonarse los chalecos, y que las señoras, ya fuera por efecto de los manjares, ya por el de los licores, respiraban fuerte, estaban agitadas, con los ojos brillantes, moviéndose discretamente en las sillas y abanicándose para moderar sus ardores.

Todo en aquel momento era animación y alegría. Don Abundio contaba en voz alta sus aventuras amorosas en México, lo que le valió grandes aplausos de los muchachos que estaban cerca de él. Sólo don Ildefonso no abría el pico.

Llegó la hora del champagne y con ella la de los brindis. Naturalmente todos se fijaron en don

Trascíbulo, haciéndole señas y muecas para que hablase, aunque él no manifestaba distinguirlas, pues parecía sumergido en las más profundas reflexiones. En fin, tanto lo molestaron, apostrofaron, instaron y rogaron, que no pudo menos que ponerse en pié, y adoptando una postura clásica y con voz vibrante y académica dijo:

"Apreciables caballeros, respetabilísimas matronas, simpáticas cuanto amables y bondadosas señoritas!

No pensaba hablar en estos solemnes instantes, pues no estoy preparado; pero un hombre de mi linage, y académico por añadidura, no puede resistir á los ruegos de esta respetable asamblea que desea oir mi desautorizada cuanto elocuente palabra.

Al notar su equivocación se limpió la calva y prosiguió:

—Voy á hablar, pues, con el labio tembloroso, la voz inquieta, la lengua fascinada, el corazón palpitante, el espíritu indeciso, ronca la voz, algo oscura la mirada y seca la garganta.

(Voces por todos lados, cuchicheos entre las damas, hurras y bravos.)

—Esos aplausos, querido auditorio, me conmueven; ved mis ojos y ellos os probarán mi agradecimiento. Y tú, musa epitalámica, tú, diosa de los amores castos y bendecidos, desciende hacia mí é inspírame. Y ¿qué diré yo del matrimonio que antes no haya sido dicho?

Aquí siguió una peroración histórico-teológica que duraría como quince minutos sobre el santo sacramento, en la cual el académico sacó á relucir á todos los pueblos, á todas las instituciones, á los santos padres, á muchos escritores profanos, para probar la tesis muy trascendental, en su concepto: "Que es preciso que el hombre no esté solo."

En seguida atacó de lleno otra que según afirmó bajo su palabra, se encontraba original en el antiguo Testamento:

"Creced y multiplicaos."

Como se comprenderá, habiendo tantas niñas presentes y algunos viejos maliciosos y ya algo calamocanos, el asunto era peliagudo.

Las señoras bajaron los ojos, los jóvenes alargaron el pescuezo y algunos se hicieron trompetilla con la mano para escuchar al orador.

Los novios estaban distraídos.

Nunca estuvo más feliz don Trascíbulo que en aquella ocasión. Él mismo confesaba que se había excedido á sí propio.

Media hora duró esta parte de su brindis en que á boca llena derramó torrentes de figuras retóricas é hizo gala de sus variados conocimientos mitológicos, pastoriles y gongóricos. Casi nadie le entendió. Algunas viejas se durmieron al oir que la cosa no rezaba con ellas. Dos señores Canónigos que se hallaban presentes, roncaron durante la *improvisación*. A las monjas les pareció que el académico había hablado en griego.

Cuando al fin quiso Dios que callase aquel hombre elocuente, hubo alguno que le dijo en són de elogio: Señor don Trascíbulo, ó Ud. no debió comenzar ó no terminar nunca. Sus bellas palabras han despertado nuestros apetitos..... literarios. Señores, tomemos á la salud de don Trascíbulo.

Señor académico..... Don Trascíbulo.... Amigo Trascíbulo, decían todos á la vez levantando las copas.

Confundido el académico por aquella ruidosa ovación, se puso de nuevo en pié y llevándose la mano al pecho, exclamó gravemente:

Señores: diré con un filósofo portugués: "Ese aplauso es el día más feliz de mi vida."

Pasada la primera emoción siguieron los cuchicheos. Algunos se decían al oído: ¡Qué talentazo el de don Trascíbulo!—¡Oh, admirable! Varias viejas: Que hombre tan impertinente, ¡venir á hablar aquí de cosas del pasado!

Las doncellas: ¿Qué querría decir ese señor?

Algunos de sus parientes: Este Trascíbulo sí que honra nuestra clase. Noble, sabio y académico.

Tan noble como elocuente, decía otro.

Un chuscó: ¡Qué *él lo cuente:* eso sí que es como diría la Marquesa: *Cumplo y miento.*

No faltaron otros brindis, de los que haremos caso omiso por no fatigar al lector.

TERCERA PARTE

LA TRAGEDIA

XXXII.

TRES DÍAS DESPUÉS DEL MATRIMONIO.

En materia de amor no se ha pronunciado la última frase, pues hasta hoy quien ha tenido únicamente la palabra es el hombre.

Verdad es que no han faltado escritoras de un carácter más ó menos tendencioso que han abordado la cuestión del matrimonio; pero el mundo literario espera aún el Stendahl y Paul Bourget hembras, que nos revelen los secretos del corazón y la psicología del amor desde el punto de vista femenino.

¡Cuántas cosas aprenderíamos entonces! ¡Cuántos errores se desvanecerían!

Dados los conocimientos que tenemos del temperamento de la mujer por nuestros estudios médico-filosóficos, somos de los que creen que los primeros días de boda y los placeres y dichas, objeto de tantos ditirambos por parte de los poetas, son una de tantas "mentiras convencionales," que deberán desaparecer el día que surja la mujer de talento que, con bastante despreocupación descubra el velo y diga la verdad, haciendo públicos los secretos de la joven casta y honrada que ha pasado por el ara del sacrificio.

Las poetas con mucha discreción han colocado en la puerta de la alcoba de los novios, á dos ángeles alados con sus espadas de fuego, prohi-

biendo la entrada á los curiosos. De ahí que los que se quedan fuera, crean inocentemente que adentro está el Paraíso. ¡Qué equivocación!

En esos días supremos hay un vencedor y un vencido. La joven que hasta entonces fuera un objeto de culto idolátrico por parte de su amante—quien por más ó menos tiempo se mantuvo al pié del altar ofrendando flores y perfumes, é implorando los dulces favores de una mirada tierna, de una caricia, ó cuando más un beso puro—no se digna, sino que se vé obligada, ya que se lo impone el lazo matrimonial, á descender del ara, y ya en tierra se desprende de su corona de azahares, el velo de virgen se evapora al contacto de una mano profana, abdica de su imperio, hace el sacrificio del pudor, entrega su cuerpo y comienza á deletrear las palabras siempre dolorosas y á sorber los tragos de ajenjo, amargos y desagradables, á los cuales el paladar del hombre ya está acostumbrado, tanto, que casi es un vicioso de la apetecida golosina.

¿Qué punto de comparación puede caber entonces?

Para que ésta fuese posible sería necesario que se repitiese diariamente el milagro del Edén, es decir: Adan y Eva en presencia uno de otro, inocentes, é inmaculados, como recien salidos de las manos del Criador, cosa que con respecto al hombre, y dadas nuestras costumbres, es soberanamente ridículo.

Así es que lo que para la joven es la revelación de un misterio, el más trascendental de cuantos le tocarán descifrar en la vida, para la mayor parte de los hombres no es más que una de tantas curiosidades satisfechas: *quit jungi virginem, bene facit.*

Y hay seres tan perversos y tan necios que no comprenden aquel inmenso sacrificio y se dicen víctimas del desencanto, pues se creían acreedores á mayor recompensa.

Tolstoy ha dicho brutalmente: "Si los jóvenes que sueñan con la luna de miel supieran la desilusión que les aguarda......

¡Pero qué desilusión!......

Las dichas de la luna de miel son mentidas. Al contrario, es un período de malestar, de vergüenza, de lástima y sobre todo de enojo."......

No hablamos aquí de las muchachas robustas de los campos en las que todo es sangre, y cuyas exhuberancias se desarrollan tanto al exterior como al interior, á tal grado por dentro que comprimen los nervios y apénas le dejan un huequecito al alma para que se mueva.

Luisa era ante todo un alma y un espíritu, servidos por nervios enfermos.

Tres días después del matrimonio, cuando Hernando salió por vez primera á la calle y ella se quedó sola en la casa, le pareció que la nube entre la que ambos habían estado envueltos durante ese tiempo, se evaporaba y que ella tornaba á las realidades de la vida.

Sentíase perezosa, lenta en sus movimientos, con los párpados pesados, débil. Se puso en pié y fué á verse al espejo, ¡que fea le pareció que estaba! Aquellos ojos no eran los suyos! Si no puede ser, decía.

Jamás comprendió el pecado sino hasta entonces.

¿Y ese era el matrimonio? ¿Eso lo que había soñado? ¡Oh, si ella hubiese sabido.....Horror, horror!, y se cubría el rostro con las manos con una especie de repugnancia y de vergüenza....

Y luego, ¿quién era aquel ser á quien para siempre había unido su existencia, con quien estaría obligada á vivir, á comer, á respirar; que tendría derecho á sorprenderla en su habitación y entrar sin necesidad de anunciarse estando tal vez en la hora de sus plegarias; cuyo cuarto estaba ahí junto al suyo, separado apenas por unos cortinajes no siempre discretos; aquel joven de voz varonil cuyos pasos, por más mesurados que fuesen, le causaban desagradables conmociones?

El era bueno, ella lo comprendía, lo adivinaba, lo tenía aún experimentado. Nada exigente, sumiso, con ternezas delicadas y llenas de suave calor, que sabía acompañar con palabras que no había oído, y que le parecían bien.

Y con todo, era un extraño; extraño á su sexo, á su carne, á su alma, á sus ensueños.

Era el hombre; ¿ese era el hombre?; ¡y ella que no se lo había imaginado así! Ah, prefería á San Luis, siempre con su rostro místico, sus ojos

inclinados, sonriente, dejándose adorar sin dar muestras de querer descender de su cuadro.

Y volviendo la vista á un lado y otro le parecía extraño todo lo que veía á su alrededor. Muy bellos eran aquellos muebles y revelaban mucha delicadeza en el que allí los había colocado; pero suspiraba sin embargo por el cuartito de casa de su abuela. Aquel cuartito cuyos menores rincones conocía, en que no había un clavo que no hubiese sido colocado por ella, ni un sólo pliegue en las cortinas que sus mismas manos no hubiesen hecho. La cama matrimonial era espléndida; pero prefería la suya tras de cuyos pabellones se había recogido, sola, y sin necesidad de compartirla con nadie. Y luego, los muebles viejos de su casa, los retratos de sus padres, la misma voz cascada y regañona de su abuela, las monjas que habían sido tan buenas con ella y que no la acompañaron á su nuevo hogar, todo, todo le hacía falta en aquel momento de melancolía.

Creía hallarse sola, abandonada, entre objetos que halagaban su buen gusto, pero que le causaban cierta especie de miedo. Las estatuas de su tocador eran bellas, mas el desnudo le causaba rubores, pues no se avenía con que aquellos mármoles exhibiesen las intimidades de sus carnes paganas tan descocadamente.

Se atrevió entonces á salir de sus departamentos, y halló á su antigua sirvienta que hacía los oficios de la limpieza en casa de su abuela, como

perdida en un ambiente que no era el suyo. La pobre mujer, á quien la costumbre había hecho perder el respeto á las efigies de sus amos, pasándoles el plumero por las barbas con toda confianza, se hallaba ahí toda encogida y medrosa ante aquellos pequeños bibelots que temía se le deshiciesen entre los dedos ó se le cayesen de las manos.

Y luego, el fondo que le formaba el salón era muy á la moderna, por manera que la figura de la sirvienta se destacaba monstruosa y apergaminada.

En el ala izquierda de la casa se hallaban la biblioteca, el salón de estudio y el laboratorio de su esposo. Se dirigió hacia aquel lado y se detuvo en la puerta de la primera, sin atreverse á pasar adelante, pues le pareció que adentro dormían unos viejos gruñones que si los despertaba podrían entrar en furia. Los pelícanos, los frascos florentinos, los matraces, alambiques y retortas eran otros tantos puntos de interrogación para su espíritu ignorante.

¿De qué servirían aquellos instrumentos? ¿Y esas figuras geométricas con letras en sus ángulos de un alfeto que le era desconocido? ¡Qué aridez y cuántos misterios en todo aquello! Parecía que de adentro le mandasen bocanadas de aire frío; y sin embargo sentía cierta fuerza que la atraía; quiso entrar, pero tuvo miedo, ¿á quiénes? A los bustos de unos viejos con los ojos en blanco é inmóviles, cuyos nombres podía leer desde lejos. Sócrates,

Anaxágoras, Hipócrates, Esopo, Dante, Maquiavelo, Humboldt. ¿Serían unos monstruos? Nunca había visto figura más fea que la del tal Esopo. Maquiavelo le causó miedo instintivamente; Dante horror, con su figura pálida y pensativa, como si saliera del infierno de ver cosas espantosas.

Estuvo para huir y refugiarse en el jardín entre sus amigas las flores y los pájaros sus compañeros.

Por fortuna llamaron á ese tiempo á la puerta y vió que eran sus primas que llegaban á hacerle la primera visita de tornaboda.

Algo la turbó aquel acontecimiento inesperado, pues tenía vergüenza de verles la cara de frente y que ellas le viesen sus ojeras.

Las jóvenes la besaron, la abrazaron, la mimaron. ¡Qué bella estaba la señora de Montemayor, su querida primita, y que bien le sentaba el peinador con los ricos encajes de Alençon! ¿Cómo le iba en su nueva vida? ¿Muy contenta, nó? ¿Muy feliz? Era tan hermoso su Hernando, y tan caballeresco! ¡Cómo había estado de correcto la noche de la boda, atento con todos, cariñoso, amable!, y no como el primo N. con su mujer que el día de su casamiento se lo pasaron besuqueándose en presencia de todos, dándose bocaditos uno á otro, como palomos, y sin desprenderse un momento de su lado.

¡Qué pesado había estado el tal don Trascíbulo con su sermón como de las siete palabras!

Don Abundio sí que había estado contento, bailando danzas mexicanas. ¡Con qué gracia había cantado al amanecer, cuando ya estaba algo alegrón aquello de:

Chiquí, Chiquí, morena mía
Si es de noche ó es de día
Vámonos, vida, á Tampico
Antes de que lo entienda el mico
Que alguien mira la *Chacona*
Que ha de quedarse hecho mona.

—Lo que eran fulanita y menganito sí que estaban perdidos de enamorados, pues toda la noche la habían pasado bailando juntos, á pesar de las advertencias de su mamá.

—¿Y qué les pareció á UU. el vestido de Olimpia de Valdivieso?—Algo estrecho—Y con el corpiño muy levantado—Y los adornos muy pobres y sin gracia—Figúrense UU. que á media noche se le desató el polizón y por poquito sel o vé don Trascíbulo—Y qué corte tan mal hecho!

—Lo que eres tú Mariquita sí que te cayó la lotería con Federico, de quien estás enamorada; ¿no es verdad? ¿Qué creen UU. de eso, niñas?

—Ah, cosa, ni me lo mienten. ¿No vieron que sólo se estuvo hablando con la Luz toda la santa noche?—Mira, chula, preciosidad, no lo niegues ni te incomodes. O ¿acaso tienes celos de aquella *feróstica?*

—Yo celos?, dijo poniéndose encendida.

—Si no te lo vamos á quitar; quédate con él, si la otra te lo deja.

Luisa escuchaba y se sonreía al oír las charlas parleras de sus amiguitas. Algunos sentimientos vagos se entrechocaban en su corazón sin que ella misma pudiera descifrarlos.

Ella no había pasado por aquel estado de gracia. Sus amores, secretos al principio, fueron cultivados después en un salón de duelo. Su carácter reservado no se prestaba á las chanzas, así es que sus más íntimas no se atrevieron nunca á juguetear con ella á costa de Hernando, ni á entrar en esas dulces nonadas y niñerías que constituyen por lo común, las pláticas de las jóvenes en aquel período delicioso de su vida en que todo les sonríe.

Mariposas á quienes Ero acaba de engastar las alas, se lanzan al mundo en ofuscado vuelo, revoloteando como locas al rededor de aquella luz que se llama "amor," en cuya hoguera algunas caen y se abrasan, y otras pierden las alas y con ellas las ilusiones.

Luisa, mayor en edad que sus parientas, y ya *señora*, aunque no lo fuese más que de tres días, casi les tenía compasión. Ella sí que ya tenía experiencia; sabía lo que era el amor y á lo que conduce, y se confesaba á, sí misma que no valía la pena tanta ilusión y tantas fatigas para llegar al desengaño.

¡Ya se creía desengañada!

XXXIII.

HERNANDO PENSATIVO.

Una tarde se encontraba Hernando en su escritorio. Su rostro revelaba cierta especie de secreta tristeza, y parecía que por su frente se atropellasen las dudas y las vacilaciones.

Era la primera vez que se atrevía á estar á solas con su conciencia, después de su boda, y que volvía á tomar posesión de sí mismo. Durante aquellos días inefables, dejó á su imaginación que fantasease en el encantado país de la luna de miel.

Pero necesitaba hacer un examen de conciencia, darse cuenta de sus impresiones á solas, en voz baja, hacia adentro, cerrando la boca para que no dejase escapar las palabras, y aún los ojos para que ni la misma luz sorprendiese sus íntimas confidencias.

Entonces se dió á recordar y á reflexionar....

—Más vale así, se dijo. No sé en donde he leído que no hay mujer que no vea con disgusto sus primeros días de boda, si es que es casta y pudibunda, como Luisa. Más vale así, quizá..... Sin embargo, yo habría deseado no sé qué más. Ah, nó, nó .... ¿si me habrá tocado en suerte una esposa sin nervios y sin alma.....? ¡Qué bobada! Si lo que precisamente le sobra á Luisa son los nervios, lo mismo que un tantico de melindres.

¿Qué ella lo ignoraba todo? ¡Oh santa inocencia! Aunque á la verdad, preferible para leerla en los

libros. Y al fin de todo, vuelvo á decirlo, quizá más vale así.—¿No soy yo el revelador .. ?

¡Oh corazón!, cállate....

Estamos convenidos en que Luisa es mi esposa; en que la Iglesia me dá el derecho de llamarla así y que la sociedad la reconoce como tal. Un sacerdote puso su mano entre la mía. Un velo, y una cadena misteriosa, unieron para *siempre* nuestros destinos . Convenido, y no me quejo. Hay más, su cuerpo es mío. Ella me había jurado que me amaba, y lo asegura aún, con ciertas diferencias y distingos que no entiendo. Habitamos la misma casa, comemos en la misma mesa, tengo derecho á la mitad de su lecho, lleva mi nombre. ¿Y es bastante eso para poder decir que me pertenece su alma? ¿Por qué se conturba al acercármele? ¿Por qué tiembla su mano al besársela, y por qué sus labios se ponen rígidos al acercar los míos llenos de pasión, y no corresnpode á mis besos? ¡Buena escena me hizo la noche aquella, porque no había sabido persignarme en la iglesia! En verdad que fuí muy torpe, pues debí recordar las santas cosas que mi madre me enseñó de niño. Pero en fin, es necesario convenir en que no era una plática muy á propósito para el siguiente día de nuestra boda. Que ella me enseñará á hacerlo correctamente, á orar...., convenido, ¿qué más dá? ¿Y por qué me preguntaría si creo en Dios? ¡Inocente criatura, me considera quizá un monstruo! ¿Quién se atrevería á negarte, Omnipoten-

cia?... ¿Que por qué no comulgué?....¡Luisa, mi Luisa, sin saberlo parodias en tu inocencia á aquella flor silvestre que hacía la misma pregunta á Fausto—¿Fausto, yo, á los veintiocho años, cuando el mundo me sonríe y llevo un caudal de é en la mente? Fausto sí, por esa hoguera que se ha encendido en mi pecho, por ese anhelar que siento de hacer efectiva una dicha tras la cual voy, que parece que escapa de mi mano y que creí haberla alcanzado.—Fausto, por el ideal que llevo en la mente, de hallar junto con el tipo de la eterna belleza las satisfacciones y supremas delicias del amor....¡Fausto!, ¡oh visión!, aparta, aparta.

Hernando, valor y retorna á las realidades de la vida.

Luisa da muestras de poseer un carácter dominante; está nerviosa; ríe y se incomoda al mismo tiempo. No entiende de caricias. Sus besos son fríos: ¡ay de mí! no sabe darlos. ¿Y cómo podré yo enseñarle eso al parecer tan sencillo y natural?

Dicen que el poeta nace. Lo mismo debe ser la mujer amante.... De otro modo, artificialmente, con excitantes.... horror, horror ¡jamás! Mejor derretirme entre su mismo hielo y apagar en él mis incendios. Lo del carácter se explica. Las grandes conmociones de la boda, la nueva casa, las gentes nuevas para ella, las necesidades de nuestro estado que nos obliga á frecuentar la sociedad á que ella estaba tan poco acostumbrada, esas comidas que no hemos podido rehusar, los desvelos, el Drama

romántico á que tuve la imprudencia de llevarla; todo eso es causa de su estado, que por fortuna se cura con el sosiego, la calma y con evitarle grandes emociones. Hernando, valor. Eres hijo de tu siglo; las dudas te atormentan el alma, pero tienes sano el corazón. El matrimonio no es una cosa tan sencilla y deliciosa como lo pintan. Tienes ante tí un trabajo de Hércules que emprender. Valor, Hernando: allá, al otro lado está la dicha. Hay que educar á María Luisa.

Tal fué la primera confesión de Montemayor un mes después de su matrimonio.

Luisa recibía á los amigos de su esposo con cierto encogimiento y reserva que le daban un aspecto de esquiva y orgullosa. Todos la trataban con exquisita consideración. Cuando algunas veces solía hablar se hacía el silencio á su alrededor para escucharla.

Sus mismos parientes cambiaron de diapasón en su trato. La tuteaban, es verdad, pero se notaba en sus conversaciones un cariño más respetuoso en que por grados iba desapareciendo la antigua familiaridad.

Todo aquello le hacía mal. De joven soltera la molestaba que la tratasen como una niña inocente. Hoy que estaba casada se sentía otra vez molesta, con los acatamientos que en su concepto no eran debidos más que á las matronas. Hablaba poco, menos que antes, porque temía decir algunos inconvenientes ante los abogados, ingenieros, literatos amigos de su esposo.

A Hernando no le gustaba que la conversación tomase un aspecto muy serio en su sala. A las primas de su mujer les aconsejaba y aun les rogaba entre risas que hicieran como si estuviesen en el Instituto ó en su casa, que chanceasen, que bailasen. Improvisaba conciertos; él mismo, cuando faltaba algún aficionado entre las visitas, recorría en el piano la obra de Strauss ó de Offembach, es decir, la música alegre y ligera tan de moda por entonces. Bailaba con Luisa, quien se negaba obstinadamente á conceder á otros ese favor, y estaba atento á todos sus deseos queriendo adivinar sus pensamientos, cosa que ella le pagaba con sonrisas de paloma medrosa.

Todos los creían felices.

Los antiguos amigos eran cada día menos constantes en sus visitas, quizá por no tener que alternar con la gente joven. Don Ildefonso sí se asomaba con más frecuencia para informarse de la salud de sus amigos, cosa que no necesitaba, pues tenía una aliada en la ayuda de cámara de Luisa por quien estaba impuesto de cuanto se decía y hacía en aquella casa.

XXXIV.

PRIMERA TEMPESTAD.

Cuanto más pensaba Hernando en la empresa que se le había venido encima, más inmensa le parecía la dificultad de llevarla á cabo. Hemos dicho que el rasgo distintivo de su carácter era la irresolución.

Creía tener una montaña sobre sí que debía cuando menos horadarla si no quería perecer asfixiado bajo su mole abrumadora.

Y efectivamente, necesitaba mucha fuerza para aquel primer trabajo de zapa; y luego, presentía que para franquear después el abismo que aun los separase, debía de usar de mucho tacto á fin de poder acercársele sin causarle miedo.

Tenía no sólo que emprender la educación de Luisa, sino rehacerle el alma, humanizarla, volverla á las alegrías de la vida é iniciarla en sus placeres haciéndola olvidar por ellos las primeras impresiones del Convento.

Debía obligarla á que cambiara de régimen á fin de que pasara de las legumbres, lacticinios, frutas y dulces que hasta entonces constituyeron sus comidas, á otras más sustanciosas, exigidas por su nuevo estado y por el que pronto sobrevendría, con tanta ilusión esperado por él. En una palabra, veía la necesidad de fecundizarla moral, intelectual y físicamente.

¿Tendría paciencia y tiempo para todo aquello? Y sobre todo, ¿querría Luisa prestarse al ensayo? ¿Lo creería? ¿Lo comprendería?

Acaso por ciertos pequeños rasgos no había él descubierto con no pequeña sorpresa que era de carácter impaciente y que no gustaba de observaciones ni de consejos?

¿No valdría más dejar al tiempo que operase en su espíritu una paulatina transformación? Si

ella lo amaba, trataría de acercársele, de observarlo, de agradarlo, tal así como á él le sucedía y estaba procurando; y de ese modo llegaría una hora en que sus almas se nivelasen, haciéndose mutuas y tácitas concesiones, subiendo ella un poco, bajando él mucho más hasta encontrarse, para después tomar juntos el vuelo, camino de la dicha.

Los *tête* á *tête* se iban haciendo cada día más fatigosos entre ellos, pues habían agotado ambos sus respectivos repertorios de cosas comunes. El no podía hablarle ni de Kant ni de Sócrates y si se metía alguna vez á discurrir sobre trajes y otras cosas análogas, disparataba de seguro, hasta hacerla reir, á ella que era tan séria. Las conversaciones sobre el convento eran agradables en verdad, pero se habían repetido tanto que ya se sabía de memoria á la madre Presentación y conocía la vida y milagros de la Abadesa y demás habitantes de aquel bendito lugar. Hasta creía algunas veces haber vivido en éste, porque conocía al dedillo los rincones y vericuetos de la santa casa.

Leer juntos era una cosa agradable, pero la dificultad estaba en la elección de los libros. Como ellos estaban haciendo la novela de su vida, se inclinaban naturalmente á los libros de la materia. sólo que en eso tampoco tenían el mismo gusto. De los clásicos no había que hablar, ni de los que la iglesia tiene prohibidos, aunque se llamen Hugo ó Dumas.

Ella gustaba de cositas ligeras y sosas, algo así como Sinués de Marco, Montepín, Escrich, llegando en sus momentos de despreocupación á Jorge Ohnet, autores que á él le aburrían soberanamente.

Entonces se acordaban de sus lecturas en los bosques, de sus agradables veladas en la hacienda y recurrían á aquellos libros que para ellos habían sido lo que el de la historia de Lanzarote para Francesca Rimini y Paulo Malatesta. Sólo que les faltaba el intermedio de la naturaleza que había tejido redes de amor para enredar sus almas y que ya entonces para Luisa casi no tenían encanto: *daché quel giorno non legerono piú.*

Desde aquel día fué acentuándose un hecho de que ellos mismos no se dieron cuenta. Primero se buscaban raras veces en la sala, á no ser cuando había visitas; después se hallaron poco menos que antes en sus cuartos interiores y el uno buscó refugio en la Biblioteca con sus libros y la otra en la alcoba con sus santos.

Sinembargo Luisa estaba celosa de los libros y Hernando, que creía tener un rival en la misma casa, le daba chanzas con San Luis, cosa que á ella le desagradaba verdaderamente.

Pero la joven tenía un recurso: la antigua sirvienta, su ayuda de cámara, quien no miraba con buenos ojos á Hernando y que sería después su más implacable enemiga.

Luisa solía buscar á Hernando en su despacho, porque después de todo sentía el deseo secreto de asociársele en el pensamiento.

No lo molestaba en sus trabajos de mesa: rondaba alrededor de él viéndolo sumido en la resolución de ecuaciones algebraicas ó de fórmulas químicas complicadas. Por ese tiempo ocupaba la atención de nuestro joven la teoría de los *pesos atómicos* tratando de construír series numéricas que comprendiesen á todos los cuerpos actuales en una *serie periódica y paralela*, ó para hablar un lenguaje más claro y al alcance de todos, las progresiones aritméticas en que pudieran agruparse todos los números que expresen los pesos atómicos, ó que se reputan por tales.

Ella lo miraba hacer, y como no comprendiese absolutamente nada de esos enigmas, se limitaba á poner en orden los papeles y los libros que se encontraban abiertos y regados por doquiera, lo que hacía que al joven se le redoblasen sus trabajos, pues ó cerraba el libro cuya página estaba abierta en espera de que se le llegase la hora de la comprobación en ella contenida, ó refundía en el montón el que más necesitaba para una consulta perentoria. Destrozaba algunos papeles que le parecían inservibles y que precisamente contenían problemas cuya resolución le costara varios días de trabajo.

Cuando, había puesto todo en fila y en orden, esa monomanía de ciertos espíritus mediocres, se le plantaba y aun le arrebataba los pliegos en

que escribía, quizá en el momento de su inspiración ó en el de acercarse á descifrar alguna incógnita, poniéndose á reprenderlo cariñosamente por su desorden y por la concentración de su espíritu en cosas que de seguro valían menos que lo que tenía cerca. No estaba ella allí? Pues qué cosa era esa de preferir un libro ó un compás á su mujer? ¿Qué necesidad tenía de calentarse la cabeza, de matarse? ¿No eran ricos? Por qué trabajaba?

El pasándole la mano por la cintura y atrayéndola á sí tiernamente le explicaba que en medio de aquel desorden aparente de libros y de papeles había en realidad cierto orden de él sólo conocido. Que aquellos volúmenes abiertos sobre las sillas, mesas y aparadores se encontraban de ese modo porque así los necesitaba, haciéndole comprender dulcemente que no los tocase porque de esa manera aumentaría sus fatigas.

En cuanto á lo del trabajo, le decía que encontraba placer en él, un placer santo del espíritu, en nada comparable á no ser con el amor de su mujercita, al que aspiraba, y por el cual lo dejaría todo.

Las primeras veces que tuvieron lugar dichas escenas, ella le contó cándidamente el miedo que le habían causado los bustos del escritorio y hasta estuvo á punto de aconsejarle que los pusiese en un rincón en donde no se vieran.

Esto causó la hilaridad de Hernando, quien para desvanecer aquellos fútiles temores le hizo un lijero relato de la vida de los poetas, artistas, filósofos y sabios que aquellos mármoles representaban, aprovechando la ocasión para leerle las poesías de algunos de ellos.

Ella no se convencía; sin embargo, debían ser malos cuando eran tan feos. Por último, para zanjar la dificultad se convino en colocar unas pinturas bonitas. Santa Teresa de Jesús que fué doctora Santa Catarina de Alejandría que confundió á unos viejos barbones en el Sanhedrín, etc, etc. Hernando estuvo de acuerdo en que los títulos universitarios de las santas les daba derecho de entrada en su biblioteca y que no había inconveniente en que figurasen al lado de los bustos que á ella le causaban miedo.

De aquel parlamento en que hubo mutuas concesiones resultaron dos cosas: que desde el siguiente día tomaron puesto en el Areópago las doctoras ya indicadas y Sor Inés de la Cruz y Elisa de Abelardo, al lado de Spinoza, Voltaire, Schopenhauer y los demás que ya conocemos; y que de los anaqueles de la biblioteca de Hernando pasaron á los de la librería de Luisa las fábulas de La Fontaine, las de Esopo, el precioso libro de Aimé Martín sobre "La educación de las madres de familia" y algunos otros de Michelet y de Mantegaza. Leyeron juntos en veladas posteriores los "Pensamientos sobre el amor de Dios" de Teresa de Avila y las cartas

de Eloisa, que fueron de efecto fatal para la joven como después lo veremos.

Por ese tiempo se vió obligado Hernando á salir por algunos días de la capital. Luisa estaba triste por su primer soledad y exaltada por sus lecturas; aquellas monjas le habían embriagado el alma. Luego era permitido amar. ¡Ah! si ella amaba sería como Eloisa, profunda y apasionadamente.

Quiso sondear más el asunto. Buscó en la biblioteca algunos otros libros reveladores; mas tropezó con la dificultad de que casi todos ellos estaban en lenguas extranjeras.

Quería algo individual, algo que se rozara con su estado, y la casualidad, ó más bien la fatalidad, puso en sus manos un cuaderno que había de ser de una consecuencia trascendental para su vida.

Eran las "Memorias" de Hernando, manuscritas, de las cuales ya conocemos algunas páginas relativas á los campesinos de Guatemala. Aquel cuaderno contenía, al mismo tiempo que observaciones propias, recuerdos, notas tomadas al natural y citas de autores célebres sobre los problemas de la existencia.

Luisa leyó con avidez todo lo relativo á la vida de estudiante de su esposo, sus recuerdos de Suiza, las monografías de sus maestros y amigos, sus escapatorias del Colegio, sus viajes á las montañas y las notas tiernas consagradas á su padre y á su patria.

Le chocaba la ausencia de toda nota religiosa, pero le satisfacía no encontrar el nombre de una rival entre aquellas páginas. Evidentemente el estudiante había sido un joven casto.

Luisa debió terminar allí sus lecturas; pero la curiosidad la arrastró y la perdió.

Cuando hubo llegado á la época tormentosa de la edad de Hernando, comenzó á delinearse un fantasma que la fué subyugando poco á poco, sin que la dejase soltar el libro de las manos.

Por aquellas páginas pasaban los espíritus de Büchner, de Schopenhauer, Strauss, Renán, Molleschot, Hegel, Leopardi, Hartman, dejando las impresiones dolorosas de sus pensamientos sobre éllas. Allí estaban cristalizadas todas las dudas y resueltos todos los problemas en el sentido del libre pensamiento.

Comprendió ella á medias, y tuvo espanto. Lo que leía era la negación de todas sus creencias, el desprecio de todos sus ídolos, la censura de todas sus preocupaciones, y todo en estilo descarnado, seco, implacable que era el modo de escribir de Hernando.

Tuvo miedo del libro y horror de quien lo había escrito. Y aun así no lo dejó, porque una curiosidad loca la empujaba más allá.

Llegó á lo que con relación á la mujer había escrito y anotado su esposo.

Nunca tal hubiera hecho. Leyó su nombre en aquellas páginas y encontró muchas palabras cari-

ñosas para ella, gritos de pasión, tormentos de no ser comprendido, pero en el fondo, descubrió que se la trataba compasivamente, lo que ofendió su orgullo. Se hablaba allí de la novicia, de la monjita, de la niña del bosque.

Se pintaban al vivo sus debilidades de carnes y sus ignorancias. La memoria de la abuela no salía bien librada. Los viejos amigos mucho menos.

Su ira subió de punto al leer las comparaciones entre ella y las jóvenes germanas.

¡Y aquel infame había podido escribir tal cosa! Luego ella no era más que una muñeca vestida de monja á quien él se proponía educar y redimir! Luego sus sacrificios no valían nada! Luego él no la amaba! Se había casado con ella por compasión!

¡Ah Hernando, cruel!

Y siguió adelante. Estuvo para desmayarse al ver las blasfemias allí estampadas sobre la mujer.

No eran pensamientos de Hernando sino citas de autores que se han ocupado de ese sér extraño al que Schopenhauer llama el "número 2" de la especie humana. En todo caso, si algunos habían responsables eran Balzac, Quevedo, Byron, Dumas hijo, Tolstoy, Schopenhauer, á quienes Hernando había copiado. Hé aquí algunas páginas de las que más le sublevaron:

"El amor y el himeneo no llegan á juntarse sino raras veces—El casamiento sale del amor como sale el vinagre del vino—La mayor parte de los hombres se avergüenzan de estar muy enamorados."

"Los que se aman es porque todavía no se conocen. Cuando se conocen dejan de amarse—El matrimonio es la sepultura del amor."

"El matrimonio ¿dónde existe? Tantos cuantos esposos conozco puede decirse que no están casados."

"Es la mujer compañía forzosa que se ha de guardar con recato, se ha de gozar con amor y se ha de comunicar con sospecha—Si las tratan bien, algunas son malas—Si las tratan mal, algunas son peores."

"No te fíes del caballo en camino real, no te fíes de la mujer en tu casa." "En teoría podemos fantasear un amor sublime, pero en la práctica es una cosa degradante é innoble, de que repugna hablar y hasta acordarse." "Por lo general la esposa es una mujer mediana ó mala, sin principios, egoista, caprichosa, terca; y la joven antes de casada es un sér encantador, inclinado á todas las cosas bellas y elevadas." "Un matrimonio mal avenido que hace vida en común bajo un mismo techo, semeja un par de galeotes sujetos á la misma cadena, que se aborrecen y envenenan la existencia." "La mujer ajena es mieles y la propia hieles." "Eso de amarse eternamente, no se vé más que en las novelas tontas."

¡Y Hernando había escrito eso! se decía Luisa temblando. Tuvo deseos de destruir aquel libro que contenía su deshonra y en que su nombre figuraba al lado de aquellos viejos que no sin razón

le habían causado miedo ¡y ella que ya lo amaba. ¡Ella que estaba dispuesta á adorarlo á ejemplo de Eloísa!

La reacción fué espantosa. Odió en el fondo de su corazón á aquel menguado. Habría querido que estuviese presente para decírselo, para arrojarle al rostro el libro y con él su desprecio.

Loca de ira tomó una escoba y echó á rodar al suelo los bustos de los malos consejeros de su esposo y enemigos de su propia dicha; rompió las vitrinas mandando al cochero que bajase de los estantes á Voltaire y á Rousseau, por cierto los más inocentes entre aquellos autores, é hizo allí mismo una hecatombe, cuyo humo ennegreció el techo y los tapices. Rompió á palos los vasos del laboratorio, descolgó á sus santas, y guardándose la llave en el bolsillo dejó todo aquello convertido en un campo de desolación, reservándose únicamente las Memorias que le servirán de prueba para la traición de Hernando.

Entonces se encerró en su cuarto y lloró. Todo estaba terminado para ella. Su dulce sueño de amor se había desvanecido. El hombre á quien llamaba su esposo era un sér perdido, tal cual se lo habían pintado su abuela y don Ildefonso.

¡Luego la marquesa no había sido injusta! ¡Ah! la anciana bien conocía el mundo y á los hombres; y entonces entre sus lágrimas vió la siniestra figura de doña Manuela maldiciéndola. Le entró el terror de su agonía, de sus hipos; la vió con su nariz de

aguilucho y su rostro enflaquecido, muda ya y delirante, pasándose la mano sobre la frente, desmotando con los dedos el cobertor de la cama ó levantando la mano hacia lo alto en signo de conjuro, haciéndole muecas al infinito.

Y estaba sola. ¿A donde huir? ¿Con quién consultar? Con don Ildefonso?

Oh, aquel hombre también le era odioso y quizá le echaría en cara el no haber querido escuchar sus consejos. ¿Con las monjas? Se morirían del susto al descubrir el espantoso secreto, y quizá se morirían por él, cayendo sobre ella esta nueva responsabilidad.

No encontró más remedio que sus viejas criadas que eran las únicas que la comprendían, que la llamaban su niña, que la adoraban, que no la despreciaban como aquel malvado, y reuniéndolas en su alcoba, les reveló su desgracia y lloró con ellas y no encontró alivio ¡tan grande era su dolor!

XXXV.

DON ILDEFONSO OTRA VEZ EN CAMPAÑA

Cuando al cabo de dos días se apaciguó un tanto, pensó sériamente en el plan de conducta que debía seguir con Hernando.

Ella quería vengarse. Aquel engaño no debía quedar así. Si aún existiesen los conventos se habría refugiado en el suyo para que el ingrato

no la volviese á ver. Pero ni ese recurso le quedaba. Irse á casa de uno de sus parientes, sería promover escándalo y salvarse á medias, porque aquel hombre la perseguiría hasta allí. Fortificarse en la antigua casa de sus padres ya no era posible, porque estaba alquilada y don Ildefonso disponía de sus bienes según la última disposición de la Marquesa.

Al fin de todo pensó que aquel hombre era su única salvación y resolvió á pesar de sus repugnancias platicar con él, ya que, como su abuela, había comprendido tan bien la maldad de Hernando.

Los mejores remedios, se dijo, son los más amargos. Haré como si me tomase dos onzas de sal de Inglaterra y hablaré con Sangrefría.

La cosa no era difícil. Durante la ausencia de su amigo visitaba con más frecuencia á Luisa y mucho más en los últimos días en que supo su indisposición.

Por último, al tercer día la joven secó sus lágrimas, se compuso y adornó, tomando para su entrevista, un aspecto de frialdad é indiferencia que supo simular con toda perfección.

Llevó al Escribano á la sala, y allí, en son de consulta, le refirió á medias su descubrimiento. Le leyó á saltos aquellas páginas para ella tan dolorosas, y tuvo el valor de llegar á lo último, al "Tratado sobre la mujer" que tanto mal le había causado.

Ella no daba opinión alguna; leía fragmentos y consultaba con los ojos, nada más. Cuando hubo concluído y puesto el cuaderno á un lado, preguntó secamente á su consultor. ¿Qué piensa Ud. de todo eso, Sangrefría?

Este se vió en grave apuro, más al fin respondió:

—Psé.... lo de todos ellos....

Apenas les apunta el bozo y ya se creen unos grandes hombres.... unos Metternichs ó Talleyrands.... dignos de que los hechos de su vida figuren en sus "Memorias" para enseñanza de las generaciones futuras.

Que amaneció hoy el Cielo nublado y que hubo *dobles* en la iglesia vecina que entristecieron su corazón: nota al canto, con mil jeremíadas capaces de hacer desternillar de risa al hombre más ormal.

Que la muchacha de sus amores no salió al balcón á la hora acostumbrada, ó que los miró de mala gana: apunte de tres hojas, desesperando de la vida y considerándose los séres más infelices de la creación.

Y luego, como les faltan ideas, y son presuntuosos, escarban los libros más que los leen, y copian, copian sin discreción para llenar sus páginas de mamarrachos.

De repente les viene el deseo de lucir sus conocimientos ó hacer públicos sus dolores, y escriben un artículo que se les figura que les conquistará fama de literatos sentimentales, ó descreídos y desesperados.

Asaltan un libro cualquiera. Copian una ó dos páginas y las encabezan con cuatro ó cinco líneas de su caletre, las terminan con otros tantos disparates y firman....

Y allí tiene Ud. aquel prodigio que ya se cree un pensador, cuando en realidad no es más que un ente ridículo que no engaña más que á sí mismo, pues todo el mundo está convencido de que lo malo que hay en el articulejo pertenece al que lo firma, y lo bueno, á la víctima á quien han copiado.

En el caso presente, Luisita, digo, señora doña Luisa, no veo gran motivo de alarma. Mucho *aüer*, mucho *tostoy*, mucho *artman* y *schot*, y no sé cuántos más diablos de nombres no pronunciables por gargantas cristianas..... , y casi nada en dos platos.

Es necesario saber leer entre líneas, como nosotros los Escribanos, señora de Montemayor.

Eso mismo que dice de la mujer no es de gran trascendencia. No son más que teorías de esos autores nuevos, espíritus demoniacos que quieren minar por su base el matrimonio y que han echado á perder al pobre Hernando.

—De manera que Ud. cree, dijo la joven, en cuyo rostro ya se pintaba el consuelo, que no todo está perdido, y que mi esposo no es el hombre malo que aparece en esos escritos?

—Distingamos, señora. Yo no afirmo ni niego nada, pues no conozco bastante al señor Monte-

mayor, para poder meter las manos en el fuego por él. Que el libro contiene en sí la quinta esencia del veneno anti-social, no hay que dudarlo. ¿Estará Hernando inficionado con ella? Eso es lo que hay que probar.

—Pero, ¿cómo, Sangrefría?

—Con la astucia, señora. Su esposo dice en esas páginas, que se propone educarla, redimirla, salvarle el alma, despojarla de su hábito de monja y no sé qué inocentadas más. Pues bien, hay que dejarlo hacer. Oígalo Ud., tenga firmeza y paciencia para escuchar sus doctrinas; finja Ud. que se interesa por ellas y que se va convenciendo; incítelo á que hable y que se explique, y entonces veremos....No hay que partir con la primera. La dicha depende de esa prueba. Cuente de todos modos conmigo, que soy su amigo, aunque hasta ahora no lo haya querido creer. Los bienes que me confió la señora marquesa están á su disposición, y con sólo una palabra de Ud. todo será suyo.

Mas para que nos surta efecto el experimento, guárdeme el secreto, y que no salga jamás á relucir mi nombre en la hora de sus confidencias.

Luisa que no alcanzaba á comprender hasta dónde llegaban las palabras de aquel perverso, vió en sus consejos una tabla que la salvaba momentáneamente. Perdida sin remedio, como se creía, tuvo algún respiro. Aquello no era la reconciliación, era la lucha. No era el perdón, era la prueba decisiva. Necesitaba, pues, valor, firmeza y sobre todo, disimulo.

Y ¿cuándo ha faltado éste á las mujeres? Dice Schopenhauer, no sabemos si con fundamento ó sin él:

"El león tiene dientes y garras, cuernos el toro, la sepia tinta para enturbiar el agua en torno suyo; la naturaleza no ha dado á la mujer más que el disimulo para protejerse y defenderse; esta facultad suple á la fuerza que el hombre toma del vigor de sus miembros y de su razón."

Fué cosa convenida. Luisa sondearía á su esposo contando con el apoyo del antiguo aliado de su abuela.

En cuanto á los destrozos del escritorio, ella los explicaría por un ataque de nervios, por los celos que aquellos hombres le causaban. Unas cuantas zalamerías lo arreglarían todo.

El Escribano se retiró satisfecho de haber empleado bien el día y ganádose la confianza de la hasta entonces rebelde pupila.

Luisa se quedó otra vez sola. El fingir era contra su naturaleza y sus costumbres.

Si antes le repugnaba el contacto del macho, al menos la ilusión de que lo amaba ponía un velo á aquellas indecencias. Pero ahora que sentía odio contra él, ahora que lo creía un perverso, ahora que tenía asco de su carne y miedo de su espíritu, el sacrificio sería mayor. Eso era el martirio. Era la prostitución de su cuerpo virgen aún, entregado á las concupiscencias de un demonio. Y ella tendría que sufrirlo todo pasivamente, con accesos

de odio y de desprecio, sin poderlo siquiera ahogar entre sus brazos que pudieran haberle proporcionado el placer, ó arrancarle la lengua para que no volviera á blasfemar.

Lucharía porque el mal no tenía remedio, ya que la Iglesia la había unido á aquel ser para siempre y no había poder humano que desatara el lazo fatal que la sujetaba al poste del martirio.

Después de todo, la vida, según las doctrinas de su religión, no era más que un valle de lágrimas, un destierro, un lugar de prueba; y la muerte, la vuelta al hogar paterno. Lucharía, pues, para cumplir su triste destino.

Pasó entonces por su mente una idea que no le causó remordimiento alguno: suicidarse moralmente, poco á poco, acumular dolores en el alma, destruír el cuerpo en el lecho si aquel hombre se lo exigía, ayunar, disciplinarse, hurgar su corazón como si removiese un puñal dentro de él, y así, llegar por último á la muerte corporal y al renacimiento en el seno de Dios.

Hernando mientras tanto estaba desesperado por la carencia de cartas en la última semana y la aridez de estilo de las pocas que había recibido anteriormente. Luego el matrimonio no había modificado el carácter de su esposa, ni su contacto encendido la chispa del amor en aquella alma rebelde. ¡Qué infeliz se sintió! Ni un solo recuerdo cariñoso, ni una palabra de aliento, ni una caricia arrancada á la ausencia....

Entonces, ¿Para qué le servía á él la vida? ¿A quién consagrársela?

Pues bien; cambiaría de táctica. Ya que en mundo el todo es egoísmo; ya que no hay fé, ni amor ni consuelo; ya que mientras más amaba, más se le olvidaba, aceptaría como norma la doctrina *boudista* de algunos de sus amigos de Alemania.

No más sentimientos bellos, no más falaces ilusiones. Todo se reduciría á aniquilar su propio sentimiento, á encerrarse en sí mismo, á buscar la dicha en la satisfacción de su conciencia, sin preocuparse del mundo exterior. Desde aquel momento reduciría su papel, á hacer la educación de Luisa con el ejemplo, sin emplear halagos, caricias ni reclamos.

Puesto que aquella pobre criatura había nacido imperfecta y carecía del sentido de la *amatividad*, la abandonaría á su propia suerte, sin volver á solicitar sus favores, para no verse en el bochorno de ser abofeteado noche á noche con la repulsa, ni oír gemidos en donde esperaba hallar transportes de amor, ni hacer el papel de tirano y recoger, en vez de besos y caricias, lágrimas y suspiros.

Desde ese momento se dedicaría á una cosa: á revestirse con una coraza de aparente egoísmo y á no tener otro objetivo en la vida que su propia educación y su mayor perfeccionamiento posible.

El mismo en su despecho no sentía la necesidad del amor carnal. Lo que había querido era un hijo, uno solo, á quien trasmitirle la herencia de

su cerebro, á quien amoldar á su modo, á quien poder besar sin que sintiese el deseo de la concupicencia, un ser, en fin, producto de su carne é hijo de su espíritu.

Para eso necesitaba á Luisa, y nada más. El había creído encontrar en aquella monja una compañera, y estaba visto que se había equivocado; y puesto que necesitaba el seno de una mujer en donde se incubase y tomara vida el germen de su amor, él lo engendraría en ella, aunque después se rompiese el molde y ambos acabarán por abandonarse.

¿Quién era de los dos más desgraciado? Dígalo el lector.

XXXVI.

¡ILDEFONSO, ESTÁS VENGADO!

Hernando regresó de su viaje algunos días después de las escenas ya referidas.

Al llegar á la casa lo recibieron el criado en la puerta con alegría, y las sirvientas en los corredores con signos de frialdad y de desvío encubiertos.

Preguntó por la señora y le dijeron que estaba en la alcoba con dolor de cabeza. Quiso verla, mas la puerta estaba cerrada por dentro. Durante la ausencia las vidrieras habían sido sustituidas por una puerta de madera. Llamó, y Luisa le contesto desde adentro que allá iría, que aguardase un poco, mientras le pasaba la jaqueca. Indagó solícito lo

que pasaba, y las criadas le contestaron con medias palabras y encojimientos de hombros. ¿Habían llamado al médico, guardaba cama la señora, por qué no se le había avisado? Le contestaron que no había habido necesidad de lo primero ni de lo segundo, y que en cuanto á lo último, ¡allá ella!

Hernando se lavó, se cambió traje y descansó un rato. Casi no le extrañaba lo que acontecía, pero le causaba un mal horrible. Era llevar la indiferencia á su última expresión. Esas pequeñeces son para las almas sensibles de más trascendencia que el mayor insulto.

Luisa estaba en su alcoba indecisa. ¿Con que iba á comenzar la lucha? ¿Con que había llegado la hora de representar el papel odioso, de fingir un amor que no sentía y de dejarse manosear por un hombre que ya casi le repugnaba?

¿Y eso era el matrimonio? ¿Con que era decir que ese mísero estado á donde la había conducido su locura era el pecado mismo, era, si se quiere, la autorización del odio y de la mentira, de todo lo innoble y depravado? ¿Con que era decir que aquello no solo degradaba el cuerpo sino que también manchaba el alma?

Veinte años había vivido virgen y nunca tuvo motivos de remordimientos. Hacía dos meses apenas que era *mujer* y ya se sentía culpable.

Por fin salió, pálida, como quien vá al sacrificio.

—Y bien Hernando, ¿qué tal de viaje?

—Bien, y tú,....¿Has estado enferma, que has tenido?

—Nada, los nervios....

A esta escena fría se siguió un silencio penoso para ambos. El no se había levantado de su asiento ni manifestado mas que un mediano interés por su salud. Vió Luisa por los suelos, pisoteado, un ramo de flores, que probablemente había sido traído del campo para ella.

Lo levantó llena de compasión figurándose que esas flores tenían extraña semejanza con las ilusiones de su corazón, ajadas por la desgracia y ya marchitas. Las olió y dijo suspirando:

—Bellas flores!

—Sí, le contestó Hernando, bellas, pero sin aroma; arrójalas en un rincón.

Ella las guardó sin embargo para ofrecérselas á la Virgen, con la esperanza de hacerlas revivir con sus lágrimas.

Era un poco tarde. Luisa como de costumbre había comido á las cinco, y no había sobrado nada.

—No hay cuidado, dijo Hernando, comeré en el Club; que no se molesten.

Y se fué efectivamente al Club; en donde jugó, se rió con los labios devorado por el pesar, se hizo bulla y se excedió en el champagne.

Pasada la media noche Luisa lo oyó entrar, encender luz en su cuarto, pasearse, desnudarse, acostarse. Estaría leyendo, pues no apagaba la vela. A las dos de la mañana se extinguió al fin la luz. Ella temblaba y daba vueltas en la cama y no durmió en toda la noche. Hernando sí, de una tirada, hasta las diez de la mañana siguiente.

La fatiga del viaje, sus impresiones, y el alcohol habían embrutecido su cerebro y ablandado sus fibras musculares. Ni aun siquiera soñó. Era un marrano desgraciado; ¡ah nó! Era algo peor que eso: era un hombre desgraciado.

Al siguiente día Luisa se levantó mas temprano que él. Era domingo y se fué á misa á pedir fuerzas al cielo para la lucha. Estaba como desorientada. No había contado con la indiferencia de su esposo. ¿Por donde atacarlo entonces? En ese momento le pareció un gigante vestido de mallas de acero é invulnerable á sus saetas.

Al levantarse Hernando se fué al escritorio, vió que estaba cerrado, forzó la puerta y no fué poca su sorpresa al encontrarse en medio de aquella escena calamitosa de las vidrieras rotas, los bustos destrozados, diezmados los estantes de libros y los restos de los últimos ennegrecidos y chamuscados por el suelo.

El olor de papel quemado le causó la impresión de como si estuviese en uno de los calabozos del Santo Oficio.

Vió cuales de sus amigos faltaban, y se lo explicó todo. Los pobres filósofos de Ferney y de Hermenonille habían sido por milésima vez víctimas de un enemigo de sus doctrinas.

Llamó al criado y le preguntó quién había hecho aquello?

—La señora....

—Bien está. Barre y arregla todo eso. Mañana harás venir un carpintero para que reponga los vidrios rotos. De todos modos, se dijo, yo tengo la culpa por no haber dejado cerradas estas piezas. Seré más cauto en lo de adelante. Amigos, les dijo á los libros, puesto que tenemos inquisidores en casa ya nos guardaremos de ellos.

Estaba profundamente disgustado.

A las once comenzaron á llegar los antiguos amigos de la casa abonados al almuerzo del domingo, con excepción del académico que estaba enfermo de mucha gravedad. A estos se habían agregado otros dos jóvenes, íntimos de Hernando, con quienes congeniaba por su carácter y sobre los cuales ejercía cierta especie de autoridad intelectual. Hacían el papel en la casa de policías de don Abundio ya por entonces muy decaído de sus antiguos entusiasmos y casi converso á la religión del progreso de Guatemala.

—¿Y qué tal Hernando el proyecto del Gobierno? ¿Cree usted posible elevar las aguas del río "Zacapa" y que éste tendrá caudal bastante para el riego de todo el llano de la Fragua?

—Imposibles, bien saben ustedes que no existen para la ingeniería moderna. Todo se reduce á cuestión de ciencia y de dinero.

Y se pusieron á hablar del inmenso beneficio que se haría á aquellas regiones llevando á cabo una obra de tanta importancia para su porvenir agrícola.

Don Abundio sí estaba de acuerdo en esto con los jóvenes, como que había sido un antiguo proyecto del tiempo de los españoles, y los hombres del gobierno al cual él pertenecía también pensaron alguna vez en ello. Solo que todavía *no era tiempo*....El siglo futuro quizá....cuando hubiera dinero.

Al rato llegó Luisa quien se alegró de hallar acompañado á Hernando, pues temía la escena que iba á pasar entre los dos con motivo de lo del escritorio. Se fijó en el rostro de su esposo y notó que estaba pálido como nunca lo había visto.—No se daba cuenta de que las angustias y excesos de la noche anterior pudieran haberlo puesto en aquel estado.

A las doce anunciaron que el almuerzo estaba puesto y todos se encaminaron al comedor.

Don Ildefonso aprovechó una buena ocasión para decir á Luisa que no se asustase de lo que pudiera escuchar en la mesa, y que por el contrario tratara de ayudarlo porque era la oportunidad de someter á Hernando á una prueba decisiva.

Ella accedió, aunque tuvo conciencia de que el proceder no era correcto.

Se sentaron, pues, todos, ocupando Luisa una de las cabeceras y Hernando la otra acomodándose los demás como mejor pudieron. El principio de la conversación fué vulgar y baladí, como por lo general lo son todas las de esa clase. Hubo

chanzas, ruidos de sillas, de platos y cubiertos, ir y venir de criados, humear de la sopa, momentos de silencio en que los estómagos de aquellas gentes se prometían un buen rato. Luisa servía, á usanza alemana, repartiendo desde su asiento la sopa á sus amigos. No hubo tamales. Hernando procuraba mantener la conversación y llenaba las copas de vino tinto.

De cuando en cuando dirigía la palabra á su esposa en términos serios; pero amables, á los cuales ella apenas se dignaba contestar.

Por fin fueron entrando todos en calor después de la primera libación. Sangrefría habló. Él había oído dos misas aquella mañana. Don Abundio, que era un volteriano disfrazado, ni una sola. Le preguntaron con quién se confesaba y se vió en la necesidad de decir que con ninguno. Desde su viaje á México no había frecuentado el Santo tribunal. ¡Aquí no había confesores!

El Escribano se dió maña para inclinar la conversación por el rumbo que le convenía. Afirmó que él era un liberal, que amaba la libertad; pero la libertad *bien entendida.*

—Que es como no decir nada, le observó alguno.

—Entendámonos, mi querido joven, dijo sorbiendo un buen trago de vino, y continuando la charla, sin dirigirse á ninguno en particular.

Hasta entonces él no había tenido ocasión de externar sus principios. Algunos le llamaban fanático y recalcitrante. Suplicaba á aquellos sim-

páticos jóvenes que no dedujeran consecuencias erróneas de la vida de asceta que llevaba y de la piedad á que había consagrado su existencia. No podía negarlo.... el prisionero del Vaticano era para él sagrado.... y Garibaldi en su concepto, un pícaro.... Europa estaba perdida. Voltaire triunfaba. Tenía esperanza de que Guatemala se convirtiera en un refugio de todos los perseguidos de la tierra. Su sueño dorado era el hacer de este querido suelo un asilo en donde, al amparo de la libertad *bien entendida*, pudiera todo el mundo orar y consagrarse á la virtud. Él opinaba que la libertad de castrarse los hombres moralmente era la primera: de ahí su admiración por los frailes.

Por supuesto que en aquel régimen soñado por él figuraban buenas escoltas de cancerberos destinadas á los puertos, para impedir la entrada á los protestantes, á los librepensadores,, á los budhistas y en fin, á todo aquel que no fuese católico, apostólico, romano. Todo en nombre de la libertad bien entendida.

Yo tengo mis principios, decía suspirando. Creo que la religión es un freno, y que un sacerdote equivale cuando menos á un escuadrón de policía. El mismo era un periodista, y en "La Semana Católica" de la que era fundador, había predicado aquellas mismas doctrinas. Merced á él ya las niñas no usaban tanto los polvos en la cara, habiéndoles hecho comprender lo que quiere decir ultramontano, y todo el alcance de la palabra *beato.*

¡Qué dicha cuando después de su muerte la iglesia lo llamara á él, El Beato Ildefonso Sangrefría! He cumplido mi deber en la tierra, señores. Vuelvo á repetirlo: yo creo que la religión es un freno; y hacía muecas con los brazos, como si quisiera detener á unas mulas desbocadas.

¿No lo creen UU. así, mis queridos jóvenes? ¿Y Ud., apreciable Hernando, no es de mi misma opinión?

Este último, distraído y molesto, no contestó por el momento; mas un joven periodista de los que allí se hallaban dijo:

—En mi concepto, las religiones son necesarias al pueblo, pues son para él un estimable beneficio. Son una necesidad para los que las necesitan, como dice Eça de Queiros. Pero pedir que un gran ingenio, un Goethe, un Shakespeare acepte por convencimiento, *impliciter, bona fide et sensu propio* los dogmas de una religión cualquiera, es pedir que un gigante calce los zapatos de un enano.

—Esas son más ó menos las ideas de Schopenhauer, dijo otro de los presentes. Yo opino, con este filósofo, que Dios representa el papel de los últimos reyes francos bajo los mayordomos de palacio, que no es más que un nombre, que se conserva para mayor provecho y comodidad, y que todo su papel se reduce al de un holgazán que vive de sus rentas.

Luisa sintió calofríos de horror al oír aquella blasfemia, pero supo dominarse.

Hernando sintiéndose indignado ante aquellas inconveniencias dijo en tono severo: Suplico á UU., señores, que varíen de conversación y guarden sus teorías más ó menos tontas para discutirlas en la Sociedad "El Porvenir" ó en el lugar que juzguen más á propósito, exceptuando esta casa. En cuanto á mí, les diré que aborrezco esas lucubraciones que no conducen á nada, y sobre las cuales jamás se pondrán de acuerdo las gentes.

—Pero quisiéramos oir su opinión categórica, querido Hernando. ¿Cree Ud. en Dios? ¿Considera necesaria la religión para la felicidad de los pueblos?

—Yo lo que creo, señor don Ildefonso, contestó aquél con tono agrio, es que constituye una falta de educación muy censurable el provocar conversaciones semejantes en presencia de una señora.

El Escribano no se dió por ofendido é insistió:

—Eso es contestar un argumento con una personalidad. ¿Cree Ud., ó no cree? ¿O acaso su evasiva es signo de que no tiene razones que oponer á mis doctrinas?

—¿Y á Ud. qué le importa lo que yo crea ó no crea? En cuanto á que en mi respuesta haya habido personalidad, tómelo Ud. como más le plazca.

Don Abundio creyó del caso intervenir, pues vió que la conversación tomaba mal rumbo.

Luisa estaba pálida, Hernando nervioso, Sangrefría impávido.

Por fortuna estaban á los postres y pronto se terminó aquel almuerzo que había comenzado bajo tan buenos auspicios.

Cuando se retiraron á la sala, el Escribano llamó aparte á Hernando para darle excusas y explicaciones. El lo que quería, aseguró, era que se luciese ante Luisa, confundiendo á los calaveras de sus amigos que se permitían externar tales ideas en presencia de una joven católica. ¡Lástima que hubiera perdido tan bella ocasión!

Hernando, que estaba excitado todavía, cogió de un brazo á aquel hipócrita y moviéndoselo con brusquedad le dijo, acercándosele al oído: Yo no necesito que nadie me dé consejos sobre mi conducta con mi mujer; y en caso de aceptarlos, no sería de un perverso como usted. Vea usted si soy franco, señor Sangrefía: usted me carga, usted me es antipático; que le valga ser viejo y enclenque.... y no digo más.... Usted me entiende.

—No hay que incomodarse, Hernandito, por tan poca cosa. ¡Vaya que genio de joven tan sufúrico! Si usted quiere no volveré á poner los piés en esta casa....

—Me parece que bastante se lo he indicado por lo que acabo de decirle.

—Sea todo por amor de Dios! Qué genio, qué genio! Y se retiró después de haber saludado á todos con amables sonrisas.

Cuando pasó por el zaguán se le oyó decir: ¡lo clavé! Ildefonso, estás vengado.

XXXVII.

ALMAS DESOLADAS.

Así pues, no cabía duda—Hernando era lo que se habían imaginado su abuela y don Ildefonso. El lo probó así en la escena del almuerzo.

Verdad es que no quiso tomar parte en la discusión con tanta habilidad provocada por su aliado; pero su abstención misma probaba que tenía iguales opiniones que los mónstruos de sus amigos. Sólo que era más hipócrita que ellos y quizá aun peor, porque se notaba que lo respetaban como maestro de lo malo.

¿Qué hacer? ¿Provocar ella el conflicto? ¡Oh nó! Lo que había visto con respecto al Escribano le probaba que su esposo poseía un carácter enérgico; y si éso había hecho con un hombre, ¿qué no haría con una mujer sola y sin fuerzas?

Y no que tuviera miedo á morir. Lo que le causaba terror era que la estropease de palabras y se atreviese á pronunciar ante ella una de tantas blasfemias de las que debía tener repleta el alma.

La cosa vendría de por sí cuando se hablase de lo del escritorio.

Lo que es ella no volvería á salir á la sala cuando aquellos jóvenes llegasen de nuevo á visitarla. Era necesario probarles que no se falta así no más al respeto á toda una Alvarado y Villacreces.

Resolvió asimismo ser menos comunicativa con su esposo y no buscarlo en la biblioteca que consideraba como lugar de perdición.

De ese modo iba profundizándose más y más la separación moral entre ambos jóvenes.

Se encontraban en el comedor porque no había medio de evitarlo; pero las expansiones y las alegrías habían huído de aquel sitio también. Todo se reducía á medias palabras, á cumplidos ceremoniosos de Hernando y á largos intervalos de silencio. Ella se encerraba en su cuarto muchas veces, á gemir su desgracia.

Las sirvientas comenzaban á murmurar que aquel hombre daba mala vida á su señorita.— ¡Monstruo, como no la merecía!

Nada hay tan triste como vivir al lado de una mujer melancólica, desesperada siempre y que sobre todo que no quiera consolarse.

Y lo peor del caso es que esas afecciones morales son contagiosas.

Hernando comenzaba á participar de ellas. Se daba cuenta cabal de que por más que hiciera le sería muy difícil llegar á poseer á Luisa.

Ha dicho bien el poeta:

> Sin el amor que encanta,
> La soledad de un ermitaño espanta.
> Pero es más espantosa todavía,
> La soledad de dos en compañía.

Aquellas almas estaban desoladas. Hernando creía amar á un fantasma de hielo que no respondía á sus sueños. Mientras más se le alejaba la joven, más la deseaba. Muchas veces tuvo el intento

de arrojarse á sus brazos, de moverla, de agitarla, de matarla á besos, de hablarla al oído gritándole su pasión, de llorar y hacer que bebiese sus lágrimas amargas, pero lo detenía el aspecto impávido de su enemiga adorada. Una ocasión que lo intentó, ella le hizo una fiera repulsa y le golpeó el pecho con la mano. Le repercución de ese golpe, hizo que el corazón se le enfermase.

En otra que juzgó oportuna, la atrajo á sí, la rogó que le dijese lo que tenía, que le hablase, porque él necesitaba saber quién le había robado su afecto.

—Comprende, Luisa, le decía, que esto no puede continuar así. Y le hizo entonces su profesión de fé matrimonial.

Yo lo que quiero es tener en tí una compañera cariñosa con quien compartir la vida tranquila, sin pesares ni zozobras. Allá fuera, en el mundo, se agitan las pasiones. Yo á nadie he hecho mal en la vida, y hay sin embargo quienes me odian y aborrecen. Me creen feliz, y eso es un crimen en la sociedad. Sé tú mi amante, mi asociada, mi musa alentadora.

Séquense las lágrimas de tus ojos, vuelvan las sonrisas á tus labios y poco me importan las luchas de la vida ni los ataques de los hombres. Luisa, sé mi amiga.

Pero ni aún eso consiguió. La ingrata no comprendía los reclamos de su esposo. O lo que era peor, comprendía que era imposible la fraternidad

de sus almas. Y se retiró fríamente, pálida y trémula, pero sin responder una sola palabra.

Hernando estaba perdido. Dice bien Michelet: "El que no se apodera fuertemente, poderosamente desde el primer momento de su mujer, no será amado ni estimado."

Alejandro Dumas h, dice: "La mujer no pide al hombre á quien quiere amar que sea superior á los demás, más bien lo temería; sólo le exige que sea superior á ella. Desde el momento en que ella le obedezca lo juzgará digno de poder mandar á todos. Y esto explica por qué tantos hombres oscuros y desconocidos han sido amados y por qué lo han sido tan poco muchos hombres célebres."

Hernando no pertenecía á la clase de estos últimos, pero tampoco á los primeros. Era débil: tenía la debilidad del carácter, y en ese instante la del amor: Estaba perdido.

XXXVIII.

MARÍA LUISA SE SIENTE MADRE.

Luisa en los últimos días estaba más seria y pensativa que nunca. Dijérase que vivía en pleno país del ensueño. Algo de grave y augusto tenía lugar dentro de sí misma. Nunca en su vida había pasado por semejante estado. Recordaba sus sensaciones de los quince años, cuando cayó en cuenta de que era mujer.

Pero lo que ahora le pasaba era aún más extraño. Había perdido el sueño y la agilidad corporal. Sentía un calor pesado, y súbitos escalofríos. Su cuello estaba hinchado. Con un recato digno de Juno había visto que sus pechos se habían redondeado tomando el aspecto de dos medios limones en cuya punta surgía un pezoncito sonrosado.

El estómago no estaba bien; le repugnaban los alimentos ordinarios, y tenía apetitos extraños. Guardaba como reliquia un panecillo con la imagen del Cristo de Esquipulas hecho de creta, é imaginándose que fuese un dulce le daba mordiscos cuando estaba sola. Algo debía pasar dentro de su vientre, que tomaba la forma de una curva.

Pensó consultar al médico, porque los fenómenos sexuales periódicos se le habían alterado.

¿Daría parte á Hernando? El debía saber la causa de ese estado, ya que lo sabía todo.

Oraba más frecuentemente, como si estuviese en presencia de un misterio. Se creía ungida y por momentos le parecía que desempeñaba el papel de sacerdotisa de un culto augusto.

Aquello era una suprema ventura. Su alma convergía á su vientre y le parecía que estaba de rodillas, en la misma actitud que los Reyes Magos ante el prodigio del pesebre de Belén.

Pasó un rayo por su mente que iluminó todo su ser con claridades de aurora y de esperanzas, y que la llenó de alegría. Desapareció el pesar de su pecho. Amó á Hernando y tuvo arrepentimiento de haber dudado de él.

¿Qué le importaban sus sacrificios pasados, si tenía en ese momento la suprema compensación?

Se sentía madre.

¡Oh dichosas mujeres, á quienes Dios ha concedido esa sensación sacrosanta, que es la felicidad llevada hasta el deliquio y que los hombres no podemos ni aun imaginar!

Le vino entonces una especie de santo delirio. Se creyó con el poder de hacer un Dios del fruto que llevaba en sí misma, y puso todos sus esfuerzos en purificarse, en hacer su alma más resplandeciente, en apartar de ella toda sombra.

Hernando, ¡tu hijo te salvaba!

Fuisteis amado en ese momento. Aquella alma huraña te perteneció; y si te hubiese sido dado el apoderarte de su pensamiento en ese instante, habrías enloquecido de placer.

Pero Luisa se recató.

Estaba tan celosa de su secreto que temía confiárselo aún á su almohada.

Puedo engañarme, se decía. ¡Y cuán grande sería mi decepción si al darle parte de lo que presiento él no lo creyera, y se burlase de mí!

Estaba más comunicativa y á Hernando le extrañó que una vez, sin solicitarlo él, se le acercase y recostase la cabeza sobre su hombro como buscando en él refugio y solaz.

¡Fenómeno misterioso! El también pasaba por un estado de alegría. Dijérase que un nuevo espíritu había bajado de lo alto trayendo, consigo la paz

y el sociego á aquel hogar tan triste en los pasados días.

Por fin no hubo remedio.

Al oscurecer la noche de un día que jamás olvidó Hernando le fué hecha la revelación, á media voz, en tono vibrante, conmovido, entre sonrisas que casi estaban impregnadas de lágrimas.

Le pasó al esposo un relámpago de inmenso júbilo por el alma. Era el triunfo, la liberación del dolor. Era el Mesías que acudía á salvarlo de la desesperación. Era su hijo, su alma transformada, la quinta esencia de su vida, que estaba haciéndose carne y que dentro de pocos meses llegaría para llenar con sus gemidos y con sus sonrisas el vacío de su corazón.

Su alegría tampoco fué comunicativa. Si nos fuese permitido tener en la tierra una repentina visión de Dios, nuestra manifestación sería muda. Caeríamos de hinojos, pasmados, temblorosos, extáticos, ofuscados. Algo así pasó por la mente del joven pues apenas tuvo fuerzas para depositar en la frente de su esposa el beso más puro que jamás había impreso en ella. Y es que ese beso era, no tanto para Luisa, si no para su hijo.

La joven sintió en ese momento que algo se movía entre su vientre, como si un ser tomase en ese instante por el contacto de una chispa eléctrica, forma y vida. Y cayendo ambos, uno en brazos de otro, les pareció que en los aires daban un concierto los ángeles. No se engañaban. Los espíritus de los antepasados de los dos esposos celebraban con himnos triunfales é invisibles, la encarnación de un nuevo ser en la forma corpórea del hijo de Montemayor.

XXXIX.

EXPLICACIONES.

Cinco meses pasaron de ese modo los que fueron para los jóvenes esposos un estado de gracia.

Luisa dió de sí todo lo que tenía. Rebajó su orgullo sintiéndose débil y con necesidad de apoyo.

Hernando respetó á la mujer, y tuvo cuidados exquisitos para la que sería madre de su hijo.

Fueron aquellos cinco meses los más venturosos de su vida de casado.

De cuando en cuando, sin embargo, surgían pequeñas disputas. Luisa deseaba una niña, para educarla á su modo y enseñarle todo lo que ella sabía.

El esposo estaba por un hombrecito.

De ahí las divergencias, inocentes al principio, pero que, á medida que iba avanzando el tiempo, se agriaban hasta convertirse en querellas por parte de la esposa.

—Tú quieres un hombre, le decía, para perderlo con tus malas doctrinas.

—Y ¿á qué llamas malas doctrinas, Luisa mía?

—A las tuyas, á las de tus amigos. ¿Por qué no vas al sermón ni á misa mayor?

Y tomando un tono compungido y casi lloroso, le rogó un día que le dijese lo que él cría. Ya se figuraba que iba á tener un niño y que éste iba á entrar en el camino de la perdición. Había oído de Don Ildefonso que los librepensadores no

bautizan á sus hijos. Lo que era ella, á pesar de todo, sí bautizaría á su chicuelo.

Esto conmovió á Hernando y comprendiendo el estado de quella alma, le dijo con bondad:

—Aparta de tu mente esos temores pueriles, mi pobre Luisa. ¿Quién sería capaz de impedirte hacer lo que con tanta razón deseas? Tú me crees uno de esos farsantes que rinden culto al miedo y que porque hoy privan en nuestra sociedad ciertas ideas, sería capaz de cometer la torpeza de seguir esas corrientes que no entran en mis convicciones?

Y puesto que se trata del asunto, te diré una vez por todas que no soy lo que te imaginas y que tanto te preocupa. Tú tienes miedo á los filósofos, y sin embargo la gran mayoría de éllos nos enseñan con Jesucristo que es necesario amar á Dios y á nuestro prójimo, perdonar las injurias, no proferirlas y reparar los agravios que hayamos causado. Amar el bien, y practicarlo sin esperanza de recompensa. Compadecer al criminal antes que aborrecerlo. No condenar á nadie sin oírlo, porque la experiencia enseña que hay muchos que parecen culpables cuando no son más que víctimas de la maledicencia.

Yo he oído orar á muchas viejas amigas de tu abuela de un modo que me ha causado horror, por creer que en lugar de una acción benéfica, al hacerlo como lo hacen. ejecutan un acto verdaderamente criminal.

Luisa quiso contestar, mas Hernando le suplicó que le oyese hasta lo último. Puesto que había

llegado la hora suprema de la verdad, debíala conocer enteramente. Y continuando con un tono severo, le dijo:

—Tú perteneces á varias congregaciones de las que nunca te he hablado ni lo habría hecho á no haber llegado la presente ocasión. Sé que algunas de ellas son benéficas y otras indiferentes. Mas hay una, en la que, bajo el aspecto de una piedad mal entendida, se trama una conspiración contra cierta clase de la sociedad, como no se habría imaginado en ninguna secta de Carbonarios.

Sé que anda por allí una lista en que están anotados los nombres de ciertas personas que en concepto de las directoras de dicha asociación están condenadas á las llamas infernales en la vida futura, y por cuya salvación las asociadas tienen el encargo de implorar diariamente el perdón de los cielos.

Pues bien, Luisa mía, jamás se ideó un complot más infernal. Las malas gentes que os guían se han constituido en tribunal, anticipándose á los juicios de Dios.

Quiero hasta conceder que se obre de buena fé; pero tú, con tu recto criterio, debes convenir conmigo en que, en resumidas cuentas, aquello no es mas que un acto de difamación.

Y luégo ¿por qué excluir de vuestros círculos á tantas familias que no os han hecho mal alguno y á quienes sin embargo las tenéis en santo horror? ¿Por qué esa lucha sorda, ese espionaje de los

hogares con el auxilio de los sirvientes, esa contínua difamación hasta el grado de negar el pan y la sal á las personas de que te hablo? El otro día oí la conversación de unas devotas la cual no pudo menos que recordarme las oraciones de los fariseos, de que habla el Evangelio. Pobre fulana, decía, roguemos á Dios que tenga compasión de ella: es una mártir.

—Cómo, contestó la señora N., yo sabía que Carmencita pasaba excelente vida. Ella misma dice que su marido es algo distraído en materia de iglesia, pero que tiene un buen fondo y que la hace feliz.

—Bondad de la pobre niña, refunfuñó la beata. No se engañan UU.; sé por la María que estuvo allí de cocinera, que el tal Palacios llega por lo regular muy tarde á su casa en las noches; que se oyen llantos y gemidos en el interior de las habitaciones; que tiene un genio endemoniado; que es melindroso y exigente en la mesa y que para ajuste de penas aquel perverso tiene el ojo alegre, motivo por el cual la pobre Carmela no puede tener una sirviente joven y bonita en la casa.

—¡Jesús! qué barbaridad! Eso no puede ser. Aquella pobre criatura es una mártir en verdad.

—Y aun hay más, agregó la arpía. Palacios no cumple con la iglesia; no se confiesa ni oye misa. En la última cuaresma no comió ni una vez de vigilia, ni aun en la Semana Mayor.

—Pero, si éso es una monstruosidad, decían todas sofocadas, y afectando no quererlo creer.

Ese hombre está condenado; hay que agregarlo á la lista....

Y así quedó hecha aquella obra maligna. Esa casa y ese caballero están señalados desde entonces entre los réprobos ante la justicia divina.

Luisa, si éso es ser católico, entonces yo no lo soy. Mi ideal es más excelso; mi religión es de amor, de tolerancia y de perdón: sobre todo, de perdón. Cuando yo invoco al cielo, mi oración tiende á que se aplaquen las pasiones y cesen las intolerancias; oro, porque pase un aliento de paz y de tranquilidad sobre la conciencia humana; porque no haya víctimas ni verdugos, ni en la sociedad ni en el hogar.

Yo ruego por la humanidad, no por el individuo.

Implorar la clemencia celeste para uno solo, es pecar, porque es juzgar.

El único juez de las acciones de los hombres en el santuario de la familia es Dios. Sólo Él conoce los móviles del alma, sólo Él sabe el proceso de las ideas, sólo Él está al tanto de los recónditos dolores del corazón humano.

Luisa, ruega porque los hombres sean felices, pero no condenes á nadie ligeramente, si no quieres exponerte á ser injusta con muchos.

La joven no contestó. Ella no entendía de filosofías; ella era católica á su modo, tal como la habían hecho las gentes que la educaron, y tenía muy enraizadas sus creencias, para poder variar de procedimientos. Más que nunca, se dolió de su

estado, comprendiendo que jamás llegaría á entenderse con Hernando.

Ya no cometía la injusticia de creerlo un malvado, pero tampoco se atrevía á considerarlo como un hombre virtuoso. Para que sus teorías fuesen buenas, pensaba ella, era necesario que estuviesen impregnadas con el incienso del templo, y veía con dolor que él sacaba sus inspiraciones, no de los Eucoloquios ni de los manuales de devoción de Claret ni San Alfonso de Ligorio, sino de los libros de los filósofos que tanto horror le causaban.

Desde ese momento, sus horrores, aunque perdieron un poco de intensidad, se subdividieron: temió por ella, por Hernando, y, más que todo, por el fruto que llevaba en sus entrañas.

¡Y si la inocente criatura heredaba los errores de su padre; si ella moría al darla á luz, y la niña quedaba en manos de aquel filósofo!

¡Dar ella vida á un sér que viniese al mundo con el pecado original del nombre de Montemayor!

¡Ser instrumento consciente de la existencia de una hija, ó, lo que era peor, de un hijo que pudiera condenarse!

¡Oh! Cuán grave responsabilidad tenía contraída ante Dios y su propia conciencia!

Haría penitencia por su culpa. Si los hijos heredan los sentimientos de los padres, ella se impondría el precepto de odiar al autor de su pecado y doblegar su alma en ese sentido. Acordándose entonces de sus ejercicios espirituales del

Convento, se propuso trabajar de noche y de día en infundir en el espíritu de la niña, cuyos movimientos sentía en el vientre, cada día más fuertes, horror por aquel sér que en mala hora había tomado por esposo.

Parecerá á algunos que esta escena no es natural ó que se necesita una paticular perversión del alma para llegar á aquel estado.

Nosotros lo creemos también, y sólo nos lo explicamos por la situación *interesante* en que se hallaba Luisa.

El que haya estudiado los síntomas que trae consigo el embarazo, sabrá que, fuera de las inclinaciones al robo, al incendio y al asesinato, de que hay ejemplos numerosos durante la gestación, suelen desarrollarse en las mujeres, aun en las más cariñosas y buenas con sus maridos, un odio invencible contra ellos, hasta el grado de convertirlos en sus verdaderas víctimas.

La historia del crímen está llena de ejemplos semejantes.

XL.

LA MADRE DE HERNANDO INSULTADA.

María Luisa había llegado á los seis meses de su embarazo y se encontraba en un estado verdaderamente crítico. Sufría física y moralmente. Era tal la vergüenza que le producía su gordura que no salía á la calle sino de noche, rehusando obstinadamente la compañía de su marido.

El instinto de la conservación volvió á imperar en ella. No ignoraba que su madre había muerto al darla á luz y temía seguir la misma suerte, convirtiéndose en su mente esa idea en una verdadera obceción.

¿Y quién tenía la culpa de todo éso; quién, sino Hernando?

De ahí su odio creciente contra él.

Evitaba el verlo, le negaba la palabra y cuando le hablaba era para contradecirle en todo.

Había llegado la hora de las rencillas, provocadas al principio por simples vagatelas, y que cada día se iban enconando más.

Comenzó la cosa por silencios ofensivos, pasó enseguida á palabras pronunciadas en tono agrio, luego, á desprecios no ocultados y llegó por último al insulto y al agravio.

Los amigos de Hernando eran todos unos canallas, hijos de la ralea, zambos de levita, que no merecían entrar en casa de una Alvarado. Ellos te pierden, le decía, y traen á esta casa la mala suerte. ¡Atajo de masones, *salados* á quienes nunca se les vé en misa.

Y mira, tú, aunque me lo hayas negado y me lo niegues debes ser uno de esos perdidos.

A Hernando le indignaba que lo tuviese por mentiroso, y mucho más que tan crudamente se lo dijese. Ya hemos dicho que en realidad el joven no pertenecía á ninguna orden secreta. Para evitar mayores desagrados se retiraba á su estudio,

mas ella le gritaba desde su cuarto estos ó semejantes improperios: hereje, excomulgado, sabio bruto. Como no tienes que contestarme, te vas de seguro á tu pocilga á consultar el asunto con tus librotes. Y á propósito, mira tu, el caso que hago yo de los que me regalaste: y cogiendo á Michelet y á Martín se iba tras él para arrojárselos rasgados, sobre el rostro.

A él le dolía todo eso, pero perdonaba, comprendiendo que la joven no era responsable de sus acciones.

Y ella más colérica por el silencio obstinado de su esposo, se retiraba llorando y gritándole: sabio bruto, sabio bruto.

Un día, por asunto de fondos, la cosa fué peor: Entre las manías que en ella se habían despertado se hallaba la de las joyas nuevas. Hernando le hizo la observación de que tenía bastantes con las heredadas de su madre y las que sus amigas y él mismo le habían obsequiado cuando su boda, considerando superfluo, cuando menos, el adquirir otras nuevas, tanto más cuanto que no usaba las que tenía; á cuya observación contestó llena de ira:

Que gastaba su dinero; que para eso era rica y que prefería hacerlo, á que él derrochase lo que no era suyo, quizá en el juego ó con sus queridas.

¡Queridas!, Hasta entonces Hernando no las había tenido.

Pero ¿quién detiene la lengua de una mujer en cólera? Luisa gritó que desde ese momento no

recibiría un centavo más de su esposo, y que todo lo que necesitase se lo pediría á don Ildefonso. Si su abuela viviera, ella se iría á su casa. Razón tenía la buena anciana en no querer que se casase con aquel miserable, que llegaría una ocasión en que la matase de hambre.

Y lloró recio, á gritos, con sollozos y lamentos hasta que causaron escándalo en la casa y en las vecinas.

Todo eso llegaba á oídos de Sangrefría por medio de las criadas coaligadas contra Hernando. A los pocos días el asunto era del dominio del círculo de Luisa ante quien pasaba ésta como la víctima del Ingeniero.

Sólo don Abundio tenía la prudencia de no dar oído á aquellas calumnias, pues adivinaba el fondo de las cosas; mas siendo egoísta por naturaleza, le repugnaba mezclarse en vidas agenas y no se atrevía á dar consejos que no se le pedían.

¡Oh! Cuánta falta le hizo á Luisa una persona sensata á su lado que la calmase y dirigiese por el camino de la prudencia!

Pero la gran catástrofe se acercaba.

Una mañana fatal, Luisa estaba más nerviosa que nunca. Sentía deseos de esfogarse, y la camorra se emprendió por nada y nada.

Hernando estaba en el escritorio, y ella, con pretexto del aseo, derramó el tintero sobre un plano en que venía trabajando hacía quince días.

No pudo el joven moderar su impaciencia y le mandó con tono desabrido, que no se metiese con sus papeles, como ya en otras ocasiones se lo había rogado.

Más le habría valido el no pronunciar una sola palabra. Aquello fué abrir la caja de Pandora ó desencadenar los vientos de Eolo.

—El no era digno de que ella lo sirviese ni se ocupase de sus cosas. Eso se tenía merecido por haberse casado con un albañil, que no tenía un rato para su esposa y que ocupaba todo el santo día entre libros y papelotes. ¡Buen caso hacía ella del tal Ingeniero y de todas sus porquerías!

Hernando, para soportar mejor la tormenta, se fué á una silla y lleno de temblor comenzó á hojear un libro voluminoso.

—Porqué no respondes, zambo, bruto, miserable, asesino, pirujo?

Y agotó el repertorio de los insultos.

Hubo uno que al joven le hizo mucho mal. Era una palabra vulgar, hedionda, asquerosa. ¡Ay!, él no se imaginaba que la mujer de su amor pudiese pronunciarla, ni manchar con ella sus labios. Estaba más triste que colérico. No era el insulto el que le dolía sino el pesar de que jamás había pensado que pudiese llegar á tanto su desilusión. Toda la poesía del amor, tuvo fin para él en ese instante. Luisa bajó de su pedestal en donde su pasión la tenía colocada y ya no fué para él sino una mujer vulgar, tanto más despreciable

cuanto más había sido amada. Hasta le pareció que despedía mal olor y tuvo asco de su alma y de su carne.

Suplicó que se le dejase en paz, con advertencia de que perdonaba las injurias en atención á su estado grávido, pero que estaba dispuesto á poner punto final á aquella escena.

La palabra perdón aumentó el fuego de la hoguera.

Luisa tomó aire de Medea desdeñada. Al verla Hernando de tal modo, sintió calofríos porque comprendió la intensidad del odio que la joven abrigaba contra él. Tenía los ojos vidriosos y el borde de los párpados teñidos de una banda rojiza; estaba lívida, y en la comisura de los labios se le notaban unas cuantas burbujas de saliva viscosa que le impedían el abrir la boca del todo.

En ese momento estaba poseída por el espíritu de la marquesa, quien desde su tumba se levantaba de nuevo para hablar por los labios de la joven dilirante

El esposo tuvo lástima de la madre de su hijo, y pensando en este último estuvo para ir á auxiliarla, pues que la veía próxima á desfallecer; mas lo detuvo cierta cosa que lo llenó de espanto.

La joven repitió inconscientemente las acusaciones contra la familia de Hernando que un día oyera en boca de su abuela.

A las primeras palabras en ese sentido, el joven impuso silencio, haciéndo la formal advertencia de

que soportaría todo lo que se dijese en contra de él, mas que no estaba en el caso de hacerlo si se trataba de sus padres.

Pero el torrente estaba desbordado y no había poder humano capaz de detenerlo.

Nos es triste decirlo, y lo evitaríamos, si no fuese preciso terminar la escena: la infortunada criatura tuvo la desgracia de insultar á la madre de Hernando, pronunciando con todas sus letras una palabra que heló de espanto y de ira al infeliz joven.

Si en ese momento hubiese éste podido disponer de todos los rayos del cielo, los hubiera desencadenado contra aquella mujer blasfema; si hubiese tenido á la mano una montaña se la avienta, para aplastarla. Estaba loco, furioso, sentía que se le desgarraban las entrañas. Volvió la vista al cielo y le extrañó que no se hubiese hundido el firmamento ni apágadose los soles. Pasó una ráfaga sangrienta por sus ojos, y.... le arrojó el libro que hojeaba, con la intención de estrellar aquella cabeza odiosa contra la pared. Por fortuna una mano oculta desvió la dirección del libro y éste fué á somatarse contra los cristales de la librería, produciendo al romperlos un ruido alarmante, seguido de los gritos de la espantada Luisa, que creyó que había llegado su último día.

¡Ah! Todo había acabado entre éllos.

Su madre, aquel ser objeto de un amor entrañable y de un respeto piadoso, había sido insultada

infamada, á su presencia, ¿y por quién? Por su esposa, por la mujer que pronto iba á ser la madre de su hijo.

¿Cabía mayor monstruosidad?

¿Era posible siquiera seguir habitando bajo el mismo techo con aquel ente odioso que se había atrevido á manchar la prístina reputación del objeto más venerado para él en la existencia?

Oh! Cuántos pensamientos pasaron en ese instante por su mente!

Quitarse la vida, abandonar á Luisa, ausentarse del país; pero todo eso no resolvía el conflicto.

Por fortuna, el cielo no lo abandonó en ese momento. Un angel que veía en lo alto le hacía señas de esperanza. Era su hijo, cuya venida se aproximaba; era el prometido que venía á libertarlo de la espantosa carga del dolor y la desesperación.

Así fué cómo desde ese momento quedaron divididas aquellas dos almas, que no hacía nueve meses se habían jurado amor eterno ante el altar.

XLI.

DIOS SALVE Á MI HIJO.

El corazón humano es un órgano extraño que pide mucho y que con nada está contento: es el enemigo más despiadado del hombre. Es dios y verdugo. Dios porque allí donde palpita impone sus mandatos y exige sacrificios. Dios voraz que

con nada se sacia, que se alimenta de nuestro propio sér, lo destruye y aniquila; que nos hace soñar con dichas irrealizables y que nos fustiga con sus aletazos, porque no podemos alcanzarlas.

¿Quién es el hombre que se haya creído alguna vez completamente dichoso?

¿Quién pone tasa á la ambición, al amor y á todos los sentimientos que aparentemente constituyen la felicidad humana?

Dadle á Alejandro el bajar victorioso de sus montañas y ser el árbitro de la Grecia, y ambicionará el Asia, y no contento con el título de héroe y con la gloria del conquistador, querrá ser adorado como un dios en los palacios de Babilonia.

Dadle á Napoleón los laureles de las campañas de Italia, el haber dominado como guerrero aquella tierra misteriosa del Egipto por donde han pasado todos los pueblos y en cuyo trono se han sentado los más grandes y más famosos conquistadores, y querrá el imperio, y tras de tener el más bello de los tiempos modernos, y ambicionará el de la Europa entera, pasando por su mente las visiones apocalípticas de la dominación universal.

Y si de esos seres monstruosos bajamos á los humildes cuyo triunfo consiste en el dominio de sus propias pasiones, encontraremos el mismo fenómeno.

Estuvo alguna vez satisfecho el monje en la Thebaida?

Antonio, se sometió á todas las maceraciones, y su alma se veía perseguida por toda clase de

visiones locas y sentía su carne fustigada por las concupiscencias.

El devoto embebido en su santidad, teme el serlo menos y aún cree correr el peligro de condenarse con sólo que le pase por la mente la idea de que se acerca á la perfección.

El alma humana es una especie de mariposa que va de precipicio en precipicio, ascendiendo, bajando, estropeándose en las tinieblas, columbrando alguna vez la luz que cree que sea la felicidad sobre la que se desploma y en la cual encuentra la muerte, allí donde creía hallar la suprema ventura.

Tales reflexiones hacía Hernando en los días amargos que siguieron á las escenas anteriormente descritas. Estaba desalentado, abatido, casi desesperado. Oh! cuánto echaba de menos su vida de soltero, su cuartito de estudiante, sus escapatorias á las montañas de Suiza.

La sociedad lo consideraba dichoso. Muchos envidiaban su suerte. ¿Qué puedes desear más, le preguntaban? ¿Tienes sabiduría, riqueza, una mujer adorable y distinguida en sociedad, estás próximo á ser padre, ¿qué te falta?

¿Qué le faltaba?

Poca cosa: la dicha.

Pero ¿acaso existe ésta en la tierra?

¡Oh, sí!

Una noche á las doce oyó sus cantos, cantos triunfales que llenaron su corazón de júbilo; cantos como no los había oído jamás, que tenían notas

del arrullo, del himno, de la plegaria. ¿Quién sonaba aquella música melodiosa? ¿Qué instrumento extraño, y hasta entonces no escuchado, por él era capaz de producir semejantes arpegios?

El conocía todos los de la tierra, pulsaba algunos, había escuchado á los mejores artistas del mundo y no recordaba haber oído cosa parecida y que tanto le hablara al corazón. Reía, temblaba, lloraba. Le parecía que hacía mucho tiempo que estaba muerto y que enmedio de las tinieblas tocaba á las puertas del cielo y que desde el otro lado de la mansión celeste le respondía la voz de un angel.

Y efectivamente no se equivocaba. Un angel le hablaba. Era su hijo que acababa de nacer.

Su hijo, un infante, el sér tanto tiempo deseado, á quien iba á consagrar toda su existencia, cuyas caricias lo compensarían con creces de cuanto había sufrido, por quien había trabajado veinte años en educarse á sí mismo y á quien le dedicaría lo que le faltase de vida para hacer otro tanto con él.

No lo besó, porque tuvo miedo de profanar con sus labios al ser tan recien llegado del cielo, pero lo tomó en brazos y acercándose con él á una lámpara se puso á examinar el prodigio.

El niño era feo, como lo son todos los recien nacidos; estaba abotagado y tenía el color cárdeno por efecto del largo trabajo que había tenido para salir á luz; lloraba, como incómodo porque se le

hubiese perturbado en la nada, en donde había estado sumido por una eternidad y se le hubiese hecho el mal presente de la vida.

El padre encontrando á su hijo parecido á uno de los ángeles que soñara Rafael, lo arrullaba, le pedía que no llorara, le decía que ahí estaba él para defenderlo en la vida contra los hombres; y no pudiendo darle su alma para que jugase con ella y se distrajese, en un arranque de delirio se lo llevó á una librería cercana poniéndolo frente á los anaqueles de ella: mira hijito, le dijo, no llores, no es tan mala la vida ni tan vacía; hay amigos, hay consoladores, y le fué repitiendo quedamente los nombres de algunos sabios, escritores y artistas que estaban escritos en el dorso de sus obras.

Uno de los más íntimos amigos que presenciaba aquella escena, dijo fríamente: basta Hernando, basta, no engañes al pobre niño; ni aun esos viejos sirven para nada.

La madre de Hernando que había venido para acompañarlo en aquel día de su felicidad se acercó al joven con las lágrimas en los ojos y le dijo: déjame á esa criatura que no es allí en donde debe recibir sus primeras bendiciones; y fué á hincarse ante el altar con el chiquitín en los brazos.

Tiene Ud. razón, madre mía, dijo el joven.

¡Dios salve á mi hijo!

XLII.

AMOR DE PADRE.

¿Y qué, aquel ser diminuto que no tenía libre el uso de sus miembros por impedírselo las holandas en que estaba envuelto; con una toca llena de randas que encuadraban su carita; que se mantenía durmiendo ó somnoliento la mayor parte del día; que no reía y lloraba mucho y sin motivo; que no pensaba, de seguro, aunque tuviese alma; que tenía ojos que veían, pero que no miraban; sin conciencia de su vida, ni idea del mundo á donde lo había arrojado el destino, ése era el ser soñado desde su juventud, que en algún día no lejano, le iba á llamar con este dulce nombre: papá; que jugaría en sus piernas dándole y recibiendo besos y abrazos con aquellos bracitos que al verlo movía alegremente, con movimientos de alas; que lloraría en su pecho buscando refugio en él contra los que le hiciesen mal en la vida, sintiéndose feliz cuando él, su padre, le diese la sorpresa de un fusil, de un tambor ó de un uniforme de húsar en miniatura, con el que marcharía airoso, el penacho al viento, como soldado de verdad que marcha á defender su patria contra el enemigo extranjero, ó á luchar por los fueros de la libertad y de la justicia?

¡Si no lo podía creer!

Lo que más le llamaba la atención eran sus manitas, aquellas miniaturas adorables que el niño mantenía siempre cerradas y que él procuraba abrírselas con el índice para ver aquel prodigio.

Estaban pálidas por dentro y tenían las arrugas muy marcadas.

Él que no era preocupado en nada, en ese momento creía en todo, hasta en los augurios y en la buena ventura.

Habría querido conocer los secretos de la quiromancia para averiguar por los rayos de las manos el futuro destino de su hijo.

Cuando crezcan estas manos ¿qué harán? se preguntaba; y las llenaba de besos que le producían éxtasis y fruiciones indescriptibles.

—¿Qué harán estas manos? Serán acaso las de un artista que con el pincel trasmita al cuadro la forma y los colores que ha robado á la naturaleza, ó que con el martillo y el cincel desvasten el mármol y del block informe y bruto, calcinada la mente por la inspiración, haciendo surgir de él el Moisés ó el Laocoon? O serán acaso las del escritor que con su pluma lanza rayos contra el tirano, defendiendo á los débiles, á los que sufren, á los que lloran? O las del poeta que en versos inmortales canta lo bello, lo grande, lo noble?

Pero ¡si fuese lo contrario! Si en lugar de los de un Dante ó de un Hugo, estos pobres deditos estuviesen destinados á mancharse con la tinta de la adulación y á manejar la pluma del Aretino, de Switon ó de Morande? ¿Si estas manos, hoy tan puras, se manchasen un día con el orín del Dinero, robando con una quiebra fraudulenta que dejase en la miseria á familias enteras, como á niños

huérfanos y ancianos desvalidos? Y ¿si se empapasen con la sangre de sus semejantes ....?

Y se llevaba aquellas manitas á los ojos para llenarlas con sus lágrimas, y después á los labios para secarlas, limpiándoles sus manchas.

Una vez, en medio de aquellos transportes tomó á la inocente criatura y se puso á pasear con ella en los brazos, arrullándola, besándola, comprimiéndola fuertemente contra el pecho, como queriéndola absorver, tragársela y darle, allá adentro, refugio y forzaleza contra los males de la vida.

El niño lloró naturalmente hasta el extremo de que María Luisa, celosa é incómodada, le llamó la atención tratando de necias extremidades las apasionadas efusiones del padre.

Tenía razón. Pero entonces, ¿para cuándo quedan los transportes? ¿No puede uno ser feliz algún momento en la existencia, con su niño adorado en los brazos, teniendo la inefable dicha de besar lo que es suyo, de aspirar con fruición el olor que despide el hijo recien nacido?

No os ríais, vosotros los naturalistas. Puede que para vuestros sentidos aquel olor no sea más que el de la leche ó del meconium.

Para un padre amante, como era Hernando, aquel olor tenía aromas de paraíso.

Diez meses pasaron así, en que el joven gozó la dicha de vivir amando.

Se quedaba por lo regular en la casa, huyendo de toda clase de diversiones y espiando al niño,

ya en la cuna ó ya en los brazos de su madre, ó en los de la nodriza, que lo sacaba al sol á pasearlo entre los jardines.

Pero dejemos al padre con su dicha, para entrar nosotros en la realidad de las cosas.

El niño era efectivamente un bebé adorable. Sólo que estaba mal constituido y heredaba la enfermedad fatal de la madre de Luisa: era tuberculoso.

No había cumplido doce meses, cuando un aire colado produjo la catástrofe, llevándose en ocho días á la dichosa criatura.

¡Oh padres!, vosotros los que habeis tenido la desgracia de sufrir la pérdida de un hijo adorado, vosotros sois los únicos capaces de medir el inmenso dolor de Hernando.

Este cayó en cama después de la semana amarga de desvelos en que presenció la agonía de su hijo.

Era la tarde: una tarde gris en que habían muchas nubes acumuladas en el horizonte por el lado de oriente. El estaba en la cama, presa del delirio. Su madre se hallaba al pié del lecho cuidándolo: y Luisa, desgreñada, en los suelos, llorando sobre el cadáver de su hizo.

De repente, en su delirio, se figuró ver entrar un buitre por la ventana, sintiendo que iba á posarse sobre su corazón: á éste siguió otro, y despues, cinco, veinte, ciento, que se pusieron á revolotear por la estancia y á graznar con ruidos estridentes.

Posáronse las alimañas, quiénes sobre las barandillas de la cama, quiénes sobre el tope de la

biblioteca, quiénes sobre los bustos, y dirigieron sus miradas fascinadoras sobre el joven que estaba atado á la cama, como Prometeo sobre las rocas del Cáucaso. Entonces el tirano aquel que se había posado sobre el pecho, comenzó á darle de picotazos. Cabó hondamente, y cuando hubo llegado á la entraña, Hernando sufrió penas mortales. No manaba sangre de la herida: era algo más noble y más querido lo que de allí surgía. A cada saetazo se desbandaban del pecho del enfermo, parvadas de palomas blancas ensangrentadas. Al verlas huir gritaba el joven manoteando en el vacío como para alcanzarlas, diciendo que aquellas palomas eran sus ilusiones que se le escapaban del corazón.

Pero no podía alcanzarlas, y lloraba y se lamentaba entre los brazos de sus padres que trataban de calmarlo. Cuando sintió que su pecho estaba enteramente vacío, que para él no había más consuelo en la tierra, recostó la cabeza febricitamente en la almohada. Tenía los ojos abiertos, el cuerpo convulso y el rostro lleno de espanto: era que presenciaba una lucha cruel. Los buitres se habían lanzado sobre las palomas, destruyéndoles las cabecitas á piquetazos, y haciendo en ellas, en pocos momentos, una carnicería espantosa. Las pobres avecillas fueron á caer muertas sobre el cadáver de su hijo, formándole con sus plumas una mortaja.

Así pasaron quince días de una lenta agonía para Hernando. Pero la suerte fué tan cruel

que no quiso asestar bien el golpe, y lo dejó con vida. Cuando se levantó de la cama, estaban desequilibradas todas sus fecultades y su cerebro gravemente perturbado. La poca fuerza de voluntad que poseía lo abandonó del todo y se desencadenaron en su corazón las pasiones bajas.

Quien se haya interesado por la figura de este mártir, encontrando en él algún rasgo simpático, cierre el libro y no siga leyendo, dando á Hernando por muerto y enterrado.

En lo de adelante no será más que un ente vulgar, manchado con todo el cieno de la sociedad.

Ya no hay que estudiarlo de frente, sino desde el borde de un abismo en cuyo fondo él se revuelca como en un estercolero, aullando, gritando, riendo, bebiendo, fumando, haciendo uso de todos los exitantes y tragando á sorbos y con conocimiento de lo que hacía, esos venenos dulces al paladar, pero corrocivos para las entrañas, los que más ó menos tarde concluyen por llevarse á la tumba al infeliz que de ellos hace uso.

XLIII.

HERNANDO EN LA BACANAL.

El pesar de Luisa no fué menos intenso que el de su esposo. Sólo que ella tenía el consuelo de la fé que á Hernando le faltaba. Así es que buscó refugio en el templo para aquella tempestad de su vida.

Olvidó enteramente sus promesas de esposa adoptando otra vez los hábitos del convento. Se cortó el cabello pecador con el que tantas veces jugueteara Hernando en sus horas de pasión, é hizo que se vendiesen sus trenzas en una peluquería, con el producto de cuya venta compró una corona para su hijo.

Destrozó sin piedad toda la lencería en que tan ricos eran sus armarios y los convirtió en vestiditos para los niños de los hospicios.

De ese modo la señora de Montemayor volvió á ser la hermana Luisa de Alvarado, con cuyo nombre se inscribió en todas las cofradías del país.

A Hernando le importaba muy poco todo eso, pues su esposa había muerto para él hacía mucho tiempo. Hasta celebraba la determinación de la joven, pues hacíase de ese modo imposible toda reconciliación con ella, y le evitaba el nuevo crimen de engendrar otro hijo que pudiera heredar la enfermedad de la madre.

Se interrogó á sí mismo cuál sería en lo de adelante el objeto de su vida, y vió el vació á su alrededor.

¿Amar á otra mujer?: imposible para él. Y además ¿para qué? Para que lo engañasen de nuevo, de seguro. Tener un hijo de otra madre? Eso le parecía doblemente criminal, porque no quería lanzar á un bastardo á los dolores de la vida.

Le vino el pensamiento de aniquilar su existencia, mas le detuvo la consideración de que no era dueño

de ella, y que aunque eso lo salvaría de sus dolores, cometía el delito de perturbar las leyes de la naturaleta, sustrayéndose con la muerte voluntaria á la marcha del gran mecanismo en el cual él, inconscientemente, llenaba de seguro una misión.

Pero su dolor era inmenso, y no encontraba el medio de aplacarlo. Quiso entonces hacer la discrección de su alma, y para ese efecto recurrió al ibro fatal que en aquella época hacía furor en el mundo literario, arrastrando en pos de sí á la juventud desesperada y emponzoñando más su existencia.

Leyó y comentó la obra que alguno ha llamado "La Biblia del infortunio," y olvidó á Kant, su maestro de otros días, por Schopenhauer, que acabó de matar toda esperanza que le quedara en el pecho.

Cuando estuvo empapado en la doctrina pesimista saboreó con deleite "Las flores del mal" y "Las letanías de Satanás," y se perfeccionó en el idioma inglés para leer en el original á Shelley, el maestro de Richepin y de todos los blasfemos que ha producido el siglo.

Seis meses de insomnios y de contínuas lecturas de todos los escritores neuróticos y satánicos, acabaron de enfermarlo y de hacer de él un verdadero tipo de esos que con tanta maestría ha pintado Max-Nordau en su extraño libro "El mal del siglo."

Entonces se lanzó al pleno arroyo y se emporcó en el albañal de la sociedad hasta la garganta.

Jugó y bebió. Bebió hasta embrutecerse, devorando con avidez el ajenjo y el champagne que le producían extremecimientos sacros. Cuando el alcohol le produjo el embotamiento del cerebro y encendió de rojo sus ojos y tuvo hinchados sus carrillos, se atrevió á bajar algunas escalas más y se puso á estudiar á los hombres que le rodeaban.

La raza hispano-americana á que él pertenecía le causó compasión. No dejaba de comprender que estos criollos que viven en la contínua bacanal de lo que ellos llaman república, tienen algunas virtudes; que son bondadosos, entusiastas, hospitalarios, artistas. Pero al lado de esas prendas, ¡cuántos defectos no los afean!

Son faltos de carácter, indolentes, fanáticos los más de ellos en religión, y excépticos en política. Por más que digan lo contrario, la raza está dominada por dos tiranos. Desde el púlpito y el confesionario el clérigo ejerce su maléfica influencia sobre la baja clase social; y desde el solio, el mandatario domina á los burócrotas, y por ellos al pueblo entero, enseñándoles en una mano, la irascible espada, y en la otra, el talego repleto de oro para comprar las conciencias.

Quiso tomar parte en la política, pero le repugnó hombrearse con gentes que hablan de libertad y no comprenden lo que dicen; y sobre todo, le causó repugnancia el participar de las responsabilidades de tres generaciones sucesivas, que desde el día en que se hizo la independencia vienen traba-

jando y no han sido capaces de hacer efectivas las promesas de justicia, tolerancia y libertad de que nos hablaron un día los héroes de nuestra emancipación.

Decepcionado de los hombres, frecuentó el trato de las Margaritas Gautier y Manon Lescot, y fué asíduo visitante del *foyer* de la ópera y de los pasillos de entre bastidores.

La gente creía que el vicio lo arrastraba hasta allí, ¡qué equivocados estaban! Lo que él quería era hacerse ruido, desvanecer sus pesares.

Lo alucinaban las pláticas de aquellas locuelas, quienes, en el fondo, le causaban verdadera lástima. ¡Pobres seres, surgidos de la oscuridad, á quienes la belleza física dá momentáneo resplandor de dicha, pero que están todas destinadas á desplomarse, á la primera arruga, en la miseria y terminar su vida en el hospital!

Y luego, ¡son sus confidencias tan tristes! El mundo las considera felices. Hasta hay algunas vírgenes tontas que las envidian, ó mujeres estúpidas que tienen celos de ellas.

Pero ¡ay!, decía Hernando, todas ellas no son más que unas desgraciadas sin esperanza de redención; parias de la sociedad que tienen que enseñar las piernas, las sobacos y los pechos para ganarse la vida.

Una vez, en que el joven estaba más borracho que de ordinario, provocó el escándalo, garroteando en público á uno de sus compañeros que insultaba

atrozmente, con dichos y palabras, á una de esas pobres muchachas de quien tenía lástima, porque sabía que estaba tísica y que en Italia había dejado varios hijos en la miseria.

Esa noche fué conducido á la detención; y aquel joven tan pulcro en otros días y tan estimado en sociedad, tuvo el bochorno de verse arrastrado y apaleado por los policiales ante un muchedumbre estupefacta que tenía lástima de él y de su esposa.

Pero ¿qué le importaba á Hernando todo eso, cuando había perdido él mismo su propia estimación?

Había llegado á tanto su abandono que descuidó hasta de sus vestidos. Ya no se mudaba la camisa, sino cada ocho días; llevaba los zapatos sin lustrar y el traje apestoso y lleno de manchas de grasa. Se dejó crecer la barba y los cabellos, que mantenía hirsutos, pues uno de sus movimientos mecánicos consistía en pasarse los dedos de la mano por la cabeza, como queriendo ahuyentar así las ideas que lo obcecionaban.

Pasaba muchos días sin llegar á su casa, ó se hacía acompañar á ella de amigos improvisados y tan viciosos como él.

Cuando comía con su esposa no se dirigían una sola palabra, y él sentía caer la mirada de Luisa sobre su frente, relampageando de odios y enconos.

Luisa soportaba las debilidades de su marido con cristiana resignación. Descuidó de las cosas del esposo hasta el grado de que el joven tuvo que llevar por semanas enteras una misma ropa interior.

Centro Editorial